



Lena Valenti



Lo que
NUUNCA
Te canté

La historia romántica más Eurobeesiva.
Una beeloga única en su especie.
Amar a quien te dé la gana.
Cantárselo como quieras.



CARA B



Primera edición: febrero 2019.

Diseño de la colección: Editorial Vanir.
Corrección morfosintáctica y estilística:
Editorial Vanir.

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Editorial Vanir, 2019

Del texto: Lena Valenti, 2019

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2019

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-949846-4-8

Depósito legal: B. 4809-2018

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Lena Valenti

Lo que
NUNCA
Te cante 
CARA B

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

Capítulo 1

Tres días después del beso en la cápsula del tiempo

Relativizar: «Conceder a algo un valor o una importancia menor». Sé que sería capaz de hacerlo si no me reventaran las noticias que estoy viendo y que ya han pasado a papel en las revistas rosas. Y me pone muy nerviosa.

Porque no lo entiendo ni pertenezco a ese mundo.

Pero ya son muchos los que me han llamado. Mi padre, mi madre, Ágata, Bert, incluso mi primo Ricky que ya ha vuelto de su último viaje, se han hecho eco de los chismes, y ellos que me conocen bien, sí me identifican en esas instantáneas. Andreu no deja de escribirme y de preguntarme al respecto. Y yo la verdad es que le ignoro de maravilla.

Pero a los demás, sí les he tenido que aclarar varios puntos: el primero, que fue un intento de atraco y que tenían una navaja no una libretita. El segundo, que Queen no iba borracha. Y el tercero, que fue ella quien me besó. No nos estábamos besando, ahí al menos no.

Al menos no saben dónde vivo y no hay paparazzis en mi puerta. Sigo medianamente a salvo.

Tengo la cabeza hecha un lío. No sé dónde me estoy metiendo. Ni siquiera sé cómo me siento respecto a ella. Yo creí que estaba jugando como ella, que no corría ningún peligro. Pero no sé... cuando una juega, lo disfruta y es momentáneo. No se está pensando continuamente en esa persona como me pasa a mí con la Reina Abeja. Y ya que ha sido ella la que me está volando la cabeza, quiero que me aclare las cosas un poco. Y ahí viene el punto que más me indigna. Lo que peor me sabe es que he intentado hablar con Queen todos estos días, y no ha dado señales de vida, pero ni siquiera en el grupo de «Eurobeesivas».

Loli está en Madrid con ella. Sé lo que están haciendo. Incluso la he escuchado en algunas entrevistas en radio y la he visto en televisión. Y cuando la veo me pongo enferma en el buen sentido y en el malo. Me pongo contenta por verla y me coge un nudo en el estómago. Mira a través de la pantalla y parece que la tenga ahí en frente y que me mire a mí. Pero al mismo tiempo, siento las brasas de la ira quemándome y me arde la punta de la lengua por todo lo que quiero decirle y no le digo.

Porque ella no me lo permite. Está pasando de mi cara como yo de los horóscopos. Y es muy frustrante.

Oteo con melancolía el ejemplar que me regaló. Hoy es miércoles y ya he salido de la escuela, y estoy en el sofá de mi casa, tocando las tapas con los dedos y recordando muchas cosas. Como una *loser* total. El modo en que recitó de memoria la poesía que más me gusta del mundo mundial, las risas que nos echamos, la abeja de Pandora que pende de mi pulsera... El maldito beso que no puedo borrar de mi memoria.

En realidad, nos medio enrollamos. O eso quiero valorar, claro. Besos con lengua, toqueteos y presiones entre las piernas con cualquier parte del cuerpo creo que es considerado rollo.

Resoplo y miro al techo porque estoy muy extraviada.

Me gustan los hombres. Me encantan. Me ponen. Nunca me he enrollado con una mujer. Ni siquiera he sentido deseos de ello por miles de bellezones que haya por la calle. O por mucho que me hayan tirado la caña, que sé que me ha pasado y me he hecho la loca porque nunca he estado interesada. Pero esta chica que se ha cruzado en mi camino, con todo ese aura que desprende y con el modo en que me mira, que parece que yo sea un enchufe y ella un interruptor... Está haciendo que camine por una cuerda como un trapecista sin red.

Necesito hablar con mi primo Ricky, con urgencia. De hecho, tiene que estar al llegar ya. Miro el reloj. Son las seis y media de la tarde.

En realidad, necesito charlar con cualquiera que pueda darme algún consejo y me ayude a aclararme. Porque lo cierto es que estoy muerta de miedo ahora mismo, por estar en una dimensión muy conocida por todo lo que me rodea y porque sé que está a la orden del día, pero muy desconocida para mí, que creía tener muy claro mis preferencias sexuales y que nunca había dudado sobre ello.

Ágata también se viene a cenar a casa. No hemos hablado mucho del fin de

semana, porque no la he visto de buen humor, y sé que a ella también le pasa algo.

Tal vez hoy se anima a contarme lo que sé y ella no me ha dicho. Creo que se ha enamorado de Bert como una loca y que ha sido *ipso facto*. Enamorarse de verdad, como nunca se ha enamorado de nadie. Y sé lo mal que lo pasa Ágata cuando no tiene el control y no es ella la que parte el bacalao. Así que supongo que tiene que estar tan o más perdida que yo. Porque yo no sé qué mierda siento. Solo sé que siento cosas y que las quiero identificar.

Os voy a hablar de mi primo Ricky.

Ya os he dicho que es *Instagramer* y que le pagan por hacer viajes. Tiene un sueldazo gracias a todos sus seguidores y a la publicidad que le patrocina.

Ricky tiene veintiocho años, es altísimo, tiene músculos que yo no sé ni que existen, su pelo es castaño oscuro y ondulado y sus ojos azules son infinitos. Y es gay. Es el hombre más masculino del mundo, tiene voz de barítono y menos pluma que grasa en su cuerpo. Y si lo viérais no os creeríais que le van los tíos. Pero sí. Es homosexual y jamás en su vida se ha fijado en una mujer. Él siempre dice que desde que tiene consciencia le han gustado los hombres. Pero que fue Madonna quien le abrió los ojos de verdad.

Vete a saber por qué. Pero eso dice él.

Ha vuelto de un viaje a Ámsterdam y está cansado pero deseoso de verme y de que hablemos. Ya le he colocado en la habitacioncita de abajo. Ha dejado sus maletas Louis Vuitton bien colocadas en una esquina y ahora lo único que hace es darme un abrazo de oso que me deja sin aire. Me huele el pelo y sonrío contra mi coronilla.

—Enana, cuánto te he echado de menos. A ti y a tu champú de fresa.

—Ay, Ricky...

—¿Qué te pasa? Cuéntaselo todo al primo.

Nos quedamos en la cocina y nos sentamos alrededor de la barra que hay que es tipo encimera y que da al salón, porque es abierta como las cocinas americanas. Le sirvo un agua con gas y yo me hago un cortado. De fondo se oye la tele que está encendida.

Nos miramos fijamente y solo con sonreírnos nos entendemos.

—A ver... hemos quedado en que tú eres la de la revista, ¿verdad? Tú eres la mala influencia para Queen —se burla.

Yo dejo caer mi cabeza y apoyo la frente en la superficie.

—En serio... estoy superada.

—Os besasteis.

—No. Ahí no —le dejo claro mirándolo con la mejilla apoyada en la mesa—. Ahí me besó ella. Pero el sábado fuimos a una fiesta con Ágata. Y nos metimos en una cápsula del tiempo...

—¿Ibais colocadas? —pregunta incrédulo.

—No, no. Era una cápsula real. Y ahí sí que nos besamos de verdad.

A Ricky le chispea la mirada, está muerto de interés.

Pero antes de que prosiga, mi interfono suena.

—Esa es la chocolate —me dice Ricky.

—Sí.

Me levanto, arrastro los pies hasta la entrada y sin contestarle le doy a abrir.

Medio minuto después está Ágata en la puerta.

Tiene los ojos rojos, y ha estado llorando.

Mi mulata de ojos verdes lo está pasando mal. Así que nada más vernos, ella da un paso hacia mí y nos fundimos en un abrazo.

—Esto es una mierda —me dice entre hipidos—. Y tú... tú tienes algo con Queen, so cerda —espeta lacrimogéna—. Y no me lo pensabas contar nunca...

Yo me echo a reír y le acaricio el pelazo.

—Ni siquiera yo sé lo que tengo que contarte, Ágata... —confieso cada vez más afectada por todo—. Solo sé que también estoy disgustada.

—Uy, menudo drama... —murmura Ricky con su voz grave, aunque su pose es de cotilla—. A ver: sentaos aquí las dos, que esto me lo tenéis que contar bien —retira un taburete para que Ágata se siente, y señala el que yo tenía para que haga lo propio.

Ágata le da un abrazo, sorbiendo por la nariz y le musita.

—Riquití... —así lo llama ella—. ¿Por qué no eres hetero y nos casamos?

—Porque te haría muy infeliz, cariño —le contesta dándole una cachetada en el culo—. Venga, aquí las dos con el tito. Hablad de una vez.

—Yo no pienso hablar con un agua con gas —señala Ágata secándose las lágrimas con la manga de su chaqueta tejana—. Dame chocolate y guarradas. Encima me tiene que bajar la regla...

—Sí, como si necesitáramos la excusa de la regla para comer mierdas —susurro abriendo la despensa y poniendo encima de la mesa todo lo

hipercalórico, grasiento y demoníaco que tengo en casa.

—Primero tú —Ágata abre los paquetes de patatas fritas y los de chocolate con almendras, y va mezclando—. Dime que estoy equivocada y que no vi cosas raras el sábado entre tú y ese ángel de la seducción y la fantasía...

De ángel nada, pienso. Queen es una demonia.

—No sé qué deciros —explico encogiéndome de hombros—. Es fácil sentir las cosas que siento pero es difícil encontrar palabras que las describan. Yo... no sé...

—Empieza por el principio para que lo entendamos —dice Ricky.

Y yo, ni corta ni perezosa decido hacerles un megaresumen de todo lo que me ha pasado con Queen hasta la fecha. Dos tabletas de chocolate y dos bolsas de patatas enteras después, acabo mi relato y ellos mantienen silencio durante unos tensos segundos.

Ricky se cruza de brazos y se sonríe, como si estuviera orgulloso de mí.

Y Ágata ni siquiera parpadea, hasta que suelta un:

—¡Que os habéis enrollado en la cápsula del tiempo! ¡Y yo no me he enterado!

Ricky se ríe pero me sujeta la mano con fuerza.

—¿Qué soy? —les pregunto—. ¿Soy hetero, heteroflexible, soy bisexual, soy lesbiana, pansexual...? He leído mogollón de definiciones y no encajo en ninguna. ¿Qué mierda soy? ¿Un Teletubbie? ¿Me podéis ayudar a entenderlo?

Ricky niega con la cabeza y me contesta comprensivo:

—Es mucho más sencillo que eso, primita. Mucho más. Tú. Eres. Kira —me da un toquecito en la nariz con su dedo índice—. Nada más y nada menos. Solo eres tú abriéndote a la vida y al amor sin prejuicios ni etiquetas. No eres ni una cosa ni la otra. Te estás permitiendo sentir en la máxima expresión de la palabra, sin tabúes. Sin barreras. Solo tú y la forma en la que venga el amor.

—Mira, a mí me encantan las mujeres en la cama —me contesta Ágata cogiéndome la otra mano—, y el sexo es una auténtica maravilla entre nosotras, que también las hay muy torpes —me asegura bizqueando—... pero yo sé que no me puedo enamorar de ninguna mujer, porque si yo no me soporto como hembra, ¿cómo voy a soportar a otra durmiendo conmigo? Además, adoro el rol de un hombre en mi vida. Me gusta ese tipo de relación amorosa. Me gusta tener un tío grande, tosco y torpe a mi lado. Pero entiendo perfectamente que puedas sentir cosas hacia esa mujer, Kira. Porque ella no es

normal, joder. No es de este mundo. ¿Le habéis visto el culo? Esa tipa es demasiado.

—Yo soy gay. Muy gay —me dice Ricky provocándome una carcajada—. Me gustan los hombres. Solo los hombres.

—Queen es bisexual. Le gustan las mujeres y los hombres —digo yo.

—Pero ninguno somos una cosa u otra —insiste Ricky—. Tienes que grabártelo en la cabeza. Las etiquetas se crean para pertenecer a colectivos y no sentirte tan solo. Pero lo cierto es que no somos una marca ni un grupo ni un logo, Kira. Somos personas enamorándonos y amando libremente a otras sin mirar géneros, colores o formas. Solo seguimos nuestra atracción y nuestro corazón. Y tú no tienes que pensar en si eres lesbiana o no, que ya te digo yo que no lo eres —me aclara.

—Tampoco eres bisexual —musita Ágata abriendo otra tableta de chocolate—. Yo soy cien mil veces más bisexual que tú, por llamarme algo.

—Tú eres golfa, Antonia —le suelta Ricky.

—Vale. Lo acepto —a Ágata eso no le ofende así que lo encaja con orgullo.

—A lo que me vengo a referir es a que todo está bien, Kira. Eres una persona sintiendo cosas por otra. Punto y final.

—Ya... pero no dejo de pensar en que es extraño para mí sentirme atraída hacia ella. Vamos a ver, que me vuelve loca Brad Pitt en Troya, que se me van los ojos con los chicos guapos y que tuve sueños muy eróticos con los Gavilanes. ¿Cómo les explico a mis padres esto?

—¿A tus padres? —pregunta Ricky horrorizado—. Tú no tienes que rendirles cuentas a ellos. Esto es algo tuyo, de tu manera de sentir. No estás obligada a decirles nada ni a dar explicaciones. ¿O acaso ellos dan explicaciones de por qué están juntos? Si te quieren y te conocen, lo verán venir, lo aceptarán como cuando traías a Andreu a tu casa, y no será necesario que tengas que reunirte con ellos y admitir lo que te pasa como si estuvieras cometiendo un delito. Eso ya pasó. Eso ya se acabó. Ahora elegimos vivir como elegimos amar. El problema lo tienen los que tienen un problema con eso.

—Lo sé... Pero tengo veintitrés años y siempre me han visto con chicos. Y sé, porque lo siento aquí —me toco el pecho—, que solo me pasa esto con ella. Porque ella... me gusta de un modo que no sé definir. Que no comprendo. Nunca me ha pasado —concluyo cubriéndome la cara con las manos—. Y

nunca más me va a pasar, porque mi interés real va focalizado a los hombres. Es que a mí no me ponen las mujeres. Solo me pone ella. Me sucede esto solo con Queen y... —miro al techo y entrelazo los dedos de mis manos detrás de mi nuca—. El beso que me dio me dejó noqueada, como un gancho en la mandíbula, ¿entiendes? Sentí que... que me iba a salir el corazón por la boca.

—Porque te gusta lo que ella es —sentencia—. Porque es una mujer, y a pesar de serlo te gusta lo que transmite y te apasiona lo que tiene en la cabeza. Sientes cosas... y es maravilloso. ¿Y qué vas a hacer? ¿Te ves haciendo algo? —espera mi respuesta con paciencia.

—¡Pero si ni siquiera sé si...! ¡Solo ha estado jugando conmigo porque es una provocadora por naturaleza!

—¿Y si no fuera así?

—Ricky... —le enseño el móvil—. Ni siquiera se ha interesado por saber cómo estoy después de que me dejara tirada en el Cubano. Y sabe todo lo que están diciendo en las revistas... No se ha preocupado por mí —añado triste—. Me siento tan estúpida. Es que además —digo enfadada—, ¡me da rabia que yo esté un poco tonta con una mujer así! ¡Me la tengo que quitar de la cabeza! Es una prepotente y una ególatra.

—¿Mi consejo? —añade Ricky—. No te la pierdas, Kira. No lo dejes pasar solo porque estés asustada.

—¿Dejarlo pasar? —digo horrorizada—. ¡Pero si estoy obsesionada con ella desde que... casi desde que la vi cantar mi canción en Neón Music! —admito. Vaya... pues es verdad. Pienso en Queen más de lo que me gustaría admitir. Y lo llevo haciendo desde que se cruzó en mi camino—. Estoy así precisamente porque no lo dejo pasar.

—Pues ahí lo tienes —Ricky ataca la bolsa de patatas, pero pone cara de fastidio al ver que está vacía.

—Puede ser solo atracción, Kira —me dice Ágata—. Si es atracción podrías probar hasta el final y ver si al día siguiente de haberos acostado quieres más o solo querías rascarte el picor. Pero no te quedes a medio camino. La vida no se vive a medias, ¿recuerdas? O pruebas la anchoa o no la pruebas.

Frunzo el ceño. A veces Ágata es demasiado franca.

—No sé qué haré —les explico—. No sé que quiero. Bueno, sí lo sé. Ella solo ha querido jugar y le ha funcionado, porque mira el percal. Solo sé que

estoy enfadada y que me siento como un perro al que han dejado de lado. Me ha ignorado por completo desde el sábado.

—Eso no está bien —murmura Ágata—. Ese no es modo de tratarte. Las chicas no hacemos esas cosas.

—Las chicas sois malísimas —Ricky le dirige una mirada de incredulidad—. No hay nada más malo que vosotras. Sabéis cómo hacer daño, sois más inteligentes emocionalmente. Podéis ser brujas si os lo proponéis.

—De hecho lo fuimos —les aclaro—, pero nos quemaron por ello.

—Ya, brujas aparte. Las relaciones entre chicas son muy fuertes, ¿entiendes? —dice Ágata—. Por eso no las quiero. Demasiada intensidad, demasiada emocionalidad... Y Ricky tiene razón. Podemos ser muy dañinas. ¿Crees que Queen puede ser muy hija de puta? Porque tú no. Tú no tienes el gen de la hijoputez. Eres buena. Y no me gustaría que te lastimaran. Por muy buena que ella esté, te aseguro que me la cargaría.

—Pero que yo no quiero ninguna relación, ¿no lo entendéis? —replico a la defensiva—. Solo quiero que me ayudéis a quitarme esta tontería que tengo encima. No voy a ningún lado con una mujer y menos con ella. Ni quiero —estoy anclando esa idea en mi cabeza, a ver si así dejo de sentirme como un puto trapo.

Ricky y Ágata se miran de soslayo. Parece que no los estoy convenciendo, pero si supieran de verdad cómo me siento entenderían por qué no quiero saber nada más al respecto y sabrían de dónde viene esta sensación miserable.

—¿Vas a ir a algún evento más Eurovisivo? —pregunta Ágata—. Porque mientras no asistas a ninguno, tú y ella no os tenéis por qué ver, ¿no?

—No quiero ir a ningún lado. Excepto a Eurovisión —contesto—. Quiero ir a Ámsterdam y disfrutar de ese día.

—Bien. Y aquí en Barcelona, ¿va a volver a hacer más promociones antes de la celebración del concurso? —se interesa Ágata.

—No. En Barcelona no. Todo es en Madrid. No nos tendríamos que volver a ver hasta Ámsterdam.

—Entonces... ahora ella está en Madrid.

Oigo el nombre de Queen. Y si no lo han pronunciado ni Ricky ni Ágata, la única opción que me queda es la televisión. Blanco y en botella.

Cazatormentos, el programa de cotilleos de la tarde, está hablando. Y lo que dice y lo que veo me sientan como un jarro de agua fría.

—Queen y Barbie, al parecer, disfrutaron de un reencuentro en el Retiro. Las

dos artistas llevan unos días inseparables desde que Queen está centrada en la promoción de la canción que va a representar a nuestro país en Eurovisión. Las imágenes de esta semana en las que sale acompañada de una misteriosa morena algo violenta en Barcelona, son agua pasada a tenor del cariño con el que Barbie y ella se miran. ¿Se estarán reconciliando? ¿Será verdad lo que han dicho desde la cadena de que planean que «Comerte el corazón» sea cantada a dúo? ¿La cantarán Barbie y ella? Los fans están deseosos de que las dos beldades reinicien su relación. Fuentes cercanas a las artistas aseguran que no han perdido el contacto en todo este tiempo y que se escribían cada día. Si el río suena, agua lleva. Y dónde hubo fuego... siempre quedan cenizas.

Ágata se levanta y se acerca a la tele. Se zampa un cuadrado de chocolate con leche y almendras y después me mira furibunda, girando la cabeza casi al estilo de la niña del exorcista.

—A esta ni te acerques, ¿me has oído, Kira? —gruñe ofendida por lo que ha visto—. Pero ¿de qué va? ¡Si habían roto! ¡¿Ahora vuelven a estar juntas?! ¡Qué indignación!

Yo me quedo helada y muda. Queen y Barbie están en Madrid y la discográfica baraja que ambas canten en Eurovisión mi tema. No sé lo que me duele más.

Barbie es pelirroja y de ojos muy verdes. Es guapa, desde luego. Y cantante famosa como ella. Es para decir: ya está, yo ahí no pinto nada.

Me duele muchísimo. Me lacera, a decir verdad. Pero esto me sirve para tocar de pies en el suelo y ser realista. Tengo que abrir los ojos. Yo solo he sido la distracción divertida de la súper estrella. Un juguetito al que atormentar. Nada más.

—No llores, por favor —me pide Ricky preocupado. Se sienta a mi lado y me rodea con un brazo—. Esto no es nada, prima. Esto solo ha sido una tontería pasajera. Solo atracción, nada más —murmura sobre mi cabeza—. Ya verás cómo te sentirás mejor en unos días.

—¿Eh? —acerco mis dedos a mis ojos y noto mis propias lágrimas. Ni sabía que estaba llorando. Así de impactada me he quedado.

—Bert me habló pestes de Barbie —me informa Ágata—. Deberías oírle hablar de ella. Dice que es una egoísta, una caprichosa y que solo se pega a Queen por el interés. Para relanzar su carrera y estar en el candelero.

Sorbo por la nariz, sacudo la cabeza para espolear la impresión que tengo, y me fuerzo a sonreír.

—Estoy bien. Todo pasará.

—Claro que sí, cariño —me asegura ella acercándose a mí—. Además, tiene que pasarte, porque yo estoy hecha mierda por culpa de Bert y no sé qué hacer. Y nos tenemos que ayudar.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunto todavía fría por lo que acabo de ver y oír.

—Me pasa que creo que me he enamorado de verdad, porque soy así de pardilla. Y estoy aterrada, y solo hago que mantener las distancias y fingir que solo quiero sexo. Cuando no solo quiero eso. Y él es como yo, creo. No cree en las relaciones, y yo no sé cómo decirle que quiero algo con él.

—Pero, Gati... —le cojo del rostro y sonrío parcialmente feliz—. Eso es que estás creciendo. Mi niña, para lo que te has quedado —bromeo abrazándola con fuerza.

Ricky se levanta y va a abrir la nevera.

—¿Y bien? ¿Hacemos noche de chicas? —pregunta metiendo la cabeza dentro—. Gati, ¿te vas a quedar a dormir?

—Por supuesto que sí. Mi amiga me necesita. Y mañana nos levantaremos hechas un despropósito pero iremos con dignidad al trabajo, ¿verdad? —me alza la barbilla y me la pellizca—. Maldita Queen, con lo bien que me caía. ¿Quién no te va a querer a ti, eh? Con lo bonita que eres —me da un pico en los labios y me vuelve a abrazar—. Joder con tu canción de Eurovisión... —canturrea con tono de humor—, cómo nos esta jodiendo la existencia.

Ricky se ríe y le da la razón.

—Eso es cierto. Maldito talento —clama al cielo—. Yo tengo la solución para vuestra depresión. Pedimos cena y vemos una buena serie. Kira, ¿quieres ver *L World* o *Vis a Vis* o alguna de estas en las que necesites documentarte sobre sexo entre mujeres para saber si te pone o no?

Yo le enseño el dedo corazón con mi cara apoyada en las tetas de Ágata.

—No, gracias. Ya he visto sexo entre mujeres y no me pone. Prefiero ver *Magic Mike*.

—Amén —dice él—. El Tatum bailando resucita a los muertos.

—¿Sabes lo que resucita a los muertos? —insinúa Ágata—. Una buena po...

—Oye, en serio, no tenéis remedio —la corto.

No le diré que estuve en el baño cuando ella y Bert tuvieron sexo. Y que seguro que el manubrio de Bert la dejó muy complacida.

Ni tampoco le diré a mi primo que sé que está volviendo a sufrir por amor, porque lo veo en sus ojos, aunque no me lo diga. Esta noche es de mercurina y mimos y seguro que nos irá muy bien a los tres. Acabaremos durmiendo juntos en mi cama, abrazaditos, y al día siguiente Ágata y yo iremos a la escuela y mi primo se quedará durmiendo hasta tarde y cuando se levante editará sus vídeos de viajes para sus redes. No hay nada mejor que la buena amistad y las palabras verdaderas para lamer las heridas de los corazones perdidos y dolidos.

Todos sufrimos por amor, pero nos levantamos en brazos de los buenos amigos.

Además, el tiempo me está enseñando a valorar el poder de la información. Hay cosas que es mejor quedármelas para mí. Supongo que hay secretos que no deben revelarse, a menos que sea uno mismo quien hable de ello.

Yo, por ejemplo, me siento engañada y decepcionada, incluso más que con Andreu. Y sé que él me dejó hace muy poco aunque a mí me parezca lejano.

Sé que Queen y yo no somos nada y que no tenemos ninguna relación excepto la de la camaradería que tuvimos los últimos días, y el vínculo musical que nos lleva a Eurovisión.

Pero me ha hecho daño.

Y el dolor no tiene que ver con gustos ni con orientaciones sexuales.

Cuando duele es porque importa.

Y a mí me duele.

Capítulo 2

La Ley de Murphy. Cuanto más quieres huir de algo, más te persigue. Queen y Barbie salen en todas las cabeceras de los programas de cotilleos. Salen ideales, guapísimas y sonrientes. Y parece que muy felices, por lo que dicen.

Y me repatea verlas. Me provoca... ¿celos? No sé si son celos, la verdad. Pero sí sé que no me gusta. Que no me sienta bien.

Ayer jueves pasé un día de perros, que solo mejoró al ir al cine con Ágata y Ricky. Por cierto, el consejo que le he dado a Ágata es que sea sincera con Bert. Pero que no sea kamikaze, porque si él es la versión de ella pero en masculino, se irá corriendo si le presionan.

Ágata se lo va a pensar. Pero por ahora quiere mantener un poco de distancia y enfriar su cabeza y su entrepierna, que se pone hiperactiva cuando Bert le viene a la mente. Ella dice que serán días de celibato. Veremos. Me conozco yo por dónde salen esos días...

En fin. Ayer conseguí no mirar el grupo Eurobeesivas ni una vez. Solo escribí a Loli para darle la enhorabuena por el premio musical que había recibido a la mejor discográfica del año. A Queen le dieron un premio al mejor álbum y fue acompañada de Bárbara.

Pero no la menté para nada, aunque soy consciente que el mayor número de ventas de la discográfica viene de ella. Pero me da igual. Ella ha hecho como si nunca hubiese existido.

Yo haré lo mismo. Me ha engañado y me ha hecho creer ser alguien que no era.

Una vez, es mi culpa. Dos, lo es más.

Y hoy, que ya es viernes, voy a comer con Ricky a casa de mis padres. Él es el sobrino adorado, pero porque es el único que tienen.

Por el camino, mi primo y yo hemos estado hablando. Y por fin me ha contado algo sobre ese chico misterioso de Ámsterdam.

El chico tiene novia desde hace cuatro años. Se van a casar. Es todo un drama. Lo conoció en el hotel en el que se hospedaba en Ámsterdam y por lo visto el chico se negaba a creer que le estuviera pasando algo con Ricky.

Ricky se volvió de Ámsterdam mal. Hundido, porque ese chico le había ilusionado mucho. Pero como dice mi primo: «el amor es para valientes». Y Roy, así se llama el gerente del hotel, no lo fue. —Se casa el sábado de Eurovisión— dice mi primo al llegar al portal de la casa de mis padres—. Es una tragedia, Kira. Si lo vieras... Te parecerá una locura pero me imaginé casándome y formando una familia con él —cierra los ojos como el hombre enamorado que es—. Pero es imposible. Como todo lo que quiero.

—No digas eso, Ricky —le froto la espalda con dulzura—. Si no lo tienes, es porque no es para ti. Ya vendrá algo a tu medida.

Él me mira por encima del hombro y me lanza una mirada sesgada y clara.

—Lo mismo digo.

—Calla ya.

De un empujón, lo meto dentro de la portería.

Y mi madre nos encuentra riéndonos en el rellano.

—Pero si es mi ahijado el trotamundos.

—Hola, *tieta* —Ricky abraza a mi madre con amor.

—Hola, guapísimo. Hola, cariño —a mí me da un abrazo y me besa.

—Hola, mamá.

—Entrad, los canelones ya están listos y tu padre se ha puesto hasta un babero. Míralo, ahí está sentado el marajá.

—¡Hombre! —mi padre se levanta y nos abraza y nos besa a los dos—. ¡Zipi y Zape!

—¿Qué tal estás, tito? —le pregunta pellizcándole la barriga—. Qué bien te cuida tu mujer, eh.

—Esto son los disgustos que hacen que coma de más —espeta chinchando a mi madre—. Venga, dejad las cosas y sentaos —nos ordena.

Quince minutos después, estamos sentados los cuatro en la mesa, con uno de mis platos favoritos. Nadie cocina mejor que mamá, ¿verdad?

Hablamos de la familia, de deporte, de trabajo, de películas... y al final, ¿con qué acabamos la sobremesa? ¡Conmigo y las fotos de Queen! ¡Bravo!

—¿Has hablado con Queen? —me pregunta mi madre con mucho interés—. ¿Te ha llamado para hablarte de lo de las revistas?

—No, mama. Ella tiene mucho trabajo.

—Ya, pero mucha gente intuye que esa chica eres tú... Están blasfemando. ¿No debería ella denunciar?

—¿Denunciarlos? —digo sorprendida—. Mama, son revistas de chismes y del corazón. Se ganan la vida la mayoría inventando cosas. Si tuvieran que poner demandas todos los famosos por todo lo que dicen de ellos, medio país estaría en la ruina.

—¿De verdad que nadie te ha preguntado sobre esas fotos?

—No. Solo vosotros.

En realidad, miento. La directora de la escuela se ha acercado a mí cuando iba a recoger las cosas de mi taquilla y me ha dicho directamente que porque sabe que yo no soy violenta ni me gustan las mujeres, pero habría jurado que la de la foto era yo. Al principio me he quedado cortada, pero después he reaccionado rápido. Y le he contestado que incluso yo me habría confundido porque la verdad es que la chica de la foto y yo nos parecemos mucho. No dudo en que muchos otros alumnos y padres pensarán lo mismo, pero mientras nadie me lo pregunte directamente y solo si a mí me da la gana aclararlo, no tengo obligación de dar explicaciones a nadie.

Mi madre, que es gata vieja, tampoco me cree. Me mira a través de sus gafas, con sus ojos azules inquisitivos, como esperando a que le dijera algo más, pero yo callo.

—Me cayó muy bien —me suelta.

—Yo no la pude conocer.

—Da gracias, querido —murmura metiéndose con él—. Te habrías quedado ciego con verla.

—A mí me gustan mayores —contesta imitando a Becky G—. Momias como tú, amor.

Ricky se parte de la risa. Y yo. Siempre están igual. Se aman pero no se soportan, como la mayoría de matrimonios.

—No sabía que se iría a Madrid tan pronto —sigue comentando mi madre—. Pensaba que la traerías un día a casa a comer.

—No —digo cogiendo un cacho de pan—. Está muy ocupada.

—Sí, además, a su novia no le gustará mucho, ¿no? —mi padre, que nunca está al tanto de nada, parece muy puesto en todo lo de Queen. Maravilloso—. Es la pelirroja esa que también es cantante. ¿Nancy?

—Barbie, Juanjo —lo corrige mi madre sin mirarlo.

—En todos lados dicen que están juntas...

—Eh, sí —me lleno la boca con un canelón, solo para no soltar ninguna barbaridad.

—¿Y van a cantar tu canción las dos? ¿Eso lo han hablado contigo o con Andreu? —me pregunta mi madre.

—No, mamá —contesto cansada del tema—. No tienen que pedirme permiso para eso. Te recuerdo que Andreu negoció todo a mis espaldas, pero él ya no tiene ningún papel en ello. Es verdad que no me gusta y que hubiese preferido que la cantase solo Queen... pero la cadena y la discográfica han emitido la votación pública para decidirlo y... el espectáculo es el que es, y no sé qué se hará al final.

Ricky me insufla fuerza y comprensión con su mirada cómplice, y me guiña un ojo.

Es lo que hay. Solo tengo que tolerar el tema un poco más hasta que acabe Eurovisión. Y Queen y yo no tengamos que tener más relación, ni siquiera profesional.

Esta historia me sobrepasa y me viene grande.

Estoy fuera de lugar.

Y de repente llega un mensaje que me cambia el humor. Más, si cabe.

Tengo el móvil boca abajo, pero emite el *beep beep* que solo he adjudicado a Loli. Le doy la vuelta, y lo leo cinco veces para asegurarme de que he entendido lo que me está pidiendo.

Miro a Ricky y él espera expectante que le cuente qué está pasando.

—¿Qué es? —quiere saber mi primo.

—Loli me dice que aunque sabe que es precipitado, le gustaría que esta noche fuera a la gala de la música de Neón Music que organizan en Madrid. Que tiene un billete para mí y un acompañante, y una estancia en un hotel de la Gran Vía. Que no ha invitado a Andreu porque esta es una cena de la discográfica, no tiene que ver con nada de los derechos de Eurovisión. También me ha dicho que les ha hablado de mí a gente del sector, a cantantes sobre todo, y que les gustaría conocerme por si surgiese colaborar con la composición de alguna canción para ellos.

—¿No podría habértelo dicho antes?

—Yo ya conocía el evento. Ya lo habían mencionado en nuestro grupo de whatsapp —ese mismo que intento ignorar—. Solo que no pensaba ir, aunque estuviese invitada.

—Pues creo que no es buena idea quedarte en Barcelona —Ricky bebe su

café con calma.

—¡Yo creo que deberías ir! —aplaude mi madre emocionada.

Yo me quedo pasmada, pensando en todos los pros y los contras. Mi primo en cambio, me dirige una mirada que habla de muchos propósitos y objetivos. Es malicioso cuando quiere.

—Creo que deberías ir —asiente con contundencia.

—Solo voy si vienes conmigo —le digo rápidamente—. El AVE sale de Barcelona a las seis. Nos recogen en casa. Y una vez en Madrid vendría un coche a recogernos y nos llevaría directamente al lugar del evento.

Él mira el reloj.

—Son las cuatro. Tienes una hora y media para ponerte más guapa.

—¿Y tu ropa?

—¿Yo? Querida Antonia, tengo ropa de etiqueta en mi maleta, ¿recuerdas? Me pongo trajes para las cenas de gala de los hoteles y hacer postureo en Instagram.

—Ve, hija —me anima mi madre—. Arréglate el pelo y ve con ese conjunto de traje chaqueta tan bonito que tienes...

—Ya veré cómo voy, mama.

—Sí, ve, y demuestra que no eres esa chica que va reventando cabezas con su casco —apunta mi padre con amargura.

—Ya sabéis que eso no fue así —me defiendo.

—Nosotros sí. Pero los demás no.

—Bueno, da igual —me levanto de la mesa con prisa y le digo con decisión a Ricky—: ¿Te vienes o no?

Él se levanta, deja la taza de café vacía sobre la mesa y me sonrío abiertamente.

—Yo me apunto a cualquier aventura contigo.

—Es un poco loco hacerlo así, ¿no crees?

—Es inesperado. Por eso es maravilloso.

Yo no puedo evitar sonreír al ver su expresión. Me está hablando mentalmente. Y lo que capto que me dice es: «vamos, que quiero ver la cara de Queen al verte y quiero tener una charla con ella».

Yo no quiero que nadie charle con Queen.

De hecho, no sé ni por qué quiero ir. Es como si fuera masoca y quisiera ver la debacle de mi fantasía con mis propios ojos. Quiero que caiga como una torre de naipes y que me sacuda hasta que vuelva a ser razonable y coherente.

Supongo que todos debemos enfrentarnos a aquello que no queremos aceptar.

Es la única manera de salir del ensueño.

Y yo quiero escapar ya del panal pegajoso de la Reina Abeja.

No quiero seguir confundiéndome.

Madrid

Gran Vía

Nunca he hecho nada parecido.

Ha sido el viaje relámpago menos premeditado de la historia. Pero aquí estamos Ricky y yo, en el Mercedes negro que ha venido a recogernos a Atocha.

Él vestido elegantemente. No sé si es por ser gay o no pero tiene un gusto en moda exquisito. Va con una americana negra entallada, una camisa blanca y un pantalón de pinzas negro. Sus zapatos brillan lustrosos y parecen de charol.

—Deberías hacer caso más veces a tu madre. El traje sastre que llevas es inspirador —me dice Ricky entrelazando su mano con la mía—. Donde esté una mujer con los pantalones bien puestos que se quite la Barbie.

Me reiría si no fuera porque estoy tensa como una vara. Llevo esmoquin de una manera distinta. Chaqueta y pantalón muy entalladitos, una blusa blanca con el cuello desabotonado y una pajarita negra deshecha... Como Angelina Jolie en los BAFTA 2014.

—Creo que Queen te va a ver y, si le gustas o le importas, yo, que tengo un radar horroroso para mis relaciones pero soy un lince en las de los demás, lo notaré enseguida —me besa el dorso de la mano.

—Me hago caca.

—Hija, en el AVE había baño.

—No. Lo digo metafóricamente. Estoy cagada y no sé por qué.

—Oye tú no tienes nada que temer, ¿vale? No has hecho nada mal, excepto dejarte llevar y confiar en que las intenciones de una persona eran buenas —me aclara mirándome fijamente—. Tienes que hacer esto para saber lo que te pasa. Pero una vez estemos ahí, no pienses en Queen ni en nadie. Vamos a pasárnoslo bien. Y vamos a venderte, porque tienes muchos temas compuestos y a cuál mejor, prima.

—Pero la voy a ver —digo medio lloriqueando.

—Bien. Por eso estamos aquí. Tú la vas a ver y todos los demás te van a ver a ti, porque si no ponen sus ojos en ti es que están ciegos. Y me tengo que dar la enhorabuena por cómo te he maquillado. Esas veces en las que me he disfrazado de Drag Queen me han servido de mucho.

—Espero no parecer un travelo.

—No, bonita. Travelo yo. Tú eres una hechicera.

—Gracias, primo. Sé que te venías a mi casa hasta mañana y que salías desde Barcelona a hacer otro viaje. Es mucho trajín para ti —admito.

—Sí. Y mi plan sigue siendo el mismo.

—Yo me volveré contigo mañana. No pienso quedarme aquí el finde.

—Bueno. No hables tan deprisa que los planes siempre pueden cambiar.

Apoyo mi frente en su brazo. Le adoro.

—Te quiero mucho. Me estás ayudando tanto...

Él apoya su mejilla en mi cabeza y sonrío agradecido y feliz.

—Y yo te quiero más, tonta. Ahora sonrío cuando salgamos y pon cara de que no tienes en cuenta que ella haya sido una desinteresada y una frívola. Tienes que hacer ver que no te importa. Y recuerda —añade—. Soy tu ligue. Así que deja de mirarme como un peluche.

—Es que eres mi peluche —protesto.

—No, prima. Déjame hacer mi papel hetero que tengo muchas ganas de jugar. Porque visto el éxito que tengo con los tíos, a lo mejor me paso de bando. Voy a comprobar si se me da bien.

—Eso es lo que más nerviosa me pone de todo. Que despliegues tu encanto...

Sí. Ese es el plan.

Vamos a la cena de Neón Music. Pero voy a presentar a Ricky como un amigo. Es posible que Queen esté acompañada de Barbie.

Y yo necesito tener a alguien con quien disimular. Alguien que pueda sujetarme si me da por venirme un poco abajo.

Al menos, en eso, estoy más segura que nunca.

Ricky nunca me ha fallado.

Museo del Traje
Café de Oriente

¿A que no sabíais que Madrid es conocida habitualmente como Villa y Corte?

Esta ciudad me gusta muchísimo. Me gustan sus edificios señoriales, su luz y su aire clásico. El Museo Del Prado, Neptuno y la Cibeles, la Plaza Mayor, La Puerta del Sol, La Puerta de Alcalá... Con Madrid me pasa lo mismo que con Nueva York. Se ve tanto que la primera vez que fui tenía la sensación de que ya había estado ahí.

Pero donde nunca he estado es en este lugar.

Ricky y yo acabamos de bajar del Mercedes. Y un chico trajeado ha tomado nuestros nombres y nos ha guiado hasta el edificio.

Allí nos hemos desplazado hasta el lugar de reunión. Hay mucha gente y veo a muchos cantantes del sello, con sendos cócteles de bienvenida en sus manos, hablando en corrillos después de pasar por el *photocall*.

El Museo del Traje está cerca de Ciudad Universitaria. Un Museo que cede parte de su espacio para celebrar eventos de ese calibre.

Han reservado el restaurante de vanguardia que hay en la planta de abajo, Café de Oriente, rodeado de jardines, espacios abiertos, cinco terrazas y cinco salones...

Han preparado la sala Balenciaga y la han poblado de mesas redondas, con cartelitos con los nombres de los invitados, y una cubertería de ensueño, como en una boda, vamos. Y da la sensación de que forma parte del jardín porque las vistas son panorámicas y dan también al patio central del museo.

Han decorado el jardín con muchas lucecitas y tiene un aire mágico al estilo de Avatar. Y yo estoy como en una nube. Una nube que me hace sentir inestable y no sé si es suficientemente consistente para aguantar mi propio peso.

Miro alrededor para ver si veo a Loli, a Estif o a Queen. Pero no doy con ellos.

Los periodistas entrevistan a todos los que pasan por el *photocall*, y aunque quiero evitarlo, es Ricky quien me coge de la mano y me lleva hasta él. Hay un fondo con los sellos de Neón Music grabado por todos lados, y varios patrocinadores, entre ellos una cadena de radio, una marca de cava muy conocida y otra de refrescos.

—Voy a poner cara de malote —me dice Ricky sin apenas mover los labios—. Tú pon cara de satisfecha.

Las cámaras sueltan tremendos fogonazos. Seguro que no se acuerdan de mí.

Pero cuando salimos del *photocall*, me detienen dos periodistas. Una de ellas, una chica con el cutis inmaculado, el pelo muy negro y ojos igual de oscuros, me detiene y me dirige una sonrisa amigable.

—Hola, Kira.

Me sorprende que se sepa mi nombre.

—Hola.

—Aquí tenemos a la compositora del temazo que va a cantar Queen —dice hablando al micro que ha integrado a su iPhone. Pero no deja de grabarme—. Kira Soler, una chica que las malas lenguas identifican como la joven morena que acompaña a la cantante en las fotos que tomaron hace poco de Barcelona.

Me quiero morir. Frunzo el ceño. No sé qué hacer.

Yo ni niego ni afirmo.

—¿Quién es tu acompañante? ¿Tu pareja?

—Es mi mejor amigo —contesto. Se supone que tengo que mantener la tapadera de Ricky.

—Me suena mucho su cara... —murmura con interés.

—Tengo una cara muy común —contesta mi primo. Soberana mentira, por otro lado.

—¿Qué te parece la idea de que puedan cantar tu tema juntas Barbie y Queen?

Trago saliva, miro hacia otro lado y me humedezco los labios.

—No sé nada sobre eso. Sé lo mismo que tú. Son rumores.

Ella quiere sacar más información, pero tengo la que tengo. No le voy a engañar.

—Eres de Barcelona, ¿cierto?

—Sí.

—¿Sabes quién es la misteriosa chica que acompañó a Queen? Te pareces mucho. ¿Tenéis buena relación...?

—Pregúntale a ella —le contesto cada vez más nerviosa.

Sus ojos negros me están poniendo histérica.

Ricky me aleja de esa periodista y me dice al oído.

—No tienes que contestar a eso. Tú no eres un personaje mediático ni lo quieres ser. No permitas que te metan en esas tesoras.

—¿Y qué hago? —le grito en voz baja—. Malditas fotos... ¡Como me

entero de quién nos las hizo...!

—Hola, Kira —el otro periodista me saluda.

—Hola —miro de qué medio es. Es de la cadena de radio que sale en el *photocall*.

—Has compuesto «Comerte el corazón». ¿Es tu primera canción?

—Eh, no —contesto—. Compongo desde hace años. Pero no lo hice en serio hasta que empecé a estudiar música. Tengo muchas canciones.

—¿Podremos escuchar otros temas tuyos para Queen?

Me fuerzo a sonreír y miro de reojo a Ricky.

—No creo.

—¿Ah, no? —dice el periodista con una sonrisa de sorpresa.

—Bueno, no sé —me corrijo—. Por ahora no hemos hablado de colaborar con nada más.

—¿Y con otros artistas?

—Nunca se sabe —me encojo de hombros.

—¿Qué mensaje le darías a Queen si hoy fuera el día del Festival? Mira a cámara —me pide.

—Disfruta y cómetelos a todos —contesto entrecerrando mis ojos—. Que se te da bien —digo por lo bajini apartándome del periodista y de su cámara.

A Ricky se le escapa la risita y sacude la cabeza estupefacto.

—Ágata tenía razón. No se te da nada bien. Eres demasiado sincera.

—Todo esto me sobra.

Se acercan a darnos un cóctel de bienvenida y Ricky y yo lo aceptamos sin demora, porque venimos muertos de sed. Es delicioso.

Nos quedamos relegados a una esquina del jardín, observándolo todo con ojos de lechuza. Hay tantas personalidades ahí metidas, y todos parecen conocerse y tener buena relación. Todo demasiado artificial y perfecto. Supongo que a eso se le llama diplomacia.

Y veo un movimiento por el rabillo del ojo. Loli va con un vestido negro y ajustado y una americana de esas tipo tres cuartos cuyas lentejuelas son plateadas. Tiene el pelo rubio suelto y estoy segura que está llorando, porque le veo la nariz un poco roja y cuela sus dedos por debajo de sus gafas.

Dejo a mi primo mirando las interacciones de sus redes sociales, y voy detrás de la *Manager* de Neón. La sigo por el pasillo del edificio, hasta el baño. No puedo ser indiferente. Ella me cae bien, sé lo que está pasando, más o menos, con Estif.

Cuando entro al lujoso baño de brillantes azulejos y mármoles prístinos, Loli se da la vuelta asustada, dado que no quiere que nadie la vea así.

—Kira —me dice con voz débil—. Perdóname —se apresura a secarse las lágrimas, avergonzada—, debí recibirte en el *photocall*. Te vi llegar con ese chico, pero he tenido un pequeño imprevisto...

Acto seguido, se da la vuelta con mucha prisa y abre la puerta del aseo como un búfalo para agarrarse al depósito de agua del váter y vomitar.

—¿Estás enferma? —le pregunto sujetándole el pelo para que no se le manche.

—Gracias. Eres un so... —y vuelve a arrojar.

No le voy a preguntar en ese momento, porque yo odio que me hablen si estoy vomitando. Espero y le hago compañía hasta que se incorpora, coge un par de papeles blancos del facilitador de la pared, y se limpia la boca. Después se la enjuaga con agua del grifo y mira su propio reflejo en el espejo. El modo en que se observa me hace comprender que está en problemas.

—No me gusta meterme dónde no me llaman. Pero... me preocupas. ¿Qué te pasa? Te vi que salías corriendo del jardín, llorando.

Ella sonríe con tristeza y me mira a través del espejo.

—No estaba llorando. Había tenido una arcada. Y cuando me pasa eso se me saltan las lágrimas de los ojos. Por eso he venido corriendo al baño.

—¿Has comido algo que te ha sentado mal? ¿Estás indispuesta?

Ella tira los papeles blancos y arrugados en la papelera y cierra los ojos, como si pensar en su vida fuera demasiado doloroso.

—Indispuesta de un mes, sí.

Nuestros ojos se encuentran con clarividencia, y yo entreabro la boca.

—Estás embarazada —concluyo.

Ella esta vez sí se echa a llorar, y cuando veo que la rubia se rompe de esa manera, con todo lo que ella es y el poderoso halo que la rodea, la abrazo y la acuno contra mi cuerpo, aunque sus tacones hacen que me saque casi media cabeza. Es alta.

—Dolores... —le susurro intentando calmarla—. ¿Es de Esteve? —no voy a ir con paños calientes. Sé lo que hay entre ellos y sé que están peleados. Desconozco el nivel de rencor que se procesan y si lo suyo tiene solución o no.

Ella se tensa y se aparta ligeramente para mirarme con cara atónita.

—¿Qué sabes? —espeta.

—¿Yo? —hago una mueca reflejando el poco conocimiento que tengo del tema—. Sé que tú y él tenéis algo. Y que hay un pequeño abismo entre vosotros.

—¿Un abismo? Hay un cráter directamente. Pero —me sujeta por los hombros—, ¿cómo sabes tú eso?

—Joder, Dolores... —resoplo como un caballo y desvío la mirada al techo—. El día que fui a verte a la discográfica, yo estaba ahí, en tu oficina, esperándote, cuando entrasteis tú y Estif y... —muevo las manos dando continuidad a mis palabras.

Su rostro se paraliza, y en cuanto su cerebro registra esa información, se da la vuelta consternada y se presiona el tabique nasal.

—No me jodas. Qué vergüenza...

Yo intento quitarle hierro al asunto y me río, aunque mis nervios estén a flor de piel.

—Pero no te preocupes. No digo nada. Soy una tumba.

Loli me vuelve a encarar y tuerce la cabeza contrariada.

—No sé qué decirte. Siento que vieras ese... espectáculo.

—Por favor, no tienes que excusarte por nada —le aclaro—. Ya estoy acostumbrada —musito por lo bajini.

La pobre sigue llorando, y le acaricio el brazo para consolarla.

—Loli, estás embarazada —sonrío buscando su complicidad—. ¿No quieres estarlo? ¿Es eso?

Ella aprieta el pañuelo de papel contra su boca y cierra los ojos con fuerza haciendo puchereros.

—Nada me haría más feliz que tener un hijo con Esteve. Yo estoy loca por él, Kira. Es el hombre con quien quiero pasar el resto de mi vida...

—¿Pero?

—Pero se avergüenza de estar conmigo. Me ha mantenido escondida todos estos años de relación porque sus padres ricachones querían otro tipo de enlace para su único hijo. Y yo se lo he permitido porque lo que quería era estar con él, y me daba igual cómo. Pero su madre nos descubrió. Y a mí me trató como a una cualquiera. Y él no fue capaz de defenderme y de decirle en ese momento que me quiere y que me elige a mí —la voz le sale entrecortada por los hipidos—. Para tranquilizarla y que no se enfadara, tuvo las narices de decirle que yo no era nada serio. Y para colmo tuve que oír que en el futuro de su hijo no había espacio para mí, que yo solo era un capricho, porque su vida

estaría atada a otra chica, a una tal Mariona amiga suya de toda la vida, una de sangre azul catalana. Y yo, una mujer de uno de los barrios marginales de Madrid, al parecer, no estoy a la altura de los del Imperio musical Casademunt. Así que dime... ¿cómo puedo tener un hijo de un hombre que me ha usado como un trapo todos estos años?

—No, no... —me niego a creer eso—. No creo que sea así, Loli. Yo he visto cómo te mira Estif y te aseguro que un hombre que no siente nada no mira de ese modo. Y le escuché hablarte desesperado. Intentaba hacerte entrar en razón.

—Pero ya es demasiado tarde —protesta ella—. ¿Cómo hago para dejarme de sentir así de mal? Ya no creo en él. Me sentí tan humillada... —me explica—. Yo siempre pensé que él daría la cara por mí cuando fuera el momento, que me defendería. Y no lo hizo.

—¿Le darías otra oportunidad? ¿Qué tendría que hacer él para recuperarte?

—Tendría que enfrentarse a su apellido y a sus padres, y hablar con su amiguita para romper ya ese tipo de relación. Tendría que elegirme de verdad y no a medias.

—¿Y le perdonarías si hiciera eso? ¿Sabe que estás embarazada?

—Le he dicho que tengo un retraso.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Se ha puesto a llorar. Y a suplicarme, a rogarme que volviera con él —vuelve a llorar de nuevo y yo la abrazo.

—Pobrecito...

—Pobre yo, Kira... Me sentí tan humillada... —me explica—. Te digo que siempre pensé que él daría la cara por mí cuando fuera el momento, que me defendería. Y no lo hizo. Y ahora solo estoy rabiosa y dolida y...

—Lo sé. *Chist...* Tranquila. Cálmate —antes tiene que dejar de sollozar o no escuchará lo que le tengo que decir.

Minutos después, Loli parece sentirse más desahogada y sin náuseas.

—No estoy de su parte —le aclaro—. Su comportamiento ha sido recriminable. Pero estoy segura de que él te quiere. Y que intenta recuperarte.

—Necesito pruebas y tiempo —contesta más serena.

Asiento comprendiéndola a la perfección, y después de sonarse la nariz me mira y sonrío con timidez.

—Vaya llorera. Perdóname. Menudo recibimiento te he dado.

—Tranquila.

—Lo necesitaba desde hace días —revela cogiendo aire por la boca y dejándolo ir con fuerza—. Y te ha tocado a ti. Has llegado justo al lugar y en el momento adecuado. Gracias.

Yo me quito importancia, porque creo que es algo que me gustaría que hicieran conmigo si tuviera un momento de bajón tan fuerte.

—Entiendo que las personas podemos colapsarnos o bloquearnos ante momentos de sorpresa y tensión.

—Pues tú no te colapsas —me dice de sopetón—. Tú das mamporros con cascos.

—¿Qué?

—Sí, que le reventaste la cara a ese atracador...

Dios mío. Trágame tierra.

—Ya, bueno. Fue un reflejo. Pero ya te dije que lo que hay en las revistas es mentira.

—Ya lo sé. Además, Queen me lo ha confirmado todo. Sé lo que os pasó.

—¿Cuánto sabes? —le digo con voz de pito. ¿Todo? ¿Hasta la cápsula del tiempo?

—Eso. Que las fotos no son reales y que están trucadas. Y que ella te besó por un impulso, que tú ahí no tuviste nada que ver. Si te sirve de consuelo hemos procedido a hacer la denuncia al departamento de seguridad informático para encontrar el IP original desde el que fue colgada la noticia y que luego todos compartieron.

—Ah... bien. Porque esas imágenes me están metiendo en problemas.

—Lo entiendo. Lo siento mucho. Estas cosas son incontrolables. Pero, chica, no sé qué le has dado...

—¿A quién?

—A Queen —contesta con evidencia—. Solo hace que hablarme de ti y de cómo te encaraste con ellos. La tienes fascinada —se da la vuelta y coge un estuchito diminuto del bolsillo interno de su americana. Es maquillaje, pintalabios y lápiz de ojos. Se retira mientras me sigue contando—. Es una pena que no te gusten las mujeres, Kira. Porque quiero a una buena persona para mi tata y ella necesita a alguien bueno.

—Eh... ya. ¿Es que Barbie no lo es? —indago—. Está con ella, ¿no?

—Es una historia complicada —su gesto es de disgusto—. No están juntas. Pero los medios se inventan cosas y...

—Sí. Pero sí han estado juntas en Madrid.

—Bueno, sí. Se presentó Barbie en el hotel. Ella es... una chica muy insistente. Es difícil para Queen la situación —a Loli no le gusta.

De acuerdo. No quiero saber nada más.

—Pero creo que Queen y tú podéis ser buenas amigas. De alguna manera —me estudia de arriba abajo— encajáis y os complementáis. Son cosas que se perciben. Y a mí, que soy su hermana mayor por elección, me caes muy bien. Así que te doy el visto bueno para que cuides de ella como una amiga.

—Gracias por pensar así de mí, pero me temo que Queen no piensa lo mismo.

Loli detiene el lápiz de ojos en el lagrimal y sus ojos azules se clavan en los míos con misterio.

—Queen no es fácil de llevar, Kira. Es un ser arrollador, enérgico, intenso... su fondo es puro y transparente. Pero han intentado convertirla en un juguete roto, se han aprovechado mucho de ella y está aprendiendo a sobrellevarlo. Está aprendiendo —repíte—. Por eso a veces es tan díscola. Ese es su modo de protegerse —a mí no me tiene que vender a nadie. Pero parece que lo hace—. Como sea —abre el estuche y guarda sus pinturas— estoy muy agradecida por tu ayuda. Le encontraste un buen lugar en el que estar sin que le molestaran los paparazzis y eso es muy importante para ella. No sabemos quién se va de la lengua a veces para que estén los periodistas en los hoteles en los que se hospeda incluso antes de que haga el *check in*. Pero lo descubriré —se conjura mirándose al espejo—. Ya lo creo que sí. Y le meteré un buen puro.

Todo lo que me está contando me descuadra. Queen le habla de mí a Loli, pero conmigo no habla. Me ha dejado de lado por completo desde que me besó el sábado.

—Tu amigo y tú estáis en la mesa conmigo, con Barbie y con Queen —me informa.

—Qué bien —musito sin ganas.

—Otra cosa —me dirige una mirada suspicaz—. ¿Ha pasado algo más con Queen que yo deba saber? —me insiste.

—No. Nada —digo precipitadamente.

Ella aprieta los labios y hace un ruidito de conformismo.

—Está bien... Vas a conocer a la pelirroja. Es bastante altiva y prepotente. Pero mientras no se sienta amenazada por ti, te ignorará como a un ñordo en la

acera. El problema es que la pelirroja es tan insegura que se siente amenazada por cualquier cosa por la que Queen tenga interés. Y vas guapísima —sonríe divertida—. Seguro que se eriza como un gato pardo.

Empieza a caminar y cruza la puerta del baño. Y se detiene cuando ve que no la sigo.

—¿Vienes conmigo o no, bombón trajeado?

—Voy —contesto.

Loli se ha desahogado y ahora parece liberada.

Pero en cambio, yo, en este momento, tengo la sensación de que voy directa a la mazmorra del león para que me arañe y me despelleje.

Capítulo 3

Las veo de lejos, antes de llegar a nuestra mesa. Queen y Barbie hablan entre ellas sentadas en sus localidades. La Reina Abeja parece un tanto apagada, como si no le interesase demasiado lo que Barbie le cuenta.

Recojo a Ricky, que está hablando con dos chicas... y veo que es un dueto de cantantes femenino bastante popular. Le han reconocido por las redes, porque le siguen. Y les gusta mucho tener sus referencias a la hora de hospedarse en algún hotel. Mi Ricky es un rompecorazones al cuadrado. Porque los rompe dos veces: cuando se prendan de él y cuando se enteran de que es gay.

Se lo presento a Loli, y la jefa queda encantada, como era de esperar.

Los tres juntos caminamos hasta la mesa, y yo la veo como si fuera una guillotina. Ana Bolena directa a que le corten la cabeza.

Loli le da con el dedo en el hombro a Queen, y las interrumpe.

Pero se levantan las dos. La pelirroja va con un vestido amarillo, y Queen con un mono de cuerpo entero morado y con purpurina que remarca su espectacular figura como si se lo hubieran pintado sobre la piel.

Cuando se dan media vuelta es como si un rayo las alumbrara desde atrás y se movieran a cámara lenta. Vaya dos. Hacen muy buena pareja e intimidan. En esas décimas de segundo podría analizarlas mucho más, pero el rostro de Queen y la expresión con la que me recibe se encarga de que me sienta aún más incómoda de lo que estoy.

Lo único que se mueve en su cara es el brillo de sus ojos avellana. Hasta que localiza a Ricky, y entonces sus facciones se convierten en granito.

Es una ola de frío del Norte. ¿Y sabéis qué? Me importa un comino, porque el recibimiento inicial tampoco es que haya sido muy cálido.

—A Queen ya la conoces —dice Loli.

—Sí —digo seria.

—Ella es Barbie. Barbie, ella es Kira.

—Ah, ya —suelta la individua.

«¿Ah,ya?». Barbie hace un ademán principesco con la mano, como si esperase que le besaran el dorso. Yo se la cojo como un paleta y le doy un apretón sin gracia ni ganas.

Pero soy muy educada y quiero demostrarme a mí misma que estoy por encima de esto y que lo de Queen es solo un estado de ánimo pasajero.

—Hola —me dice Barbie.

—Hola —contesto yo.

—Y este ejemplar es Ricky —Loli me guiña un ojo—. Un amiguito de Kira.

Ricky sonrío a las dos estrellas y les da la mano con el mismo estilo que yo.

—Hola, encantada —lo saluda Queen educadamente.

Y entonces yo decido hacer algo. Por mi salud mental. Porque ver a Queen me pone mal de los nervios, y me demuestra que sí siento cosas. Cosas extrañas a las que no me atrevo a poner nombre. La atracción se puede sobrellevar. Pero lo que cruce esa línea, me puede desestabilizar y no estoy lista. Además, creo que le hago un favor comportándome así. Está claro que soy un estorbo para ella. Así que me prometo que en toda la noche no la voy a mirar ni una vez.

Me concentro en Ricky, y mi primo, que me lee a las mil maravillas, me va a seguir el juego.

Me retira la silla como un caballero y cuando me acerca a la mesa me dice:

—¿Estás bien, nena?

Carraspeo porque tengo ganas de reírme por cómo me llama. Es tan poco serio esto que estamos haciendo. Pero me apetece. Me apetece distraerme.

—Sí, guapo —le contesto mirándolo con adoración.

—Ricky —apunta Loli totalmente repuesta de las arcadas—. ¿No tendrás por ahí a un hermano gemelo?

Él se echa a reír y yo también. Me encanta ese comentario. Y me gusta cómo las dos hijas de satán se sientan sin decir ni mú. Por el rabillo del ojo veo cómo Queen se reclina en la silla, cruza un muslo sobre el otro y bebe de su copa de champán. Y me mira fijamente. De hecho va turnando su atención entre mi persona y Ricky.

—¿Y Andreu? —me pregunta Queen súbitamente.

Toma latigazo. Ese comentario es el de una reventada. Real. Y además de

una de esas que pueden ser venenosas y que intentan fastidiarte si tú las fastidias.

—Eso ha sido de muy poca clase —suelta Ricky disculpándola, como si no se la tomara en serio—. Yo soy el nuevo Andreu, Reina.

Queen eleva las cejas hasta la estratosfera. Loli se apropia de una botella de agua de un litro para ella sola y se llena una copa. Está palpando la tensión, es obvio. Es imposible ignorarla.

—¿Eres su nuevo agente? —indaga Queen moviendo su pie arriba y abajo.

—No. Andreu sigue siendo el agente que la robó, como las películas de Austin Power. Yo solo me acuesto con ella —le guiña un ojo.

A Loli el agua le sale como un aspersor por la nariz. Así, *ifiu!* Y moja a Barbie en toda la cara. Ricky deja ir una carcajada, pero Queen... bueno, si las miradas matasen, mi primo ahora estaría bajo tierra.

—Uy, perdón —Loli intenta limpiar a Barbie en la cara como una madre, pero el aspersor humano que ha salido del cuerpo de la jefa le ha dejado el ojo irritado, rojo como un tomate. Me meo—. Menos mal que llevas *Waterproof*...

Barbie la aparta disgustada. No se lo puede creer.

Y yo tampoco.

—Eso ha estado muy bien, Ricky —lo felicita Loli—. A preguntas indiscretas... —regaña a Queen con la mirada.

—Eso es verdad —conviene la pelirroja acabando de limpiarse.

Barbie tampoco parece muy molesta del todo, excepto por el chaparrón que le ha caído encima. Y entiendo que está conforme porque, como me ha dicho Loli en el baño, se siente amenazada por cualquier hembra que se acerque a Queen y que esté en un radio de un kilómetro. Pero se ha tranquilizado al creer que Ricky y yo somos pareja. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Mi yo interior aplaude y saca los pompones por mi primo.

Tengo que actuar y poner mis caras de póker. Y no voy a dejar sin contestar esa pregunta.

—Cariño, por favor —le digo a Ricky poniendo mi mano sobre su muslo. ¿Os he dicho ya que mi primo mide casi dos metros y está como un queso?—. Respondiendo a tu pregunta, Queen... Pues no sé nada de Andreu. Llevo desde Sant Jordi sin saber de él —tomo mi copa llena de agua y antes de sorber

delicadamente digo—. No sé qué pasa después de Sant Jordi... pero a muchas personas se las ha debido engullir un agujero negro de esos. Curioso, ¿no?

Esto tiene otro color. A lo mejor, hasta me lo paso bien.

Neón Music celebra esta Gala anual para todos sus componentes. Artistas, productores, realizadores, agentes, mezcladores...

Es un regalo que ofrece el mecenas del señor Casademunt para toda su plantilla. Como unas convivencias de fin de semana. Loli me ha dicho que estoy invitada para todo el finde. Pero no me quedaré aquí ni loca.

Yo no formo parte de Neón Music. Mi colaboración es esporádica.

Loli y yo estamos hablando de eso ahora mismo con Ricky. Mientras que Barbie no deja de criticarle a Queen todos los artistas que hay en las otras mesas. Se está riendo de ellos. La oigo aunque hable bajito. Y me parece de una falta de respeto muy alarmante.

No deja de sorprenderme que Queen pueda sentir interés por una persona así. Ella no es del tipo criticón ni abusón. Y me da la impresión de que Barbie es de ese estilo. La veo caprichosa, egocéntrica y creída.

No sé. No entiendo nada.

—Este pibón y yo —dice Ricky cogiéndome la mano—, no podemos quedarnos este fin de semana. Volveremos a Barcelona a primera hora, porque tenemos cosas que hacer, ¿verdad, nena? —Ricky me da un beso en el dorso de la mano y me pone ojitos. ¡Pero qué buen actor es!

—Sí, Loli. Mañana mismo por la mañana nos iremos. No puedo quedarme.

—Pero tienes que sociabilizar —replica la rubia—. Kira, sé que tienes canciones buenísimas —asume—, y te tienen que conocer para ver lo guay que eres y tantearte nuevos temas. Estamos interesados. Neón Music está interesado. Lo hemos hablado Estif y yo... Piénsatelo. Puedes vivir de la música. A lo mejor, incluso podrías cantar tus propios temas.

Es una locura que me diga eso. No quiero hacerme ilusiones.

—No estoy preparada para eso, Loli.

—Tienes más estudios que el noventa por ciento de los que están aquí. Y lo mejor, tienes talento. Hay pocos tan preparados como tú.

—Pero no es algo que me haya planteado nunca. No —repito nerviosa—. Gracias pero... no.

—No es un no definitivo —aclara Loli para que me conste—. Te lo vas a

pensar y más adelante, tal vez después de Eurovisión, hablaremos otra vez.

—Hablando de Eurovisión —dice Barbie metiéndose de lleno en la conversación—. ¿Cómo va la propuesta de cantar el tema a dos voces? Nos pilla el toro, Loli. ¿Habéis hablado con mi agente? La votación popular por las redes es clara. Todos quieren que la cantemos juntas. Deberías tenerlo en cuenta.

Loli pone cara de hastío.

—Lo tenemos en cuenta. Pero no lo tenemos claro todavía. Queremos ver qué es lo mejor para Queen. Recuerda que ella es la protagonista. Es una decisión que hay que tomar entre nuestro equipo.

¡Zasca! A mí me habría subido el rojo hasta la coronilla. Pero al parecer esa chica es inmune a los cortes. Pone cara de inconformismo y mira hacia otro lado en desacuerdo.

—A mí —Ricky como siempre quiere dar la puntillita—, personalmente, creo que es un tema para una voz. Porque es la declaración de una persona. Una declaración sincera, a pecho descubierto. Es una liberación personal. A mí, por ejemplo, cuando me la canta Kira, me vuelve loco.

—¿Kira te la ha cantado? —pregunta Queen cada vez más seria—. ¿A ti?

—Ya lo creo —está hablando de más. Y me la va a liar.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —quiere saber Barbie intrigada.

Yo voy a contestar sin saber muy bien qué decir, pero es Ricky el que lo hace. Creo que tiene la situación más controlada y más estudiada que yo.

—Hace bastante. Pero ¿sabéis qué me pasó? —les dice muy serio. Y apoya todo el brazo en el respaldo de mi silla—. Que la vi por la televisión, tremenda con ese vestido de Gucci que llevaba, se me encendió la sangre... y me dije: «Ricky, deja de perseguir a chicas que no valen la pena, la tuya siempre la has tenido en frente». Así que me armé de valor, le escribí el domingo... ¿verdad, Ki?

—¿Este domingo? —pregunta Queen con gesto adusto.

—Sí, sí. El domingo, por la tarde —respondo yo jugueteando con lo poco que me queda del segundo plato.

—Nosotros dos siempre hemos tenido mucha tensión sexual. Así que le dije: «necesito verte para decirte que quiero salir contigo y quitarte ese vestido yo mismo».

Loli está encantada con la historia, y la escucha con atención, apoyando sus mejillas entre sus manos. Yo oculto el rostro para no morirme de la risa ahí

mismo.

—Y quedamos este miércoles —concluye Ricky.

—¿Y se lo dijiste a la cara? —quiere saber la jefa como una niña pequeña a la que le están contando un cuento.

—Claro. Y luego —suspira feliz y melancólico—... luego follamos como si no hubiera un mañana. Y hasta hoy, ¿verdad, cuqui?

Yo empiezo a reírme muy nerviosa. Eso ha sido totalmente inesperado. Y Loli, aunque tiene cara de sorpresa, se ríe también a pleno pulmón. Creo que ninguna de las que estamos en esa mesa no esperábamos una barbaridad así.

Así que tengo que poner cartas en el asunto.

—No, no... —les aclaro—. Ricky, no inventes —le pido regañándolo—. Solo vino a mi casa. Y ya está —le corto advirtiéndolo.

Ricky da un golpe sobre la mesa, alza la barbilla y le añade más teatro.

—A cuatro patas. Sobre la lavadora. En la escalera. En todas partes, oiga.

A mí la risa me está ahogando. Y a Loli también.

Creo que todas somos conscientes de que él está bromeando y que ninguna de esas referencias sexuales son ciertas. Pero ha sido divertido.

—Pero a ver... —dice Loli limpiándose las lágrimas de las carcajadas—. ¿Sois novios o no? ¿Estáis saliendo?

Yo acaricio la mejilla de mi primo perfecto y además gay, y le digo:

—Nos estamos conociendo, ¿eh, cari? Basta de inventar.

Él me muerde la mano y hace el ruido de un perro rabioso.

—Verás cuando me conozcas bien... —vaticina.

Queen se levanta de la mesa y empuja la silla hacia atrás con brío. Se aclara la garganta y nos dice con mucha educación:

—Voy al baño.

—¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara —le pregunta Loli con preocupación.

Yo ni siquiera la quiero mirar. Fijo mis ojos al frente y vuelvo a beber agua.

—Sí, tata —oigo que responde.

—Vale, prenda —contesta Loli—. Aclárate esa garganta, que en el postre tienes que deleitarnos con una canción.

Anda, no sabía que Queen iba a cantar.

Ella carraspea y añade con un curioso ritintín.

—Descuida. Cantaré alto y claro.

Lo ha dicho con sarcasmo y con puntería. No puedo ocultar mi satisfacción y Barbie no deja de mirarme como si quisiera montarme como un puzle.

Recibo un mensaje al whatsapp en ese momento.

Es de mi primo. Sí, el mismo que tengo al lado.

Lo leo ocultando el móvil debajo de la mesa y no sé si darle la razón o no. Pero lo que él me dice es:

«Queen quiere matarme. Y a ti te quiere cazar. No lo soporta. Creo que sí hay algo, primita».

Yo le escribo y me paso la lengua entre los dientes, con una actitud de mafiosa que, muy probablemente, no vaya conmigo.

Soy clara al respecto.

«Tonterías».

Muchas personas están deseosas de ver en directo a su artista favorito. Muchas pagan su entrada y se tragan colas eternas solo porque su ídolo merece la pena.

Queen nunca fue mi ídolo, pero sí respeté mucho su trabajo y sí sabía que era una súper estrella. Pero soy más consciente de ello cuando veo la reacción de los mismos artistas del sello, sacando sus móviles expectantes solo para grabarla mientras canta.

Ellos la admiran.

Y yo... no sé si es admiración o no, pero a pesar de todo lo que está pasando entre nosotras, no puedo evitar sentirme nerviosa por escucharla.

Porque su voz tiene un efecto en mi alma. La toca... y más aún cuando la veo mientras canta.

Ella camina hasta el escenario improvisado donde ya han cantado otros artistas durante la noche. Pero todos sabemos que la Reina es el plato fuerte. El postre.

Lleva su pelo suelto y brillante que dibuja ondas volubles por su espalda. Algunas más claras y otras más oscuras. Es como el pelo de un león. Con diferentes tonos.

La diva se sienta en el piano. Pone el micro en posición correcta y mira al público.

—Esta es una noche especial. Es la noche de Neón. Y aunque todos habéis cantado temas de vuestros trabajos, a mí me gustaría cantar una versión de una

artista que me gusta y que, además, me cae muy bien —en ese momento acaricia las teclas blancas y negras del piano sin presionarlas, y mientras lo hace deja caer sus ojos hacia nuestra mesa. Hacia mí—. Esta es mi versión de *Dragon*, de Miriam Bryant.

¡Boom! Me acaba de estallar el cerebro.

Qué mala pécora.

Ella sabe cuánto me gusta a mí Miriam Bryant. Lo sabe. Lo hablamos en Sant Jordi. Es más, le dije que tenía un color de voz muy parecido al de ella. Y ahora va a cantar mi canción favorita a piano y con unos violines de fondo.

Mátame camión.

*I'll be your dragon indoors,
Take you outside these four walls
You could be my Heaven and sky
I pull off the corner of my eye
You're nine as I am, you told me to fly
I don't know how we are close to the sky
What new in light, I'm blind in the dark
Why'd you said?
I'll be your dragon tonight
You won't live to see me on the street
Tears are raining, I'll repeat
You won't live to see me on the street
Tears are raining, I'll repeat
I'll be your dragon tonight
You won't live to see me on the street
Tears are raining, I'll repeat
You won't live to see me on the street
Tears are raining, I'll repeat*

Seré tu dragón por dentro,
te llevaré a fuera de estas cuatro paredes
Podrías ser mi paraíso y cielo
Te miro de reajo

eres nueve como yo, me dijiste que volara
no se cómo estamos cerca del cielo
Cuánta novedad en la luz, estoy ciega en la oscuridad
¿Por que lo dijiste?
Seré tu dragón esta noche
no vivirás para verme en las calles.
Llueven lágrimas, repetiré
No vivirás para verme en las calles
Seré tu dragón esta noche
Llueven lágrimas, repetiré
No vivirás para verme en las calles
Llueven lágrimas, repetiré

Y me muero. Siento que me muero. Que sus palabras y su emoción van directas hacia mí, seguramente sin pretenderlo. Pero ya no lo puedo negar.

Me asusto y me coge frío en el pecho, porque esta vez sí el dardo es acertado y va al centro de mi diana. No voy a fingir que nada de esto no es verdadero. Ni que es un capricho. Tengo un interés real hacia esa mujer. Nada ni nadie puede negármelo. No me hace falta ser ni hetero ni lesbiana ni mierdas, para saberlo. Es algo que sé como persona sin identificarme en ningún género.

Es de alma a alma. Posiblemente me quede encontrarme todavía en muchos aspectos. O tal vez no. Tal vez esta es una parte de mí que necesitaba para saber que creo en los sentimientos más allá de las formas.

Ella es la chica dragón. Una chica que lanza fuego por la boca y que hace arder todo lo que toca. Y yo he salido chamuscada. Si me hubiese liado con un hombre, seguramente, no le estaría dando tanta importancia y no sufriría como hago ahora. Si me hubiese liado con cualquier mujer, no estaría dándole esta importancia tampoco, porque experimentar no es malo y yo no tengo prejuicios. Pero el sábado no me lié ni con un hombre ni con una mujer. Tuve algo con un dragón. Y eso sí que deja marcado a uno para siempre. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo obviarlo?

Mi primo me mira de reojo y posa su mano sobre la mía, que la tengo cerrada en un puño contra mi muslo. Intento no mirar a Queen ni una sola vez y

centrarme únicamente en las luces de los árboles, pero mientras lo hago, siento el corazón en la garganta. Y me ahogo.

—Cariño... —susurra Ricky preocupado—. Respira. Tranquila, no pasa nada...

Ella toca el piano como lo toca todo: va a marcarlo.

Agacho la cabeza cuando siento que sus ojos, esos ojos grandes y seductores que tiene, caen sobre mí. Tengo que aguantar estoica hasta que acabe.

Pero hay un moscardón pelirrojo en la mesa que acerca su silla a la mía, y se pega a mí tanto como puede. Tiene los brazos cruzados y observa a Queen como si viera los tomates maduros del supermercado. No la tiene fascinada, como a mí.

—Es buena, ¿verdad, Kira? —me dice en voz baja, pegando cabeza con cabeza.

Yo sorbo por la nariz y alzo la barbilla.

—Es la Reina, ¿no?

Ella se sonríe y alza una mano para enrollarse uno de sus rizos rojos en su pálido dedo. Barbie es hermosa, pero fría como un témpano de hielo. Y sus ojos muy claros son como los de una serpiente.

—Sí, es la Reina. Ella tiene el poder absoluto. Y está concentrada en sus objetivos.

—Claro —mierda. ¿Qué me está diciendo?

—Tú eres profesora de música, ¿verdad?

Esta vez la miro a los ojos. Sé por dónde va. Pero si se piensa que me va a hacer sentir menos y mal por ello es que no tiene ni idea. Adoro mi trabajo y estoy muy orgullosa de lo que hago.

—Sí, Bárbara —la llamaré por su nombre. Que se joda.

—Pues eso.

—¿Eso qué es? —quiero que me hable claro.

—Que no tienes nada que ver con ella. A ella le gusta el juego, pero luego siempre vuelve a la misma colmena. No te hagas ilusiones.

—Creo que meas fuera de tiesto —pero lo que me dice me está haciendo hervir la sangre para mal. Estoy a unos segundos de darle un cabezazo.

—Solo para que lo sepas. La Reina Abeja no se mezcla con sus trabajadoras. No te metas en medio. Tres son multitud.

Dicho esto, ella se aparta y vuelve a marcar distancias. Y a mirar a Queen

como quien ve pasar el tiempo.

Pero a mí me deja reventada. Sin fuerzas como para seguir escuchando a Queen. Y sin ganas tampoco.

Esa Barbie colorada me deja agotada y desgastada para toda la noche. Pero no me quiero ir de ahí con el rabo entre las piernas y llorando como una cría. Lo que quiero es ser fuerte y demostrarles a las dos estrellitas que no las necesito. Y que no voy a estar pendiente de ellas.

En ese momento, alargó el brazo, cojo a Loli por la muñeca y le digo:

—Cuando Queen acabe, llévame a dar una vuelta y preséntame a quien tú quieras.

Ella se queda sorprendida y después sonrío de oreja a oreja.

—Están haciendo cola, querida —me contesta.

Yo me reclino de nuevo en la silla y veo que Ricky, aunque ha pasado un mal rato por culpa de Barbie, me mira con orgullo de primo, y se da un toque en la barbilla levantándosela.

—Cabeza alta, bombón. Cabeza alta —me susurra.

Sí. Cabeza alta. Tomo aire por la nariz y miro a Queen. Ella alza de nuevo la mirada y se fija en mí. No se la voy a apartar. No voy a ser ningún estorbo ni le voy a pedir explicaciones de nada. Ese no va a ser mi papel, de hecho, nunca quise tener ningún papel ahí. Estoy en Madrid porque quería verificar qué me pasaba por la cabeza y el corazón. Ahora ya lo sé. Me siento irremediabilmente atraída por Queen. Me gusta. Es absurdo decir lo contrario cuando con sólo una mirada ya me tiene haciendo el pino.

Pero soy realista.

También me gustaría volar y tocar las estrellas como dice la canción, pero sé que si salto desde el balcón de mi casa, me mato.

Capítulo 4

Al día siguiente

Me he llevado de Madrid varias cosas. La confianza de que puedo contar con mi primo Ricky para todo. Nuestra despedida en Sants ha sido bastante lacrimógena. Él cogía un vuelo en el Prat que lo llevaba a uno de sus Resorts y yo volvía a mi casita en el Born. Hogar dulce hogar. Ayer por la noche me sentí muy fuera de sitio y estar de nuevo en mi salón es reconfortante.

También me he traído muchos contactos. Artistas que querían escuchar alguna propuesta mía para cantarla ellos, como se suele hacer. Creo que Andreu me hubiese venido bien para hablar con ellos de *business*, pero para ser la primera toma de contacto no estuvo mal. Yo ni negué ni confirmé ninguna colaboración. Hice agenda, como me aconsejó Loli. Creo que no me faltó nadie por saludar.

Y también me llevo un palo. ¿Creéis que Queen se acercó a mí para disculparse por su actitud o para hablarme de cualquier cosa? No. Solo me dirigía miradas furtivas, como si necesitase saber dónde estaba en todo momento y le molestase que tuviera la atención de tantos intérpretes masculinos. Pero ella, en cambio, siempre estuvo acompañada por Barbie, como si fueran un pack. ¿Creéis que habló conmigo de la posibilidad de que mi canción fuera un dueto? ¿O de excusarse por no salir públicamente a decir que nuestro episodio con los atracadores no fue como lo cuentan en la prensa? Pues no. No hizo nada de eso.

Y a pesar de estar rodeada de gente, y de mi primo y de tener la complicidad continua de Dolores, me sentí sola y dada de lado. Me sentí abandonada por ella. Claramente, tengo una enfermedad. Tengo *Queenitis Beerica*. Y me voy a encargar de ponerme bien y de sanar.

Ahora son las doce del mediodía del sábado y estoy en mi salón, limpiando y ordenando la librería. Cuando he llegado me he quitado mi esmoquin que tanto ha llamado la atención y me he puesto ropa más cómoda. Mis tejanos, unas Reebok Classic blancas y una camiseta negra de manga corta con Alicia haciendo un corte de mangas.

Ya he hablado con mi madre nada más llegar. Porque me ha llamado, por supuesto. Quería saber cómo me había ido en Madrid. Y yo le he hablado de solo lo bueno.

Lo que me está pasando con una chica no se lo he dicho. Porque quiero que llegue a vieja.

La tele que tengo colgada a la pared es muy grande y está encajada entre dos librerías enormes que van desde abajo del suelo al límite de la planta de arriba, donde tengo mi estudio buhardilla. Para ordenar los libros me subo a una escalerita. Y estoy hecha polvo, pero lo hago igual.

Los limpio uno a uno con un trapo. Soy de las que los ordena por colecciones y por tamaños y colores. Cuando uno ve mi librería piensa en las escalas del Pantone.

Me bajo de la escalera y casi tropiezo con la silla que hay al lado del mueblecito donde tengo mi tocadiscos retro y maletín. De la silla se cae un libro.

Es el de poesía que había estado leyendo Queen cuando estuve con resaca.

Lo abro y me doy cuenta de que ha doblado la hoja que contiene la poesía de *Mi alma no es cobarde* por la esquina. ¡Y ha escrito algo a lápiz! Pero ¡qué atrevida! ¡Mis libros no se pintan, maldita! Y yo sin darme cuenta.

Ha hecho un dibujo, no ha dejado ningún mensaje. Una Q y debajo de la Q, un corazón. Como la carta de la Reina de Corazones. Se las sabe todas.

Cierro el libro y me viene el bajón de nuevo. Conectar tanto con una persona para que después te ningunee así es muy descorazonador. Porque es muy difícil encajar y compartir tantos gustos y aficiones. Y si cuando se encuentra eso lo tiras a la basura, pues no me quedan muchas esperanzas ahora en la vida.

Sí, estoy dramatizando. Pero sé lo que me digo.

Dejo el libro de nuevo en la silla y me siento en el sofá, mirando a la librería y después a la cocina y a todo lo que me rodea... Voy a dejar de limpiar. Es solo una excusa para mantenerme ocupada. Mi casa está recogida y ordenada. Es suficiente.

Me estiro en el sofá y me quedo mirando a las vigas de madera de parte del salón.

Y pienso en lo bien que se lo tienen que estar pasando ahora Barbie y Queen haciendo cualquiera de las actividades que Neón Music ha organizado con periodistas de por medio.

¿Loli tendrá hoy un día bueno o un día malo? En su situación no tiene que estar pasándolo bien. Pero es una mujer fuerte, emprendedora y muy luchadora. Yo la admiro mucho. ¿Y Estif? ¿Intentará recuperarla de verdad? Espero que no deje de intentarlo. Los dos se quieren pero ella está muy herida.

¿Y Ágata? ¿Habrá vuelto a hablar con Bert para reconocerle que le interesa de él más que un polvo? Mi amiga nunca se había sentido tan destructible como en este momento.

Y mi último pensamiento va hacia Ricky. Tiene que encontrar de una vez por todas a un hombre bueno que lo adore como se merece. Aunque este último lo ha dejado bastante tocado.

No sé qué tiene el amor, que a todos nos deja desguarnecidos. Puede ser la emoción más gloriosa y, al mismo tiempo, la más ruinosa.

En fin... Suspiro. Es sábado. Lo mejor que puedo hacer es salir de mi casa, porque si me encierro será peor. Tengo demasiada energía para eso.

Así que me levanto del sofá, guardo los productos de la limpieza y los trapos en su sitio y me dispongo a coger mi *backpack*, mis gafas de sol y las llaves de casa.

Y en ese momento, me suena el móvil.

Me paralizó cuando veo que la llamada es de Queen. Observo la pantalla sin parpadear. ¿Qué querrá ahora? ¿Por qué me llama?

No se la cojo. No voy a estar ahí cuando a la Reina le plazca. La llamada cesa.

Respiro más tranquila, orgullosa de mí misma. Y abro la puerta dispuesta a salir.

Pero el móvil vuelve a sonar. Es ella otra vez. No sé por qué pero me extraña mucho. ¿Ella se va a arrastrar así? ¿Llamándome dos veces? Así que desoigo a mi demonio particular que me dice que la zurzan y atiendo a la llamada.

—¿Kira?

El modo en que me llama amaga mucho miedo y desesperación. Está acongojada. Y yo me alarmo al oírla así. Todos mis reparos se van al garete.

—¿Queen? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No —se detiene unos segundos para coger aire—. Kira, te necesito. Necesito que me ayudes. Por favor... te lo suplico...

Está llorando. Queen está llorando al teléfono y se me rompe el corazón.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Barcelona.

—¿En Barce...? ¿Estás aquí? Pensaba que estabas en Madrid con... con los demás.

—No... no —repite entre lágrimas—. Me volvía hoy por la mañana. Mi padre regresaba de Italia por una reunión con Laura y habíamos quedado en vernos aquí. Pero... Kira... —solloza—. ¿Tú puedes ayudarme? Sácame de aquí y llévame con él.

—Eh... claro. Pero ¿dónde estás y qué le pasa a tu padre?

—Estoy en el Refugio. Hacía tiempo mientras esperaba a la hora de vernos... Pero no sé cómo las calles de alrededor están rodeadas de Paparazzis. Los conozco y sé quiénes son. Y no quiero que molesten a los Peral porque sé que esto es un negocio familiar y... ellos son muy buenos conmigo. No les quiero meter en esto. Además, si salgo a la calle me van a reconocer y me seguirán y sabrán que voy al hospital —arranca a llorar de nuevo—. Y descubrirán que mi padre está ingresado. Y lo convertirán todo en un circo y...

—Un momento, Queen. ¿Has dicho al hospital? ¿Tu padre está en el hospital? —pregunto asustada—. ¿Qué le ha pasado?

—Sí. Me han llamado. No sé qué ha pasado pero tengo que ir...

—Pero, por supuesto. No te muevas de ahí. ¿Tienes el casco?

—Sí —asiente como una niña pequeña y a mí me da ternura. Sé lo que es ella. Sé que es la emperatriz del fuego y los infiernos. Pero no soy inmune al llanto de nadie.

—Vale. Ya voy. Póntelo. Saldremos por la otra salida del Refugio.

—¿Sí? ¿En serio me ayudas?

Sí. Increíble, ¿verdad, Reina?, pienso amargamente. No te lo mereces.

—No sé cómo agradecértelo. Yo sé que no me he portado b...

—Queen, no. ¿Vale? —La corto dejándole claro que no quiero explicaciones de nada—. Diez minutos y estoy ahí.

—Dios... grac...

No dejo que me agradezca nada y le cuelgo antes.

Me tengo que dar prisa. No sé qué le pasa al padre de Queen ni cómo está de grave.

Y el hombre no tiene culpa de nada.

Ha sido un show.

El edificio del Refugio tiene una segunda salida que comunica con el lado opuesto de la manzana. Hay un jardín interior, que es propiedad de ellos, donde tienen naranjos y limoneros. Y tiene una puerta por la que se accede a él y que da directamente a la calle. Pero siempre está cerrada.

He dejado la moto aparcada enfrente de la puerta metálica negra que da al patio.

Lo primero que he hecho ha sido hablar con Carme. Le he pedido que por favor me diera la llave del patio, que necesitaba sacar a Queen por ahí. La buena de Carme, que ve, oye y calla, no me ha puesto ningún impedimento. Me las ha dado porque «eres de los Soler y sé que me las vas a devolver».

Queen estaba esperando en el salón, con el casco entre las piernas, mirando a través de la ventana. Tiene los ojos hinchados y rojos de llorar. Se levanta de la butaca orejera en cuanto me ve. Está ansiosa. Traga por la garganta y me mira nerviosa.

Lleva unos tejanos azules claros *push up*, una camiseta negra y una chaqueta tipo militar con muchos parches por todas partes.

—Ponte el casco —le ordeno.

—Sí —contesta. Y me obedece al instante.

—Vamos. Carme —le digo a la dueña, que mira a Queen con preocupación —, salimos por aquí —agito las llaves—. Si alguien, por casualidad, le preguntase algo...

Carme niega con la cabeza y dibuja una cremallera imaginaria sobre sus labios.

—Hace años que llevo mi negocio, niña. La discreción es una ley en esta casa.

Asiento y le medio sonrío agradecida. Dudo si ella sabe quién es Queen o no. Pero tienen televisión y alguna vez han tenido que verla. Si es así, lo disimulan muy bien.

Bajamos a la portería, y allí hay una puerta marrón que abro con la llave. Entramos en el patio de limoneros y naranjos. Huele a primavera. Y veo a

Queen un tanto desubicada.

—¿Qué es esto?

—Es el patio interior de los Peral. Da al otro lado de la calle. ¿Te acuerdas que te lo dijo?

Lo cruzamos en treinta segundos. Me pongo el casco antes de abrir la puerta y salimos al exterior. Yo no reconozco a ningún periodista.

—Han rodeado toda la zona. Algunos están dentro de las cafeterías, y otros en los portales.

—¿Cómo han descubierto que estás aquí?

—No lo sé. No me he dejado ver apenas en esta zona, excepto cuando me has venido a buscar en moto o cuando he pedido un taxi. Y lo he hecho todo rápido y siempre bien tapada. No sé cómo saben dónde estoy. Pero el rumor se ha extendido en redes y...

—Está bien. Tranquila.

—Lo que más me preocupa son Carme y Joan —insiste—. Su negocio es muy particular y si filtran eso les puede perjudicar y...

Subo a la moto, le quito el bloqueo y enciendo el motor.

—Tranquila. Ya hablaré yo con ellos. Tú ahora sube.

Ella se queda muy quieta, mirándome intensamente.

—¡Bibian! —la espoleo para no llamarle Queen en plena calle—. Vámonos. ¿En qué hospital está tu padre?

—Eh... sí. Perdón —cuela los dedos por dentro de la visera para limpiarse las lágrimas de los ojos—. En el Hospital Clínic.

—Vale. Vamos entonces.

Me espero a que ella suba. Y hace algo que me deja un poco sorprendida. Se abraza a mí por la espalda casi como un koala, y se pega modo lapa.

La miro por el espejo retrovisor. Ella tiene sus ojos fijos en mi casco. No me puede ver la cara porque mi visera es negra, pero yo sí veo la suya.

Arranco la moto sin prestarle atención y me dirijo al Hospital Clínic.

El día en Barcelona acompaña. Hace un sol primaveral maravilloso.

Aunque nos tengamos que meter en un hospital, siempre es mejor hacerlo con tanta luz que vislumbrar por las ventanas.

El Hospital Clínic rodea la facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. En el Eixample. Es un edificio en forma de U de estilo ecléctico y

clásico. De color terroso. Tiene dos sedes, en Villarroel y Maternitat.

He dejado la moto en la misma acera de la entrada. Queen sabe en qué habitación está, porque la han llamado directamente a su teléfono. Me ha dicho que es porque su padre tiene su contacto en la cartera y una tarjetita donde pone que la avisen a ella en caso de ser ingresado.

—¿Cómo las tarjetas de identificación para diabéticos?

—Sí. Pero él lleva una pulsera, además —me contesta caminando por los pasillos hasta el box donde se encuentra su padre—. Porque no todos van a abrirle la cartera para ver si tiene su tarjeta.

—¿Es diabético?

—Sí. Tiene diabetes tipo uno. Siempre estoy encima suyo por el tema de las inyecciones, porque se tiene que pinchar a diario. Y le digo lo que tiene que comer y lo que no y cuándo tiene que hacerlo... pero, es un desastre.

—Todos los padres son un desastre —asumo—. Ponte las gafas de Clark Kent y hazte algo en ese pelo que tienes para que no te miren, por favor —le sugiero nerviosa. Estoy yo mucho más alerta que ella.

—Sí —sonríe ella, obediéndome. Se hace ese moño sexi y se pone sus gafas. Y cuando la miro creo que es peor el remedio que la enfermedad. Pero me satisface verla más tranquila al estar ahí ya.

Cuando entramos al box de urgencias que nos indicó la enfermera, nos encontramos con un señor muy grande. Grande de tamaño. De unos cincuenta y pico. Con pinta de rockero viejo y *cool*. Va con pantalones tejanos, una camisa blanca de manga corta, zapatos Martinelli con cordones, y el pelo recogido en una coleta. Tiene pelazo blanco. Y ahora sé de dónde le viene a Queen el suyo.

Ella se parece a él un poco en sus facciones. El hombre tuvo que ser un ligón en sus años mozos. Y ahora seguro que gusta a las más maduras y también a las más jovencitas, ¿por qué no?

Tiene un vial puesto, y una enfermera acaba de tomarle la tensión y a sonreírle por un comentario socarrón. En el box estamos solos. Así que en cuanto Queen lo ve se derrumba y abraza a su padre aplastándolo contra la camilla.

Él se ríe y le devuelve el abrazo. Me mira con cara de circunstancias.

Yo le saludo con un gesto de mi mano.

Y él me guiña un ojo sin saber quién soy.

—Cariño, estoy bien... Mi pequeña... —le acaricia la espalda haciendo círculos.

—Cállate, papá. Estoy muy cabreada —lo reprende.

—Qué Drama Queen estás hecha.

—No me hagas enfadar, eh —sorbe por la nariz y se retira para mirarlo a la cara y pasarle la mano por el pelo—. ¿Qué? ¿Eh? ¿Otra vez lo mismo? Se te ha olvidado pincharte y te has excedido.

—No ha sido nada, en serio. No me pinché al salir de Italia, pero me tomé la medicación. Desayuné en el avión.

—Mierdas, seguro —lo acusa Queen cruzándose de brazos.

—Bueno, lo que tienen ahí —se encoge de hombros.

—Claro, porque tú, pedirte un bocadillo de queso y un café con leche sin azúcar no lo sabes hacer. ¿Verdad?

—Queen no seas tan dura conmigo. Desayuné mal. Pensé en pincharme en cuanto llegara al hotel. Se me olvidó. Me encontraba bien —se excusa—. Pero salí a la recepción del hotel dispuesto a encontrarme contigo, y ahí me dio todo el bajón. Caí redondo como una guanábana.

—Ha sido muy fuerte este, papá.

—Sí —asiente él sin quitarle la razón—. Pero ya estoy bien. Me darán el alta en breve.

—No me lo hagas más. Tienes que aprender a cuidarte —se seca las lágrimas con la chaqueta—. Sé que hace poco que eres diabético y que no lo controlas todavía, pero no puede ser que comas lo que te dé la gana y que vayas por la vida así de feliz. Tienes que meterte en la cabeza que tienes una enfermedad crónica y que esto no se va. Y es muy traicionera.

—Oye —él estira la cabeza y me mira—. ¿Le puedes decir a mi hija que deje ya de regañarme? ¿Que soy un hombre mayor y desvalido?

Yo lo dudo mucho y sé que mi gesto es de incredulidad.

—Ella es Kira —dice Queen carraspeando y presentándose ante él.

—Kira —él alarga la mano, yo se la tomo. Me da un tirón y me acerca a él para verme mejor—. Caray, Kira... —murmura—. Qué guapa. Qué ojos más bonitos...

—Papá, por favor te lo pido —lo reprende muerta de vergüenza.

—Yo soy John, princesa —se presenta como un galán.

—Juan, papá. Que te llamas Juan —ella me mira de reojo pero no puede evitar sonreír.

—Hola, encantada —lo saludó devolviéndole la sonrisa.

—Tú eres la compositora, ¿verdad?

—Sí —me sorprende que sepa quién soy.

—Mi hija me ha hablado mucho de ti. Y ahora entiendo por qué...

Ella se cubre el rostro con ambas manos y me pide disculpas con una caída de ojos rebosante de reparo. Yo no le quiero dar mucha importancia. ¿Para qué?

—Bueno —un doctor retira la cortina y entra al box—. Señor John. ¿Cómo está?

—Mucho mejor, gracias.

—La insulina le ha hecho efecto.

—Sí. Gracias a Dios.

Queen se hace a un lado pero pregunta.

—Es la segunda vez que le pasa en poco tiempo —le explica—. ¿Hay algún problema con la medicación? Parece que no le hace efecto.

El doctor la mira, se prenda de ella unos segundos y después vuelve a mirar su libretita. Se ha puesto rojo como un tomate. Increíble.

—Su padre es diabético. Pero ya no produce insulina suficiente. Yo le sugiero que vaya con la bomba de insulina.

—¿Con ese aparato que parece una Gameboy? ¿Cómo voy a ir con eso? —dice horrorizado.

—Porque su salud puede quedar gravemente comprometida. No es agradable caerse en redondo por un bajón o una subida de azúcar. Y eso solo en el mejor de los casos. Podría sufrir graves secuelas, incluso podría morir si no tiene los cuidados que merece. Las inyecciones y la medicación funcionan si se respetan las reglas. Pero usted... tenía un exceso de azúcar en la sangre. No puede sobrepasarse. Así que para ir más controlado tiene que empezar a usar una bomba. Ya se lo dirá su médico. Pero por ahora —controla que todo esté bien y correcto—... ya le podemos dar el alta. Durante el día de hoy no coma ni ingiera nada que lo altere, y haga reposo o, como mínimo, tómese lo con calma. Y el lunes vaya sin falta a su doctor.

Queen fulmina con la mirada a su padre.

—Descuide, doctor. Me aseguraré de que haga caso a las indicaciones.

—Entonces... ¿me puedo ir con estas dos mozas ya? —bromea él—. Han venido a recogerme.

—Sí, claro. En cuanto venga la enfermera a quitarle el vial se podrá ir.

—Se quiere venir con nosotros, ¿verdad, campeón?

Abro los ojos de par en par. Es alucinante lo espontáneo que es. Tiene una

cartera de artistas de renombre a los que representa y a los que esa franqueza, seguramente, les guste. Así que supongo que está acostumbrado a emitir cualquier comentario. Pero el doctor, que no tendrá más de treinta, es muy tímido. Carraspea y se sube las gafas.

—Que tengan un buen día —nos dice a los tres. Cuando se va mira de reojo a Queen.

La Reina quiere arrancarle la cabellera al padre. Lo veo en sus ojos furiosos y encendidos.

—De esta no te salvas, papá. El lunes te acompañaré yo misma a tu médico.

—Basta ya, Queen —le pide él aburrido—. Mi médico está en Madrid. Me voy esta noche a la capital para acompañar a uno de mis cantantes a un concierto en Salamanca. Ya ves que estoy bien. No vas a perder el tiempo en mí con todo lo que tienes encima de promoción por el tema de Eurovisión. Tú quédate tranquila. Solo he tenido un problema con el azúcar.

—Podrían pasarte muchas cosas malas por no cuidar tu problema con el azúcar —le repite ella con ironía.

El padre suspira, le abre los brazos y la mira como si fuera una niña pequeña.

—Ven aquí, tonta.

Queen frunce la boca y hace un puchero y vuelve a abrazar a su padre emocionada. Él me mira con cara de comprender lo que le sucede a su hija, y entonces me dice:

—Quiero mucho a esta enana. Es muy exagerada conmigo porque nos tenemos solo el uno al otro, ¿verdad, Reina mía? —le susurra al oído—. Te has llevado un buen susto. Perdona, cariño. No volverá a pasar.

Ella asiente, más conforme con su disculpa que con cualquier otro discurso que le haya podido dar. La estampa que hacen juntos me enternece. Queen me dijo que estaba muy unida a su padre, y veo que así es. Y no solo eso. Le ha importado poco deshacerse aunque yo estuviera presente. Ahora mismo es como si no necesitase nada más que el abrazo de John.

Incluso las divas como ella necesitan la protección y el amor de su padre cuando toca.

—Oye, Kira... —me dice su padre—. ¿Lleváis a este viejo lleno de azúcar a comer?

La pregunta me toma por sorpresa, pero sé reaccionar.

—Eh... yo no puedo —miento. No pienso ir a comer con ellos a ningún lado. Solo me hace falta que me confunda y me maree más de lo que ya estoy—. Solo he venido a traer a tu hija a verte. Ahora me iré.

Queen oye eso y se aparta un poco de su padre, que la mira un tanto extrañado. Cuando centra sus ojos almendrados en mí es como si me estuviese suplicando que me quedara. Está intranquila. Se humedece los labios y arruga la sábana de la camilla de su padre.

—¿Te tienes que ir? —me pregunta algo abatida.

—Sí.

Su padre nos mira a una y a otra. Es como si fuera un lector USB de almas. Tiene los ojos de un color negro muy peculiar.

—Kira, ¿seguro que tienes que irte? ¿Por qué no nos acompañas? Me encanta conocer a las amigas de mi hija.

Yo no soy su amiga, replico mentalmente. No sé lo que somos, pero no soy su amiga. Eso sí lo sé. Además, ¿conoce a todas a las que Queen mete la lengua en la boca?, pienso malignamente.

—Si te vas, me voy a comer un pastel y en tu conciencia quedará.

—¿Qué? Eso no puedes hacerlo —replico—. Además, no creo que tu hija te deje.

—¡Por supuesto que sí puedo! —arguye él.

Él me pone ojitos, pero Queen deja caer sus ojos hasta la punta de sus Adidas Classic rojas. Cuando vuelve a alzar la cabeza, su mirada se agua, pero posee un brillo desafiante.

—¿Es por Ricky? ¿Te vas con él?

Soy mujer. No tengo radar lésbico ni nada de eso que dicen que se tiene cuando alguien «entiende». Que ya me diréis qué hay que entender... Pero, porque soy mujer, percibo cuándo alguien quiere marcar a otro. Queen no tiene ningún derecho a hacer eso. Supongo que todos están acostumbrados a su magnetismo y a ceder ante cualquiera de sus reclamos. Pero yo no.

—No. No es por Ricky —le dejo muy claro. Mi primo, para ella un ligue, no tiene que ver con que no quiera pasar un tiempo con ella. Y quiero que sea consciente de ello. Me aclaro la garganta y al final me echo el pelo hacia atrás y tomo una decisión al respecto—. Es por mí. Tengo cosas que hacer.

La cara de Queen al oír eso es todo un poema. No deja de mirarme, pero yo ya no lo hago.

—Pero, bonita —me suplica su padre—. ¿Vas a dejarme a mí con este

diablo? Estoy en Barcelona y no puedo comerme todas las cosas ricas que hay aquí —se queja él como un niño pequeño.

Yo me acerco a su padre y le doy dos besos para despedirme.

—Encantada de haberte conocido, John.

—Encantado yo. Sé que has ayudado a Queen y te estoy muy agradecido. Soy loco, pero me doy cuenta de todo —se señala el ojo como un pirata.

—Lo sé —sonríó. Me cae muy bien. Y ojalá las cosas entre Queen y yo no estuvieran tan enrarecidas, porque me habría encantado comer con ellos y conocerle. Y ver cómo actúa Queen con su padre. Habría sido muy tierno. Sin embargo, mi orgullo no me deja hacer eso. Es lo que quiero. Es lo que deseo. Pero no puedo permitir que me traten así—. Tened cuidado cuando salgáis. Queen es un imán para los paparazzis y no la dejan tranquila.

—Lo sé, cariño. No te preocupes. Llamaré a mi amigo chófer que siempre me lleva y me trae de los sitios cuando llego a la ciudad condal. En nada vendrá a recogernos.

—Qué bien —digo sin ningún tipo de recelo—. Y si queréis estar bien resguardados mientras coméis y que no os molesten id al Mirablau, en Avenida Tibidabo. Está arriba de la montaña y hay unas vistas maravillosas de la ciudad desde ahí. Tu hija empieza a estar asediada, alguien se ha ido de la lengua y el lugar en el que estaba hasta ahora no sé si le va a seguir sirviendo.

—Entonces la ayudaremos a encontrar otro —me dice John rodeando la espalda de Queen con su brazo.

—Kira... ven con nosotros —me pide Queen de repente.

La invitación es desesperada y sincera. Pero no la voy a aceptar.

—No. Muchas gracias, pero no —sonríó a su padre y le guiño un ojo con cariño—. Adiós.

No voy a darme la vuelta ni a mirar a esa mujer ni una sola vez.

Me está metiendo en problemas emocionales que nunca pedí. Ya suficientemente complicado es aceptar que me pone caliente verla y que me gusta su persona de un modo más allá de la sensualidad que exuda, como para que ella no tenga ningún miramiento conmigo y me trate como a un juguete. Ni hablar.

No se lo permito a nadie, sea hombre o Queen.

No juego a eso.

Capítulo 5

Que ¿cómo me ha ido el día? Buena pregunta: a medio camino entre mierda y boñiga. Sin paños calientes.

He ido a comer sola. No me importa, porque me gusta ver cosas e ir a mi aire. Pero nada me ha distraído de verdad. En lo único que pensaba era en el rostro de Queen al decirle que no me iba con ella. No le ha sentado bien y juraría que la ha entristecido mucho. Y me tiene loca perdida.

No se lo esperaba. Está tan poco acostumbrada a no salirse con la suya...

Ágata me ha llamado para ir a tomar algo por la noche. Yo aún me lo estoy pensando porque no me apetece. Pero sé que no es bueno estar comiéndome la cabeza tanto y, probablemente, acepte.

Así que me he ido a comprar unos trapitos y de paso me he quedado anonadada con los números de mi cuenta corriente. Han llegado los pagos de los derechos. No sé qué ha negociado Andreu, pero es una pasta, la verdad. Y solo es la parte inicial negociada. Ahora faltan los cánones y todo lo demás que es lo que más dinero da, sobre todo si la canción es un éxito mundial. Que ya veremos. Pero, por ahora, en España no deja de escucharse. Y es duro. Porque oír la cantar mi tema imposibilita que deje de pensar en ella.

Queen me afecta. ¿Cómo puede un beso en una cápsula del tiempo robarme la cordura de este modo? Nunca me sentí así con un tío. Y me he llegado a poner muy cachonda cuando ellos me han besado y cuando me han tocado. Pero... lo que me ha pasado con ella no es sencillo de explicar.

Llego a la portería de casa cargada con bolsas de tiendas de ropa. Y calzados. Son las seis de la tarde. Si me da tiempo, podría ir hasta la calle Petritxol y ver esas figuras que tanto me gustan, de un artista alemán. Tal vez podría comprarme una para la entrada. Hay un cocodrilo que me apasiona.

Subo con el ascensor hasta la segunda planta de mi edificio. Y cuando se abren las puertas, y salgo del cubículo, advierto que hay alguien esperándome sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, al lado de mi puerta.

En ese rellano solo vivo yo, con lo cual nadie puede verla.

Camino hacia ella como un zombi y Queen se levanta de un brinco.

—¿Cómo has entrado? —le pregunto dejando las bolsas en el suelo.

Queen se limpia las manos en los tejanos y me mira fijamente.

—Por la puerta. He llamado al primero, he dicho «paquete de Amazon» y me han abierto.

—Tienes suerte de que los vecinos de abajo no tienen videocámara. Yo no te habría dejado entrar. ¿Habéis comido donde os he dicho?

—Sí.

—¿Está mejor tu padre?

—Mucho mejor, gracias.

—¿En qué hotel está?

—En el NH, cerca del Clínic. A mi padre le has encantado. Nunca dice nada de mis amigas. Pero de ti sí.

Bufo con gesto escéptico.

—Tu padre no me conoce. Dudo que le haya encantado.

—Te conoce por las veces que le he hablado de ti.

—Pues peor me lo pones —solo quiero abrir la puerta de mi casa y entrar.

—¿No me vas a mirar a la cara ni una vez, Kira?

Jugueteo con las llaves y las miro fijamente.

—Tienes mucha cara. Es imposible no mirarla —me ha salido de repente. Yo no quería, pero ahí está.

—Quiero hablar contigo —ella me cruza el brazo por delante, como una barrera, y lo apoya en el marco de la puerta.

Y ahí está de nuevo. Toda esa vulnerabilidad que irradiaba esta mañana al ver a su padre, ha desaparecido. Ahora vuelve a exudar progesterona y magnetismo a borbotones. Y me pone muy nerviosa y me contraria mucho. Porque no sé cómo sobrellevarlo. Porque cuando es esa Queen es como una loba feroz.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto sin mirarla.

—Mírame —me ordena quitándose las llaves de las manos.

Yo me retiro el pelo de la cara y pongo mi mano boca arriba sin perder los nervios.

—Dámelas —le ordeno.

—No —se las guarda en el bolsillo trasero del tejano.

—No tengo paciencia para juegos —digo cada vez más nerviosa.

—Yo tampoco. No estoy jugando.

—Y una mierda no estás jugando —lo digo bajo y con un gruñido.

A ella los ojos se le encienden. Como si estuviera esperando algo así para sentirse viva. Como un león que huele la sangre de su víctima antes de tiempo y se acerca para husmear alrededor y oler el miedo.

—¿Quieres mirarme una sola vez?

—Queen... no me hagas hablar, por favor. Quiero poder ser diplomática contigo. Vamos a dejar las cosas como están.

—¿Y cómo están?

—¿Que cómo están? ¿Me tomas el pelo? —le repito entrecerrando mis ojos.

—No. No te tomo el pelo. Cuéntame cómo están para ti. Quiero saberlo.

Me incita a que hable, y ¿sabes qué? Se lo voy a decir. Ya está bien. Total, ya no tengo nada que perder. Me da igual cómo va a ser nuestra relación después de esto, pero yo no quiero saber nada de ella. Lo que quiero es decirle lo que pienso. Punto y final.

—Pues mira, guapa, están tal que así: a mí no me gusta que me mareen, que me provoquen y me inciten a tirarme a la piscina para luego darme cuenta de que hay tiburones en ella. Porque así es cómo me he sentido desde que te conozco... Siempre empujando. Siempre alentando a que creyera cosas que no son —la señalo con el dedo—. No puedes venir a mi casa y cuidarme y hacerme creer que somos como una especie de almas gemelas. No puedes enrollarte conmigo, volarme la cabeza e inmediatamente desecharme como si no hubiese valido la pena. Me has ignorado toda la semana. ¿Sabes cómo me ha dejado eso? ¿Sabes los miedos que me has despertado y todo lo que me he cuestionado de mí misma? Total, ¿para qué? —la miro de arriba abajo decepcionada y haciendo negaciones—. ¿Para que me ignores, pases de mí y tenga que ver por la televisión cómo has vuelto con Barbie? Tú de risitas, pasándotelo bien con tu posible compi de canción europea, y yo jodida, pensando en que tengo que besar como el culo para que te fueras así y no hayas querido hablar conmigo en todos estos días. Nadie me ha dicho cómo tengo que sobrellevar todo esto... Todo es nuevo para mí, ¿me entiendes? ¿O crees que voy besando a chicas cada día? Me he visto en la tele y en las revistas y todos hablan de mí como si fuera una psicópata. Y doy gracias de que no se me ve la cara bien. Y tú me has dejado de lado toda la semana —le reprocho con los ojos llenos de lágrimas. Ahora no tendría que estar llorando. Ahora debería cogerle las llaves y entrar dignamente a mi casa. Pero no. Aquí

estoy, siendo la emotiva intensa que puedo llegar a ser cuando las cosas me duelen. Y Queen tiene una cara que parece tallada en piedra, y las mejillas rosadas—. ¿Te lo has pasado bien? ¿Eso es lo que haces? ¿Jugar con las heteros para que se cuestionen hasta qué día nacieron? ¿Es eso Queen? Pues si es eso, te felicito, porque a mí me has jodido bien y te has reído de mí. Y encima tienes la puta cara de cantar *Dragon* en la cena de ayer. Porque eres una diva cruel. Una especie de depredadora —le echo en cara— y querías darme la última estocada. Pues muy bien, coleccionista de trofeos. Me la has dado. Ahora, por favor, ¿puedes dejar que las que hemos caído en tu colmena, nos zafemos de la miel pegajosa a solas? —vuelvo a reclamarle las llaves agitando los dedos de mi mano alzada—. Dame las llaves ya. Quiero entrar en mi casa.

Ella no mueve ni un centímetro de su cuerpo. Está tan tensa que parece que si la toco se va a romper.

Carraspeo y me aparto las lágrimas de un manotazo. Sorbo por la nariz y le exijo por última vez las llaves.

—Dámelas. Déjame entrar en mi casa y mantener a buen recaudo el poco orgullo que me queda.

—¿Las quieres? Cógelas —me está retando. Tiene las llaves en los bolsillos de atrás. Abre los brazos.

Ella no parece estar mejor que yo. Pero tampoco hace nada para remediarlo.

Yo estoy cansada de los juegucitos, así que doy un paso adelante y llevo mi mano hacia su bolsillo trasero, pero entonces, ella se mueve.

Jodida ninja.

Me sujeta la muñeca y me pega contra la pared, arrinconándome con su propio cuerpo.

Sus ojos brillan con una emoción que no le había visto nunca. Yo me quedo tan sorprendida que no sé qué hacer.

—¿De verdad crees que besas mal? No me conoces en ese sentido, Kira. No te imaginas lo que tuve que aguantarme en la cápsula para no hacerte lo que de verdad quería hacerte —debo tener una cara de pasmo de Guinness.

—Eso es mentira —le reprocho con voz temblorosa.

—¿Crees que miento? Mírame, no me retires la mirada. Kira, mírame —me ruega sujetándome por la barbilla—. Me detuve por respeto, porque entendía que eso era nuevo para ti... Tú nunca has estado con mujeres, y no

quería trastornarte. Y también porque... porque... no me imaginaba que pudiera gustarme tanto un maldito beso tuyo. Me volví loca. Y me asusté porque sabía que era un error. Fue un error besarte porque temía que me iba a encantar, que me iba a enganchar. Y nunca me ha pasado nada parecido con nadie. No he hecho nada más difícil en mi vida que alejarme de ti en esa cápsula. Y no hablar contigo en toda la semana ha sido una tortura. Porque no quería esto... yo sé lo que me pasa. Y me cuesta aceptarlo porque me da miedo y no quiero ser vulnerable otra vez. Por eso quise poner tierra de por medio. Para no complicarte a ti y no complicarme a mí. Quería dejarlo pasar. Pero me moría de ganas de verte y de llamarte, Kira —me habla con más dulzura—. Pensaba venir a verte hoy, porque no iba a quedarme el fin de semana en Madrid —alza su mano y me acaricia la mejilla suavemente—. Quería que vinieras conmigo a ver a mi padre, pero no a un maldito hospital. Quería arreglarlo... Porque aunque sé que no es buena idea, yo solo quiero verte y tengo ganas de estar contigo. Pero ayer noche apareciste en la cena... —cerró los ojos lamentando ese recuerdo—. Y me dejaste descolocada, sin palabras. Sin saber qué hacer o qué decir para que no se me notara que lo único que quería era secuestrarte y besarte de nuevo. Y llegaste con ese chico tan guapo, con Ricky... y pensé que me lo tenía merecido por estúpida y por cobarde. Pero no he podido dormir en toda la noche pensando que a lo mejor tú y él... que él tenía algo que yo quería.

—¿Polla? —le suelto dañina.

Ella asume el golpe bajo. Sé que eso le ha dolido. Pero se resarce como puede.

—Yo no estoy con Bárbara —hunde sus dedos en mi pelo y me lo echa hacia atrás—. Podría contarte muchas cosas sobre ella y sobre mí, pero nada tiene que ver con la palabra pareja o amante. Sé que ella sí quiere más. Ella siempre querrá más de mí. Pero yo aprendí hace mucho tiempo a quererla bien y en la distancia, pero sin vínculos emocionales entre nosotras, porque Barbie quiere de un modo que no va conmigo. Es mi mejor amiga y siempre quiere regresar. Pero no tenemos mucho en común, a excepción de que a ambas nos gusta la música y que tenemos una historia juntas. No es como contigo... —pega su parte inferior a la mía y pasa su pulgar por mi sien.

—No me digas mentiras.

Sonríe con tristeza.

—No. No te miento. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo. Sé

que la he cagado.

—Tienes un Máster en cagadas.

Lo que me ha contado sí que me ha dado la vuelta al cerebro. Porque es justo lo que quería oír pero a lo que más miedo le tengo.

—Sí —sonríe mordiéndose el labio inferior—. Soy lo peor.

—No eres muy buena —madre mía, vaya cara de pilluela rompemoldes.

—No —niega con la cabeza—. Soy buena. Pero tú me pones muy nerviosa y no quiero hacer nada que haga que huyas de mí corriendo. Y me revienta que esta semana hayas estado con ese chico...

Está tan celosa y tan dolida que me gustaría alargar más su castigo. Pero no puedo, porque... porque no. Si se siente como yo cuando la he visto con la colorada, entonces prefiero que deje de sentirse así.

—Ricky es mi primo. No es ni mi amigo ni mi novio. Me lo traje para no tener que verte la cara y derrumbarme sin tener a nadie al lado en el que apoyarme.

A ella esa revelación le cambia el gesto por completo. Como si la liberasen de un peso atroz que no podía cargar sobre sus espaldas.

—¿Tu primo?

—Sí.

Tenerla tan cerca, tan decidida, hace que se me acelere el corazón. Mierda, estoy perdida.

—Entonces... ¿no ha hecho nada de esto?

—¿Nada de qué? —pregunto.

—Esto —susurra.

Queen me apresa los labios con los suyos. Me besa aplastándome contra la pared, pegando todo su cuerpo al mío. Siento el muro tras mi espalda, y sus manos sujetándome el rostro para colocarme como ella quiere. Su lengua entra en mi boca, y el piercing del demonio me hace cosquillas. Pero me encanta.

Esta vez, recibo el beso con más ganas. No sabía que me moría de ganas de besarla de nuevo hasta que lo ha hecho. Mis manos están lánguidas a cada lado de mis caderas, pero es por algo que ella hace con la lengua, que salen disparadas hasta su cintura como un imán y entonces la pego a mí. Y ella disfruta de ese gesto.

Besa de una manera que no es justa para los mundanos y los plebeyos. Es una Reina con todas las letras. No quiero cortar el beso pero, o lo corto, o no sé qué puede pasar en este rellano, porque me estoy calentando mucho, me

descontrolo y no quiero dar un espectáculo ni que se me vaya de las manos. No estoy preparada para ella ni para nada en la vida, por Dios. Mis manos moldean sus caderas y de repente, como si llevaran un piloto automático, se meten en los bolsillos traseros de sus pantalones. Le toco el culo sin ser consciente de que lo hago, y pienso que es un portento. Qué dura está, la condenada.

Pero voy a mi objetivo. A lo que quiero y necesito para volver a las barricadas, mi zona de confort: las llaves de mi casa que ella ha guardado en su bolsillo.

Cuando siente que las saco, Queen sonrío contra mi boca y murmura:

—Eres una saqueadora. En todos los sentidos —desliza la boca por mi mejilla y me da un beso en una zona del cuello que pone todo mi cuerpo en guardia.

—Queen... —mi voz suena lejana.

Ella deja esa zona de mi cuello y vuelve a darme un beso corto en los labios.

Yo abro los ojos y la miro. Estamos tan juntas, tan pegadas, que su oxígeno y el mío es el mismo.

—¿Qué? —me dice ella ardiendo como yo.

—Que no. Definitivamente, no ha hecho nada de eso —le contesto.

Ella se echa a reír y apoya su frente entre el hueco de mi hombro y mi cuello.

—Menos mal. Lo iba a ir a buscar ahora y a darle una paliza —bromea. O eso espero. Entonces suspira y se muerde el labio inferior—. ¿Estás bien? ¿Estás asustada? —acuna mi mejilla con su mano.

—No. No sé —digo aún sin comprenderme.

—Está bien que te sientas así... nada de esto es malo. Es normal. Pero yo estoy aquí, contigo.

—Ya —me río, cada vez más acelerada. Me siento extraña en mi propio cuerpo. No sé si os ha pasado alguna vez...

—¿Qué es? —me dice ella comprensiva, acariciándome en todo momento—. Cuéntame lo que te pasa, Kira.

—Queen... —exhalo cerrando los ojos—. Creo que necesito huir y echar a correr —le digo con su sabor en mi boca todavía y el corazón a mil.

Ella se aparta ligeramente y me acaricia la mejilla.

—Lo sé. Me has robado las llaves y quieres entrar en tu casa.

—Sí —digo temblorosa.

—No estés nerviosa. Está bien. No voy a entrar contigo —me dice dándome otro beso en los labios—. ... Y me va a costar la vida.

—Vale.

—¿Vale? —se ríe de mi comentario—. Qué mona eres —murmura para sí misma—. Kira... no pasa nada, de verdad—se humedece los labios, casi tan nerviosa como yo—. Quiero invitarte a cenar. Esta noche. Tú y yo. Solas. Bueno, en realidad, tú eliges el sitio y me vienes a buscar. Pero yo te invito —me aclara riéndose del percal—. Hablaremos de todo lo que tú quieras. De todo lo que necesites saber sobre mí, sobre ti... No quiero que estés asustada por mi culpa. Besar a una mujer es algo maravilloso, seas lo que seas.

—No estoy asustada porque seas una chica —le aclaro tragando saliva—. Estoy asustada por lo que me pasa estando contigo.

—¿Y qué te pasa, bombón? —me habla con tanta dulzura que me deshago ahí mismo.

—De todo —contesto algo emocionada, porque no le sé decir nada más. Si ni siquiera yo lo sé explicar..

—Ay, Kira... —me dice en voz baja peinándome el pelo con sus manos y besándome en la mejilla—. Iremos pasito a pasito. Entonces... ¿aceptas mi invitación?

¿La acepto?

—No te fías de mí, ¿verdad? —dice arrepentida por su actitud—. Te juro que si me dejas y confías en mí, no te decepcionaré. Lo haré bien. Vamos a descubrir juntas lo que sea que es esto.

Joder, sí. Sí la acepto. Aún tengo reparos porque esta semana lo he pasado muy mal, pero no me quiero quedar con las ganas de conocerla más en profundidad.

—Está bien.

—¿Sí? —su sonrisa es sexi y al mismo tiempo es perfecta y resplandeciente.

—Sí.

—Vale... —mira todas las bolsas que he dejado en el suelo—. ¿Te vas a poner guapa para mí?

—No... me voy a poner guapa para mí —le contesto—. Y haré lo que pueda para ti.

Ella se muerde el labio inferior y suspira:

—Ya tengo ganas de que me pases a buscar y verte.

Es demasiado. Demasiado explícito todo, demasiado caliente, femenino... muy *hot*.

—Hasta esta noche —le digo abriendo la puerta y mirándola por encima del hombro. Estoy tan mareada y tan intoxicada que no sé si atino con las llaves.

—Eh, tú —sujeta mi barbilla y me roba un beso otra vez. Uno rápido e intenso—. Anda, entra en la madriguera, conejita.

Queen me dirige una mirada súper rápida e indiscreta a mi trasero, después se disculpa con una sonrisita y se va, más feliz de lo que estaba cuando me la encontré en el rellano.

¿Y yo? ¿Que cómo estoy yo?

Estoy hecha un flan ahora mismo. No sé cómo debe de ser tener preliminares y sexo con una chica, pero si Queen es en la cama como besa, creo que voy a pedir un cura para la extremaunción.

Dios es para todos, ¿no? Pues que Dios me acoja confesada.

Jamás me sucedió antes.

Con ninguno de los hombres con los que he estado, y eso que me han gustado y excitado con locura. Pero con ninguno de ellos estuve tan nerviosa, insegura y emocionada como estoy ahora ante la expectativa de ver a Queen y tener una cena, encuentro que es una cita con todas las de la ley.

Por favor... que parezco una cría. Que voy a cenar con una mujer, pero no es cualquier mujer.

Es Queen. Una Queen que me besa como si fuera un alimento básico para su nutrición personal. Una chica que ha puesto patas para arriba toda mi sexualidad.

Me he vestido de un modo que sé que le va a gustar. Porque a mí me gusta. Y esta vez me da igual ir en moto, incluso me importa poco si nos miran más de la cuenta.

No me he sentido nunca una tía buenorra. Creo que si me potencio soy una más, pero esa es la impresión que tengo yo de mí misma. Aunque Queen piense lo contrario. Pero me gusta que me vea de ese modo. A todos nos gusta agradar a los demás, ¿no? A mí me da algo más de vergüenza, pero lo soportaré.

Llevo un vestido negro tipo tubo de manga larga de Glamorous que he

comprado hoy. Tiene escote y me he puesto un sujetador de estos que alza el pecho para que se vea bien. No voy a rivalizar con Queen, pero sí quiero sentirme poderosa y sexi. Es primavera ya y en Barcelona hace calor, aunque siempre hay que llevar una chaqueta a cuestas. Yo me pongo la mía de cuero, cortita y ajustada y llevo unas botas altas, mosqueteras y negras, con el tacón en forma de bloque, porque voy en moto. Mi melena larga y lisa está suelta y campa libre y me he maquillado como me ha dicho Ágata. «Ahúmate bien los ojos y se te verán grandes y claros, y el brillo de labios no lo olvides, y hazte también un poco de *contouring*...». Vamos, que he hecho lo que he podido.

He hablado un poco con ella hoy. Está de bajón porque ayer noche vio a Bert, de nuevo. Se empiezan a enrollar más de la cuenta, y esta noche ella pensaba que iba a verlo y que pasarían la noche juntos. Y resulta que Bert organiza un evento en Pecadores de no sé qué firma de ropa interior femenina, y no le ha dicho que fuera. La pobre no sabe por dónde le vienen las moscas... es todo nuevo para ella, como para mí.

Aunque nuestros consejos han sido diametralmente opuestos.

Le he dicho a Ágata que tenga paciencia, que si de verdad Bert le gusta tanto, sabrá esperar y encontrar el momento para hablar de su relación y hacerla más formal. Y a él le pasará lo mismo. Que no tiene sentido números de celos ni de inseguridades. A no ser que se haya enamorado de golpe. Que eso también puede pasar. A lo que ella no me ha sabido responder.

Y el consejo de Ágata ha sido otro. Ella me ha dicho que me deje de tonterías. Que yo nunca he estado con una mujer y que si tengo curiosidad y me siento extraña respecto a Queen, que me la tire, así tal cual. El sexo no tiene por qué conllevar amor. Pero si al hacerlo siento que me «pasan» cosas... entonces, sabré si la cosa es más seria de lo que parece o solo es un picor que una mujer como la diva puede provocar con toda normalidad en los demás. Pero me ha dejado claro que nunca sabré qué me pierdo si no voy más allá. Porque, al margen de las drogas y de la violencia, que jamás probaré porque sé que son dañinas para el cuerpo y la mente, ¿cómo sé si una cosa me gusta o no me gusta si nunca lo pruebo? La atracción y el deseo es de hombres y mujeres, pero nadie ha dicho en qué orden ni en qué binomio.

La cuestión es que no tengo tabúes para eso. Pero Ágata no acaba de comprenderme. No estoy programándome para tener sexo. Pero en caso de que sucediera, tampoco me da miedo acostarme con ella porque sea una mujer. Me da miedo hacerlo con ella porque es ella. Porque si ya me afecta por unos

cuantos besos que nos hayamos intercambiado y sin necesidad de ellos, qué pasará si cruzo esa línea.

Salgo de casa con el casco a cuestas, mi bolso cruzado por delante del cuerpo y los guantes de piel. Parezco un personaje de cómic, creo. Una heroína de esas que busca a Jack para darle una tunda.

Pero esta es mi noche. Una noche para disfrutar. Para descubrir mi lado más femenino. Para ver si la abeja puede picarme más de lo que ya lo ha hecho.

Y cuando llego al Refugio, tengo que dar la vuelta porque esta vez sí, yo detecto a los periodistas, que creo que tienen rodeado la zona de l'Antic Teatre y El Palau de la Música porque saben que ella está ahí, y no pararán hasta encontrarla. Le mando un mensaje para que salga por la puerta del patio y la espero ahí, mirando hacia todos lados y vigilando que nadie sospeche.

Ella aparece por la puerta, con el casco color chicle puesto, con un vestido corto como el mío pero de color tinto, como a veces son sus ojos. Lleva medias transparentes con algo de brillo como las mías, y unas botas preciosas. Y lleva una gabardina negra y fina que es casi tan larga o corta como su vestido. El escote de su vestido no es muy pronunciado, creo que el mío es más escandaloso. Y sonrío, porque hoy nos hemos intercambiado los papeles.

Cuando ella me ve, lo primero que hace es mirarme las botas, la falda del vestido ajustado y los muslos que llevo al aire. Sus ojos son muy elocuentes y celebro internamente que le guste lo que ve. Es evidente. Me pongo roja como un tomate.

—Esto está lleno de periodistas, Bibian —le digo entre dientes—. No sé si es bueno que sigas quedándote aquí.

—¿Periodistas? —está totalmente concentrada en mí—. Yo no veo periodistas por ningún sitio —sus ojos parecen arder.

Yo me remuevo un tanto nerviosa en la moto, y salgo por dónde sé:

—A ver cómo subes sin que se te vea nada —le digo.

—Mujer de poca fe —me dice. Se agarra el vestido por abajo, y sin mucho esfuerzo, con lo alta que queda con los tacones, pasa una de sus largas y bien hechas piernas, por encima del asiento. Se pega a mí y se apoya en mis hombros para decirme al oído—. ¿Quieres que te diga lo que he pensado al verte o no?

—No —musito apurada.

Ella desliza los brazos por mis hombros y mi espalda y al final rodea mi

cintura.

—Eres muy tímida —dice divertida—. Veremos si consigo quitarte toda esa timidez.

Qué diabla es. Yo le doy gas a la moto.

—Cógete bien.

—Tranquila, que no te voy a soltar —es que está como pez en el agua jugando a ponerme nerviosa—. Oye, Kira.

—¿Qué? —digo antes de coger de nuevo la carretera.

—Estás tremenda.

Venga. Cortocircuito a la vuelta de la esquina.

La noche no ha empezado todavía y estoy más nerviosa que Doraemon haciendo inventario.

Capítulo 6

Quiero sorprenderla. Ella no tiene ni idea de dónde vamos. Yo sí, aunque nunca he estado. Me ha ayudado Ágata a hacer la reserva. Ella conoce a uno de los gerentes del local dado que le llevó un evento. Y nos ha conseguido mesa y además, una atención personalizada y discreta.

Aparcamos la moto en la acera, y Queen mira el lugar.

—*Dans le Noir...* —lee lo que pone en el rótulo del edificio y en los cristales exteriores.

—¿Lo conoces? —le pregunto.

—Sé que hay uno en Madrid, pero nunca he entrado a cenar.

Yo me quito el casco y sonrío.

—Pues ya somos dos. Va a ser una experiencia nueva.

Queen se sube la visera y me lanza una de sus miradas provocadoras.

—La experiencia es verte llevar una moto vestida así.

Yo entreabro la boca, y no sé ni qué contestar. No sé si piropean así todas las mujeres o solo ella, pero es cien mil veces más descarada que un hombre. Aunque lo hace con elegancia y con gracia, y así es imposible que nada de lo que diga me ofenda.

Ella camina detrás de mí y se quita el casco. Veo a través del cristal del local cubierto por unas cortinas, cómo se sacude la melena leonina y cómo vuelve a sonreírme a través del reflejo.

No soy de las que se queda embobada por la belleza de las féminas. Si hay una chica guapa, nunca me ha importado decirlo, porque me encanta la belleza de las demás.

Pero lo de Queen no es solo belleza... es algo más. Su apariencia y su incuestionable apostura está potenciada por su aplastante seguridad y su indudable ascendencia y dominación en los demás.

Cuando entramos en el restaurante un invidente moreno con rostro afable nos recibe. Se llama Carlos. Le doy mi nombre y sonrío para contestarme:

—Le esperábamos. Es la amiga de la señorita Ágata.

—Sí —contesto.

—Viene con acompañante —No es una pregunta. Aunque no ve a Queen, ya sabe que he reservado para dos.

—Así es. La señorita Bibian.

—Bibian. Un placer —dice Carlos con una educación exquisita.

—Igualmente —contesta Queen llena de curiosidad por el sitio y sus camareros.

Carlos se da la vuelta y me pide que me coja a sus hombros, que nos va a guiar hasta nuestra mesa.

Yo me cojo a un hombro de Carlos, y miro a Queen por encima del mío para ofrecerle mi mano.

Ella no duda ni un segundo y me coge dos dedos con su índice y el corazón. Entrelazar nuestros dedos así hace que me suba ese gusanillo extraño desde el estómago al pecho.

—Hueles tan bien —me dice al oído—. Como a fresa. Tu pelo huele a fresa.

Es como si a ella se le hubiera caído un velo y se le hubiesen pasado todas las reservas sobre mí, y ahora va lanzada a por lo que quiere. Y es avasalladora de un modo que te hace querer más y que no me atrevería a cortar jamás.

Yo cierro los ojos, y sonrío para mí misma.

—Tú también hueles bien —contesto.

Ella presiona mis dedos levemente.

De perdidos al río.

Acto seguido, Carlos nos lleva a través de un pasillo sin nada de luz que conecta con el salón donde hay más comensales en otras mesas que somos incapaces de ver.

Carlos nos guía hasta la nuestra y nos coloca en nuestras sillas.

Ambas dejamos los cascos debajo de nuestras sillas y las chaquetas en el respaldo. Cenar a oscuras. Eso vamos a hacer.

Porque en la oscuridad no hay formas, no hay prejuicios y no hay paparazzis.

Oigo la silla de Queen arrastrarse hasta colocarse casi a mi lado. Y de repente tengo su boca a la altura de mi oído.

—Esta es, sin duda, la cita más especial que he tenido nunca. Y a pesar de

estar privada de luz y de no poder verte, siento tanta libertad que no lo puedo explicar.

—Aquí nadie te ve ni nadie te puede reconocer —le explico—. Los móviles están prohibidos y no hay agentes externos para que la experiencia de inmersión en el mundo de los invidentes sea total. He pensado que estarías harta de ir a lugares a la vista de todos. Aquí podríamos estar bien y tú podrías relajarte.

Ella sonríe, lo noto.

—Voy a estar bien. Pero relajada no creo...

—¿Por qué no? —pregunto alertada.

—¿Cómo esperas que esté relajada en un cuarto oscuro contigo?

—Pues como yo —le contestó—. A ciegas. Aquí no hay clases, no hay diferencias. Tú y yo somos iguales.

—Yo nunca he tenido dudas de ello. Vamos a imaginar algo —me propone.

—¿El qué?

—Imagina que somos dos personas casi desconocidas y que solo tenemos esta noche para conocernos la una a la otra. Que solo tenemos esta noche y nada más. Quiero que hablemos de todo, sin miedos, y que me hagas todas las preguntas que se te pasen por la cabeza. Imagina que solo podemos compartir esta cena. ¿No querrías aprovecharla al máximo?

—Sí. Claro que quiero aprovecharla.

No se imagina lo tranquila y a gusto que estoy al no percibir cómo me mira. No estoy acostumbrada, y me pone muy nerviosa. Pero ahí, dentro de la noche misma, ni sus gestos ni sus ojos ni su boca ni nada físico de ella tienen peso.

Solo la comida y su voz.

Puede ser poco. Pero para mí es demasiado.

Los camareros nos van trayendo los platos que pedimos. Descubro que con ella no me aburro, aunque eso ya lo sabía. Podríamos hablar de mil temas, todos inconexos, aunque nosotras le encontraríamos sentido.

Queen tiene una conversación tan rica y habla con tanta pasión que me llena de energía. Es todo lo contrario a esas personas vampiro, que te chupan la esencia vital. Ella no. Ella me la da. Pero lo que más me llena es cómo

escucha. Parece mentira que el silencio llene. Pero a mí me pasa con ella, porque es como si me absorbiera.

La cena entre las dos se convierte en algo muy ameno y muy divertido. Y distinto.

Palpamos por la mesa donde están las copas y el tenedor, y de vez en cuando nuestras manos se rozan y se tocan. Y yo me convierto en mantequilla y siento chispazos cuando eso sucede.

Los platos de este restaurante son de alta cocina. Hemos pedido el menú degustación.

Nos sirven de primero dos copas de cava y un entrante. Después vendrá el primer y segundo plato. Y el postre. Y tendremos tres copas de vino por cabeza. Pero yo no quiero vino. Quiero otra bebida sin alcohol. Porque no quiero que nada me achispe. Necesito ser consciente en todo momento de lo que siento con ella.

—Kira, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —contesto.

—¿Te ha vuelto a escribir o a presentarse Andreu por sorpresa?

Como no la veo, tengo que adivinar sus caras por su tono de voz.

Le inquieta el tema de mi ex.

—Solo para decirme qué mierda hacíamos en Portaferrisa y por qué estaba pegando a ese chico y tú ibas borracha. Y lo más importante, si me gustan las mujeres ahora.

—¿Así te lo preguntó?

—Sí.

—¿Se ha creído lo de la revista?

—Sí. Él es muy alarmista.

—¿Por qué tienen que gustarte las mujeres solo por darte un beso en la boca con una? Qué manera de generalizar...

—Bueno. No se lo tengo en cuenta.

—Nada de lo que hace se lo tienes en cuenta —añade un poco picada.

Yo no voy a añadir nada en ese aspecto. Mi manera de llevar a mi ex es mía y no vale la pena que hable sobre ello.

—¿Y no... no ha vuelto a intentar nada contigo?

—No de manera explícita. Él cree, en su fuero interno, que volveremos algún día a ser los mejores amigos, mientras tanto, puede hacer lo que le dé la

gana. Y yo lo que creo es que soy incapaz de que me toque ahora mismo. Ahora y nunca. Mi decepción ha sido tremenda, Queen. No te lo imaginas...

—Sí. Ha sido una rata traidora. Y para colmo se lía con Melanie.

—Es que con quién esté ya no me importa. Solo quiero que él esté bien y que, por ahora, me deje tranquila. No olvido al Andreu amigo. Pero no perdonaré nunca al que fue mi pareja.

—¿Y no es lo mismo?

—No.

—¿Piensas mucho en él?

Yo palpo mi copa de cava —solo me tomaré una—, hasta que la localizo.

—Pienso en él porque han sido muchos años y me gusta recordar siempre lo bueno. Aunque ahora veo facetas de él que antes no tenía en cuenta y que no me gustan. Sin embargo, esta semana, no sé por qué —dejo caer con ironía— mi mente ha estado ocupada con otras cosas.

Ella se queda en silencio y yo aprovecho para empezar mi tanda de preguntas. Quiero que esta noche me dé de sí. Quiero ser yo la que la descubra. No al revés. Porque yo ya he hablado mucho.

—¿Por qué no me cuentas la relación que tenéis tú y Barbie? Ella me dejó caer que eras suya y que yo... bueno, dijo que tres eran multitud.

—¿Esto te dijo?

—Sí, mientras cantabas a piano.

—Joder... Lo siento —dice afligida—. Mi relación con Barbie acabó por muchas razones, y esa faceta obsesiva de su personalidad es una de ellas. Barbie es muy posesiva. Extremadamente celosa. Y tiene algún que otro problemilla emocional que le cuesta gestionar. Cuando nos conocimos, ella hacía unos meses que había sacado su primer disco al mercado. Empezamos a hablar para hacer una colaboración, nos gustamos y bueno... La relación fue rápida, fulgurante —me explica con normalidad—, porque creíamos que nos comíamos el mundo juntas y que éramos las Reinas. Vivíamos en una burbuja de éxito. Y los periodistas se volvieron locos con nosotras porque éramos las representantes oficiales del colectivo LGTB. Como les parece tan inusual, les encanta crear bombo de eso. Y yo odio estar en ningún colectivo —dice muy a su pesar—. Pero supongo que éramos las que más visibilidad dábamos, así que todo lo que hacíamos llamaba la atención. Sin embargo, pronto llegaron las críticas por el segundo trabajo de Barbie... y mi primer disco, del que seguía haciendo promo, se convirtió en disco de diamante en dos semanas. Y

fue disco del año en el país. Y entonces... todo empezó a ir mal entre nosotras. Tuve que empezar a viajar, a ausentarme más... nuestra relación se mantenía a distancia. Barbie es insegura y celosa y cada llamada era una bronca nueva. Decía que la engañaba con alguna fan o que tonteaba con otros artistas. Barbie es abiertamente lesbiana, no es bisexual como yo. Así que se ha sentido desafiada siempre, daba igual si yo estaba rodeada de hombres o de mujeres. Yo la quería mucho, pero para mí no era fácil desear hablar con ella y acabar la llamada entre lágrimas y ella insultándome por cosas que no había hecho y que no tenía ninguna intención de hacer. Se volvió todo insostenible. Mi segundo disco me dio popularidad internacional y fue el más vendido durante dos meses, y Barbie se quedó en el panorama nacional, con ganas de seguir mi estela. No le va mal, pero siempre está comparando nuestras carreras, y eso le hace daño. Y lo mezcló todo, lo profesional con lo sentimental... Fue muy caótico —lamenta—. Las relaciones entre chicas son, en ocasiones, muy *random*.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis así?

—Casi dos años. De hecho, el día de mi cumpleaños, en Sant Jordi, hacía tres meses que lo habíamos dejado oficialmente. Y la dejé yo. Pero le cuesta aceptar los nuevos roles.

—Entonces... hace relativamente poco que habéis acabado vuestra historia.

—Sí, hace poco.

—¿Y cómo te sientes hacia ella?

Queen toma aire por la nariz y lo echa por la boca.

—Me siento rara. Responsable. Como si tuviera que hacerme cargo. Como si me supiera mal que las cosas me fueran bien.

—¿Eso ha conseguido? ¿Que te sientas así? Pues sí que es manipuladora. No es tu culpa que ella no venda y que no tenga tus premios. Eso lo sabes, ¿no?

—Sí —asume—. Hablas como Loli. Siempre discutimos sobre esto. Cada vez que me siento mal por no poder ser lo que Barbie quiere de mí, la tata me dice lo mismo. Que no es mi culpa que ella no pueda hacer nada mejor y que su egoísmo solo quiere fastidiarme. Pero aun así... me sabe mal.

Entiendo que Barbie es un monstruo emocional y chantajista. Queen es muy fuerte y tiene mucha personalidad, así que imagino que el acoso y derribo de Bárbara fue casi a diario. La manipuló como le dio la gana.

—¿Volverías con ella de nuevo? —quiero saber.

—No. Nunca más —jura.

—Entonces... no estás muy alejada de lo que me pasa a mí con Andreu, salvando las distancias —señalo para que se dé cuenta—. Sabes que Barbie no merece tu perdón ni tu condescendencia, pero estuviste toda la noche de Neón a su lado, como si hubierais vuelto. Y desde que llegaste a Madrid ella te ha acompañado a todas partes. Así es imposible que cesen los rumores. Solo echas leña al fuego.

—¿Esa es tu manera de decirme que estabas celosa? —pregunta muy cerca de mí con un tono abrasador.

Yo carraspeo y la regaño un poco.

—Queen... —no sé qué tengo que decirle. Suficiente he hecho con soltarle todo lo que le he soltado en el rellano de la puerta de mi casa como para ahora seguir quitando las capas a la cebolla. Estoy con miedo, todavía.

—Ya sé. Ya sé —se ríe—. Poco a poco. Pasito a pasito... —me acaricia la rodilla por debajo de la mesa y después la aparta rápidamente—. Tienes suerte de que no te pueda ver. Aunque bien mirado, no sé si es lo mejor.

—¿Por qué?

—Porque a oscuras mi imaginación es muy... volátil.

Yo sonrío y dejo caer la cabeza resignada.

—Eres un peligro.

—Seguro que te has puesto roja —dice divertida.

Me aclaro la garganta.

—Continuando con el hilo de antes... Creo que Loli y tu padre tienen una visión bastante parecida de ella. De Barbie.

—Yo no lo he pasado bien con Barbie —se sincera conmigo—. La he querido mucho. Muchísimo —insiste—, pero hay cosas que no pueden seguir adelante y nuestra relación era una de ellas. Mi padre y Loli solo son protectores conmigo. Pero no es tan mala como la pintan.

—Supongo que es difícil ver como algo dañino a personas que han sido importantes para nosotros.

Ella sabe que estoy hablando de Andreu y que lo pongo al mismo nivel que a Barbie.

—Supongo —añade no muy convencida—. Barbie siempre dice que nadie va a quererme tanto como ella.

—Andreu también cree que me quiere más que nadie.

—Pero más no es mejor.

—Yo opino que ellos quieren de un modo, un modo personal. Pero eso no quiere decir que sea el más válido aunque hayamos creído en algún momento que sí lo era. Eso solo lo sabemos nosotros. Sin embargo, es más complicado volver a enamorarse cuando hemos sufrido una decepción. Nos cuesta más a los tullidos.

La oigo coger la copa y beber. Es curioso cómo se agudizan todos los sentidos cuando te privan la visión. Incluso los sabores se potencian. Y al mismo tiempo, estás más alerta. Como yo. Que intento adivinar cada movimiento de Queen.

—¿Antes de Barbie tuviste parejas masculinas? —quiero saber.

—Claro. Entré en el programa con novio. Y antes de él tuve dos parejas más chico. La primera pareja sería, entre paréntesis, que tuve, fue una chica, a los quince años. Después tuve tres chicos. Y al salir del programa dejé a mi ex y, no lo hice por Bert, como dicen. Lo dejé porque era muy celoso y no soportaba verme sobre un escenario.

—Uf, qué peligro...

—Síp. Eso no lo sabe nadie. Procuré que no se metieran en su vida. Y meses después de salir, conocí a Barbie, que salía como ganadora de su concurso con un disco bajo el brazo. Y desde entonces, en todo este tiempo, solo he estado con ella. Soy muy fiel, incluso cuando las cosas van mal. Nunca pondría los cuernos a nadie. No como Andreu —dice quisquillosamente.

—Bueno —encajo el golpe—, yo nunca tendría envidia de que a una persona a la que quiero le vayan bien las cosas. Como a Barbie le pasa. Eso no dice nada bueno de ella.

Queen se ríe suavemente.

—Me gusta cómo pones a todos en su lugar, Kira.

—No es mi intención dar lecciones de nada, por eso no me gusta que me las den.

—Eres tan... distinta —dice de repente.

—¿Distinta de quién? —pregunto.

—De todo el mundo. No hago comparaciones —me aclara—. Simplemente, no he conocido nunca a nadie como tú. La mayoría de personas me temen o me admiran tanto que solo saben adularme. Les podría decir que son una mierda y me darían las gracias por ello. Pero tú... tú hasta me rechazas los besos.

Me da la risa. Un beso, dice. Sus besos no son corrientes.

—Tus besos son como una invasión.

—¿Ah sí? —dice interesada y orgullosa—. Bueno, no te preocupes —me dice bajando el tono—. Ya te he dicho que no lo haré más y que el próximo, si viene, tendrás que dármelo tú. No pienso lanzarme de nuevo.

Me quedo callada. Ahora mismo estoy nerviosa. Recuerdo el beso en el rellano y me entra un no sé qué por el cuerpo que no sé identificar. Lo he sentido otras veces, con hombres. Pero esto es nuevo y poderoso. Al final, tendré que valorar la opción de Ágata. Tal vez dar el paso final y atreverme aclararía muchas de mis dudas y de mi controversia.

—Aunque sé que debe ser complicado, espero que te atrevas a hacerlo, Kira —admite con voz clara y sincera.

—Todo es nuevo para mí —reconozco en voz alta—. Nunca me había sentido así con una chica. Es... no sé, sé que me repito, pero no sé cómo explicártelo. No tengo dudas sobre si me gustan las mujeres. Porque jamás sentí interés ni atracción por ninguna como en cambio sí lo sentí hacia muchos hombres. Pero contigo... ya te lo he dicho, es distinto.

—Que te guste yo no te convierte en lesbiana ni significa que te gusten las mujeres a partir de ahora.

—Lo sé. Pero es tan nuevo que no sé cómo plantear mi estado actual.

Ella me escucha y me da alternativas. Demuestra que le interesa todo lo que digo. Y eso me encanta.

—Pero nuevo... ¿nuevo mal o nuevo mejor? —quiere saber preocupada.

—Nuevo indescriptible. Nunca he quedado con una chica como si fuera una cita romántica. He quedado con chicas para ir a ligar con hombres o para hacer cosas de chicas...

—Esto son cosas de chicas —señala con tranquilidad.

—Tú ya me entiendes.

—¿Te sientes desubicada y mal? —pregunta intranquila—. Si es así... podemos dejarlo aquí. Yo lo último que quiero es presionarte.

—No, no —Niego rápidamente—. No quiero dejar nada. Esta también soy yo y quiero saber qué está pasándome. Estoy bien y quiero seguir adelante con lo que sea que es esto. Pero estoy nerviosa y... no puedo evitar sentirme así.

Ella palpa por la mesa hasta sujetarme la mano.

—¿Y si te dejas llevar?

—¿Dejarme llevar?

—Sí. Mira, si te sirve de consuelo, yo también estoy nerviosa.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Kira...

—¿Han acabado? ¿Les traigo el segundo plato?

Nuestro camarero se mueve en silencio y sabe cómo hacerlo en aquel lugar. No nos habíamos dado cuenta de que estaba detrás nuestro.

Yo me suelto de la mano de Queen y porque no la veo, pero juraría que ha puesto los ojos en blanco como si no estuviera acostumbrada a que alguien sintiese vergüenza a su lado.

—Sí, por favor —dice ella—. Trae el segundo. Estaba muy rico.

—Gracias, señorita Bibian.

—Estoy deseando probar los postres. ¿Tú no, Kira?

Ya se asoma la loba de nuevo.

—Los postres están todavía más deliciosos. Es la mejor manera de acabar una buena velada.

Oigo cómo coge la copa de nuevo y se la lleva a la boca añadiendo:

—Estoy completamente de acuerdo contigo, amigo.

La cena en Dans Le Noir ha acabado. Y ha sido una experiencia inolvidable y muy intensa. Hablar con Queen de todo, poder preguntarle hasta lo más nimio y descubrir que ella no ponía reparos en nada, me ha demostrado mucho sobre su persona. Que no se abre con nadie, pero cuando lo hace, es de verdad.

Los postres estaban riquísimos. Lo hemos compartido entre las dos, con la misma cuchara. Y nos hemos reído por nuestros intentos fallidos. Una vez ella ha estado a punto de meterme la cuchara por la oreja y yo le he dado en el ojo. Hasta que nos hemos ayudado tocándonos la cara y guiándonos sujetándonos la muñeca.

Lo voy a recordar toda la vida. Las manos de Queen son suaves y huelen bien, a crema perfumada.

¿Sabéis qué es lo peor? Que sé por qué he elegido este restaurante, y no solo ha sido para que ella se sintiese mejor bajo la comodidad del anonimato. Lo he hecho creyendo que, a oscuras, si Queen volvía a abalanzarse sobre mí, podría besarla y atreverme más con ella, cubiertas por ese manto invisible, ajenas a nada que no fueran nuestros labios y nuestras manos. Escondidas incluso de nuestros propios ojos. De los de ella. Y de los míos.

Y lo he hecho así porque soy una gallina. Porque no me atrevería a la luz del día.

Pero nada de eso ha sucedido. Queen ha respetado su promesa y se ha comportado muy bien, y nos lo hemos pasado como si fuéramos dos buenas amigas viviendo nuevas experiencias. Y eso ha empeorado todavía más mi confusión. Porque he descubierto lo que ya vi en Sant Jordi, que es una compañera ideal para cualquier ocasión, que nunca tiene un «no» en la boca y que habla muy bien, pero escucha mejor.

Y es dulce y atenta.

Y cómica.

Y es provocadora cuando quiere.

Y a mí... a mí me tiene desequilibrada, joder. Porque jamás sentí esta necesidad de saber más y de querer más de nadie. Ni de desear que el día no se acabase nunca.

Por eso, he pensado que podríamos ir a cualquier lugar a bailar y a tomar unas copas. Al Otto por ejemplo. De hecho, yo estoy con ganas de continuar.

Pero la noche se ha nublado por arte de magia y de repente empieza a llover. Y no vamos preparadas para que llueva. Empieza a caer un aguacero que nos empapa en un abrir y cerrar de ojos. Es ella la que, subida a mi moto y con todo su torso pegado a mi espalda me dice:

—¡Tenemos que tener cuidado ahora al volver al Refugio! ¡No quiero que los paparazzi me descubran!

Yo la miro por el retrovisor. Quiere que la deje ya en el hostel y eso me entristece un poco, pero, al mismo tiempo, entiendo que está cansada y que a lo mejor necesita reposar más que yo. Es una artista, ¿no? Tiene otro ritmo y una agenda muy apretada.

Además, el Refugio está cerca. No tengo que dar vueltas.

Llueve tanto que apenas veo la carretera. Y eso es bueno también porque dudo que hayan periodistas empapándose en la calle a estas horas. Así no saldrían buenas fotos. Es la una y media de la madrugada.

Conduzco con todo el cuidado posible hasta llegar a la manzana en la que se encuentra el hostel.

Madre mía qué escándalo. Tengo agua dentro de las botas. Dentro, o sea. Mis dedos bucean como patos.

Consigo dejar la moto aparcada y ella saca las llaves de su chaqueta y me dice:

—Sube. No puedes seguir conduciendo con esta lluvia. Podrías tener un accidente. Sube y cuando la lluvia se achante te vas.

No me parece mala idea. Así que me bajo de la moto y las dos corremos hasta la puerta del patio, la abrimos y cruzamos el patio de naranjos y limoneros como un relámpago. Los truenos nos acompañan.

Llegamos al interior del hostel, nos quitamos los cascos y subimos directamente a la buhardilla.

Allí Queen entra al baño y se empieza a quitar la ropa. Se libera de la chaqueta y las botas, y se acerca a mí con el pelo húmedo y una mirada de preocupación.

—Quítate la ropa, Kira —me ordena—. Te dejaré algo seco para que te pongas hasta que la lluvia amaine.

Tengo la cara mojada y la nariz me gotea agua. Y Queen me parece tan guapa y tan salvaje que me quedo mirándola más de la cuenta. Ella se da cuenta y sus ojos pardos se llenan de inteligencia y de comprensión de la situación, como hacen los de los predadores.

Pero es que no lo puedo evitar. No sé qué tengo con ella, pero no puedo dejar de observar lo bella que es.

La única luz cálida que hay encendida del salón ilumina sus rasgos. Sus pupilas brillan con hambre.

Da otro paso hacia mí y soy plenamente consciente de esos dos dedos de altura que tiene más que yo.

Y me digo que si hay una vez para acostarme con una mujer y para hacer más cosas de las que nunca pensé que haría, debe de ser esta, porque nunca había tenido tantas ganas de dar ese paso.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta.

Soy plenamente consciente de que en esa pregunta vienen implícitas más cosas de las que me atrevo a pedir o a pronunciar. Pero a veces no hay que ponerle nombre a los deseos ni a las experiencias. Solo hay que ser lo suficientemente valiente para vivirlas en primera persona y no esperar a que otros te las cuenten.

Es mi vida. Es mi momento.

Así que respondo:

—Sí.

Capítulo 7

Estoy temblando.

—¿Tienes frío? —me pregunta recogíndome el pelo.

Yo niego con la cabeza.

—¿No?

—No —Tiemblo. Pero no es de frío, joder.

Primero me quita la chaqueta. Está concentrada en ello, y lo hace tranquilamente, como si supiera qué efecto provoca en mí cada uno de sus movimientos.

Con el pelo húmedo como lo tiene parece más oscuro de lo normal. Sus manos están mojadas pero no me incomodan. Y es ahora cuando me fijo bien en sus tatuajes. Sé que son elementos que atraen la mirada, pero yo nunca he podido dejar de mirar su rostro por eso no les he dado importancia porque ella siempre me mira como si fuera un regalo a desenvolver. Sus muñecas están cubiertas por flores en negativo, y sus antebrazos están tatuados por completo, con medias mangas. Su dibujo es tipo *New School*. Poseen elementos importantes para ella, que tienen que ver con su vida y su persona. Uno de sus antebrazos está lleno de flores con mariposas de muchos colores y abejas recogiendo polen. La otra tiene un micro, un beso, una corona dorada y una pluma que escribe una estrofa de una de sus canciones con estilo cursiva. Entre los dedos tiene otros tatuajes. Uno de ellos es una abeja Reina. Y el otro es una Q negra con un corazón rojo debajo sobre el pulgar. Sus uñas están pintadas de negro.

Me quita la chaqueta y la deja reposada en la bañera para que no moje nada y se seque con más facilidad. Después se queda mirando mi vestido. Está calado como el de ella.

A continuación dirige sus ojos a los míos, parpadea una vez y con el labio dibujando una sonrisa ladina me dice:

—¿Y si te constipas? Mejor te lo quito, ¿no?

Yo trago saliva y soy incapaz de negarme. Es como si se hubiese apoderado de toda mi voluntad. Es tan... alucinante.

Me doy la vuelta y ella posa sus manos sobre mis hombros. Sus dedos se cuelean por debajo del cuello del vestido con sutileza, como si lo hiciese sin querer. Después retira todo mi pelo y lo coloca sobre mi hombro derecho. Me baja la cremallera con suavidad y lentitud, como si hiciese el momento eterno.

Cierro los ojos, consternada por la avalancha emocional que me constriñe. Tengo que liberarme como sea. Ella deja caer el vestido por mis hombros, hasta mis brazos, y se queda colgando por mi cintura. Estoy en sujetador negro, de espaldas a Queen y siento que esto es una locura. Pero quiero hacer locuras. Sin plantearme en el porqué las hago. Solo quiero hacerlas y ya está.

Ella pasa sus dedos por mis hombros. Me está acariciando y los desliza por los omoplatos. Por el lateral de mis costillas, hasta mis caderas, donde tengo el vestido arrugado. Y ahí, en vez de seguir bajando la prenda, cuelea sus dedos, y lo agarra para tirar levemente de él. Acerca su rostro a mi cuello y frota su nariz contra mi piel más delicada. Pero lo hace de un modo que parece casual.

Ay, madre mía...

Es uno de esos momentos en los que estás en un precipicio. Y te persiguen. Y no sabes si saltar o dejar que te cojan.

Mira, ¿sabes qué? Que Gerónimo. Voy a dejar que me coja.

Tomo aire y espero. Pero ella se ha detenido. Incluso parece haberse alejado. No voy a dejar que el miedo me paralice. Yo quiero probarlo y descubrir qué es esto que me pasa con ella. Y no me voy a quedar con las ganas de besarla. Porque es lo que me apetece.

Me doy la vuelta. Estoy en sujetador, con toda la piel mojada por la lluvia.

Queen parece que espera algo. Como si no se atreviese a dar el paso. No parpadea, sus ojos titilan con un brillo expectante. Sus manos están relajadas a los lados de su cuerpo.

Parecemos ambas impacientes. Anhelantes. Yo lo estoy mucho.

—No voy a besarte —me comunica ella—. Aunque me muera de ganas. No lo voy a hacer porque dije que el siguiente beso me lo tendrías que dar tú.

No necesito más invitación que esa. Alzo las manos, acuno su rostro entre ellas y la atraigo pegándola a mí y apresando su boca con la mía en uno de esos besos con ganas y con tanta verdad que es imposible no reaccionar a ellos.

Verdad porque en ese beso hay nervios, temores, miedos e inseguridades. Pero también hay valor, necesidad, una atracción incontestable y un deseo que debía asumir antes de hacer nada. Y ahora lo asumo.

Queen suspira, me rodea la espalda con sus brazos y me abraza con fuerza contra ella, respondiendo a mis besos con los suyos.

Camina conmigo y me aplasta contra la pared de la entrada, la opuesta a la de los armarios empotrados, justo al lado de la puerta del baño.

Ella corta el beso, apoya sus manos en la pared por encima de mis hombros y comparte su aliento con el mío.

—No sabía si ibas a atreverte —me reconoce abiertamente—. No estaba segura de si...

—No estoy segura de nada —le contesto pasando mis manos por sus hombros, hasta rodear su cuello—. De nada. No sé ni qué siento ni qué quiero ni qué significa esto. Pero de lo que estoy segura es de que... de que —se me seca la boca—. Me quiero dejar llevar.

Y que conste que si me dejo llevar, lo hago con todas las consecuencias. Hasta el final. No hago nada a medias nunca.

Tal vez esperaba otra respuesta porque me mira como si supiera más cosas de mí de las que yo conozco.

—Kira, si esperas que te haga cambiar de opinión —niega dejando caer sus ojos en mi boca—. No soy de esas.

—No espero nada —contesto—. Quiero vivir el ahora.

—Me vale —asiente ella.

Acto seguido, se abalanza sobre mí, y me besa con un hambre que me parece increíble.

Recibir la pasión de una mujer y ser consciente de que es ella y no él, es abrumador. No puedo dejar de pensar que son los labios, la lengua y las manos de Queen las que me marcan, y me siento identificada como hembra en ellos. Y al mismo tiempo, es tan excitante... sentir su lengua contra la mía y sus dientes mordisqueándome la boca es muy caliente. ¡Cómo besa la Reina!

Sin dejar de besarnos caminamos hasta la cama. Pero no nos tumbamos. Ella me arrastra el vestido por las caderas y me lo deja caer por las piernas. Me ayuda a salir del batiburrillo de ropa y después me quita las medias con la misma celeridad.

Tiene práctica. No tengo ninguna duda al respecto.

Me quedo en ropa interior negra delante de ella. Me agarra de las caderas

y vuelve a atraerme para besarme.

Las dos nos abrazamos mientras nos comemos la boca. Ya he dejado de pensar en lo que voy a hacer. Estoy sintiendo el momento, experimentando. Ella me vuelve a pegar a su cuerpo húmedo, porque quiere estar en contacto conmigo. Su perfume me deja ebria.

Y de repente, con solo una mano, me desabrocha el sujetador. Madre mía. Con una mano solo. Es la única persona que lo ha hecho así, con esa habilidad.

Ella se aparta, y rápidamente se quita el vestido por la cabeza, las medias, el sujetador y también se queda en braguitas como yo.

Me quedo embobada mirándole el cuerpo. Es jodidamente perfecta. Un cañón. Una locura. En el lateral de las costillas tiene un párrafo de una de sus canciones tatuado.

Me sujeta la barbilla con una mano y me da un suave beso en los labios.

—No quiero que estés nerviosa. No quiero que hagas nada. Esto es todo, absolutamente todo para ti.

—Pero...

Me impide seguir hablando porque profundiza el beso y se inclina sobre mí hasta hacerme caer sobre la cama.

Sus pechos y los míos se están rozando. Es increíblemente suave todo. No puedo evitar hacer comparaciones y contrastar con mis experiencias con los hombres.

No hay pelo, no hay picores, no hay dureza... Bueno, sí la hay porque el cuerpo de Queen es pura potencia, como el de una pantera. Pero es cálida, cándida y una seductora nata. Todos mis amantes han sido buenos y he disfrutado mucho con ellos. Pero este nivel es diferente.

La tengo encima, me acaricia por todas partes y estoy tan receptiva que cuando deja de hacerlo ya la echo de menos.

Ella corta el beso, se apoya en sus codos y encarcela mi cabeza entre ellos. Su largo y abundante pelo cae sobre nosotras, así que se lo aparta como puede.

—Desde el primer día que te vi te imaginé en mi cama. Desde el maldito primer día, Kira. Así me tienes.

Yo no sé ni qué contestar. Estoy tan anonadada ahora mismo, y me palpitan tanto los labios que no puedo responder.

—Escucha, somos dos personas acostándonos. No estés nerviosa. Solo quiero que estés bien.

—Estoy bien —digo.

—¿Sí? —sonríe y se muerde el labio inferior. Y estoy descubriendo que me encanta. Entonces, desliza su dedo índice por mi frente, el puente de mi nariz, mis labios, mi barbilla, mi cuello hasta abrir la mano por completo sobre uno de mis pechos—. ¿Estás bien si hago esto?

Yo entrecierro los ojos. La palma de su mano arde sobre mi pecho derecho.

—S-sí —contesto con voz ronca.

Ella lo mira mientras sigue acariciándolo.

—Eres preciosa.

—Gracias —contesto—. Tú sí eres... eres... —resoplo. No me salen las palabras. Soy cateta.

Ella se medio incorpora encima mío y cuela uno de sus muslos para encajar su cuádriceps entre mis piernas. Presiona contra mi sexo con él.

—Kira... me encantas —dice pasando el pulgar por mi pezón—. Pero no quiero asustarte. Eso es lo último que quiero. Vamos a ir poco a poco y voy a cuidar de ti.

—No soy una niña y no me asustas.

Ella parece que está luchando contra sí misma. Sus ojos pardos reflejan una mezcla de pasión y ternura hacia mí que me deja muda. Es como si no pudiera creerme del todo.

—Vale, Queen, calma —se dice a sí misma. Está luchando por mantener el control.

Y de repente el fin del mundo tiene lugar en mi cuerpo.

Queen me besa y me aplasta contra el colchón. Su muslo se mueve rítmicamente contra mi entrepierna y su mano no deja de acariciarme el pecho de una manera que me vuelve loca.

Entonces deja de besarme. Pero su boca emprende un camino descendente y me marca la piel, hasta posarse en mi pezón.

Estiro el cuello hacia atrás y cierro los ojos. No me quiero imaginar que es un tío, porque no lo es. Quiero verla a ella. Así que me obligo a mirarla mientras me succiona y me lame.

Dios. Es súper erótico.

Mientras martiriza mi pobre tetilla, la mano surca mi vientre hasta encontrar mi sexo. Y ahí las yemas de sus dedos se posan sobre el punto

exacto y empiezan a moverse de una manera perfecta y exacta a cómo a mí me gusta.

Y no me lo puedo creer, porque en muy poco tiempo estoy en ese punto gustoso a unos segundos de correrme, y es una maravilla.

Sujeto a Queen por la cabeza para que no deje de jugar con mi pezón. Y consigue que, frotando unas cuantas veces más, como Aladdin con su lámpara mágica, me empiece a correr de una manera intensa.

Queen se da cuenta perfectamente y mueve los dedos y usa sus dientes acompañándome en todo momento para surfear esa ola de placer.

Oh, Dios mío. Ha sido alucinante.

Me quedo mirando el techo, presa de los últimos temblores de mi orgasmo, cogiendo aire como puedo.

Y de repente, ella aparece de nuevo en mi campo de visión, con una sonrisa de oreja a oreja, toda la melena cayendo como una cortina a mi alrededor y sus enormes ojos orgullosos de su logro.

—¿Estás bien, nena?

Me lo dice cariñosamente. Otras personas, como Andreu, me han llamado igual. Pero nunca había tenido una connotación tan íntima y tan verdadera como en ese momento.

—¿Qué me has hecho? —le pregunto. Se me han saltado las lágrimas.

Ella me da un beso en los labios y añade contra ellos.

—Apenas acabamos de empezar. Te he dicho que esto es todo para ti.

Y después de eso y, para mi estupefacción, dirige su boca a mi otro pezón y vuelve a trabajarme con los dedos entre las piernas, pero esta vez, los cuela por debajo de mis braguitas y me toca plenamente.

Y ya estoy lista para ella. Es una sorpresa pero estoy totalmente entregada a sus caricias.

Creo que me voy a deshacer.

Si no lo he hecho ya.

A la mañana siguiente

Son las doce del mediodía.

He dormido más bien poco.

La verdad es que tengo el cuerpo totalmente relajado y destruido en el buen sentido. Queen es... es incomparable. Tal cual os lo digo.

Me encanta y me encantará el sexo con los hombres siempre, porque nunca he tenido problemas para disfrutar de ello. Esto no se trata de decir que los hombres nunca me dieron placer y por eso pruebo con una mujer. No. He tenido unos amantes y unas parejas muy cuidadosas y muy buenas. Me lo daban todo y me encantaba.

Pero el sexo con Queen... lo que os dije: es otro nivel, Maribel.

Debo decir que se ha comportado como una mujer famélica ante un banquete. Le ha costado detenerse incluso cuando en el limbo le decía que ya no podía más. Se ha centrado en mí, en complacerme continuamente, y ahora mi entrepierna se resiente un poco, aunque antes no se ha quejado en ningún momento.

Me despierto con la mano de Queen haciéndome cosquillas por la espalda. Arriba y abajo. Y Dios... siento que es el paraíso y que podría estar así toda la vida.

Las sábanas huelen a ella. Tengo la cabeza apoyada en la almohada, y estoy completamente desnuda. Ella no. Ella aún lleva las braguitas de color rosa palo. No se las ha quitado y no me ha dejado en ningún momento que le hiciese nada. Y no sé cómo sentirme al respecto. Porque estaba totalmente entregada a ella, pero quería tocarla, quería intentarlo y ser recíproca pero no me lo ha permitido. Y ahora, aunque estoy saciada y recién despierta, no sé si es justo que me sienta algo fallada.

¿Y si no le gusta que le toque?

¿Y si piensa que soy torpe o que no le puedo dar placer por mi inexperiencia con mujeres? ¿Y si...?

¿Y si lo ha hecho así para poder decir que no hemos hecho el amor? Que sí, que ya sé que no hemos hecho el amor. Me ha matado a orgasmos, tocándome y comiéndome las tetas, esa ha sido la realidad. Pero no hemos hecho nada más.

¿Se considera sexo lo que hemos hecho? Si solo me lo ha hecho a mí ¿qué ha sido?

Para hacer el amor hacen falta dos personas enamoradas.

Para follar se necesitan dos personas activas en los dos sentidos.

¿Entonces? ¿He hecho la estrellita? Eso no. Qué vergüenza, como un vulgar Patricio.

Yo soy muy activa sexualmente, y cuando me pongo, me pongo. Pero es que ella no me ha dejado.

Me asaltan todas estas preguntas y debe reflejarse en mi cara, porque Queen, que parece tan perfecta recién levantada como vestida de gala, se está riendo de mis caretos.

Detiene su mano en la parte alta de mis nalgas y frota su mejilla contra la almohada, mirándome fijamente.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿En qué estás pensando, pichón? —parece divertida—. Sea lo que sea parece que no es nada bueno.

Yo la miro de frente y sin ninguna vergüenza le digo:

—En que no sabía que te gustaba ser mi esclava sexual.

Ella se queda callada y al cabo de unos segundos deja ir una carcajada. Y cuando ve que yo no me río, le da más risa.

—¿Por qué dices eso?

—No me has dejado hacerte nada.

Ella arquea una ceja y se encoge de hombros.

—Te dije que era todo para ti.

—Pero esto no funciona así.

—¿Hay un manual? —pregunta sorprendida.

—Sabes lo que quiero decir —replico algo seria.

—Yo no hago las cosas para recibir nada a cambio. Me moría de ganas de hacerte lo que te hice, Kira. Y me aguanté mucho.

—¿Que te aguantaste?

—Sí. Es tu primera vez y hay que hacer las cosas con calma. No puedo pasarme de la raya.

—¿Pasarte de la raya? —me incorporo en la cama y me quedo de rodillas—. Los hombres no piensan en si se pasan de la raya. ¿Por qué tú sí? —Debo parecer Chucky, pero no me importa. ¿Está diciendo que no ha querido hacer nada más conmigo para evitarme un trauma? ¿En serio?—. ¿Es que el sexo con una chica es distinto? ¿Qué pasa, hacéis rituales satánicos y esas cosas? —Mi ceja oscura sale disparada hacia arriba—. No puede ser distinto de lo que hacemos con los hombres. A diferencia de que ellos tienen polla y nosotras no.

Queen me dirige una mirada sesgada y se humedece los labios. Las comparaciones no le gustan.

—¿Crees que no podría hacer lo mismo que hace un hombre? Creo que he hecho bien en esperar... —asume apoyando la cabeza en su mano. Me da un repaso que me hace sentir como un gofre en un escaparate—. El sexo con una chica puede ser igual que con un chico. Solo he querido ir con cuidado para no amedrentarte.

—Cuando yo decido hacer las cosas —le explico un tanto enfadada—, las decido hacer con todas las consecuencias. Ahora resulta que me tengo que sentir como si me hubiesen dado el Petit Suisse en vez de una copa Dalky. ¿Estás de coña?

Queen está tan entretenida que, aunque lo intenta, la risa se le escapa por todas partes.

—No te enfades. A mí me ha encantado. De hecho... pensaba hacerlo un poco más esta mañana, pero veo que no estás de humor.

—¿Otro Petit Suisse? Ni hablar. No lo voy a hacer más contigo —le reprocho muy picada por la situación.

Ella sigue sin inmutarse. No me toma nada en serio.

—Lo he hecho así porque soy una dama. Y quería cuidar de ti, Kira. No quiero avasallarte.

—Venga ya —le lanzo el cojín y estoy a punto de bajarme de la cama, pero ella me agarra de la muñeca con una risa y me lanza contra el colchón de nuevo.

Se coloca encima mío y no deja que me mueva.

—El sexo entre mujeres puede ser de muchas maneras. No solo de la manera que te imaginas.

—Queen, ya lo sé. No nací ayer, por favor.

—Vale. Pero si yo quiero tener sexo contigo, que lo estoy deseando, quiero que estés segura. Que no lo hagas por probar. Porque yo te voy a dar el Dalky entero. Y te daré más de uno —me informa con una risita severa y llena de advertencia.

—Es que me parece increíble que me estés diciendo esto. O sea, ayer me armo de valor y ganas para acostarme contigo, me matas a orgasmos y no me dejas que te haga nada. Y ahora resulta que no es ni la mitad de lo que debería haber sido.

—¿Te he dejado insatisfecha? —cuela uno de sus muslos entre mis piernas y es increíble porque mi sexo ya está ahí sensible y preparado para ella. Porque se han hecho buenos amigos.

—No estoy insatisfecha —¿Cómo voy a estarlo si hubo un momento que ya no sabía ni quién era?!—. Pero sí un poco defraudada. Porque yo quiero...

—¿Tú quieres qué, pichón?

El modo en que me mira y me lo pregunta como si me lanzara el guante, hace que suspire y cierre los ojos.

Es que me pone muy nerviosa ella. Y hace que se me acelere el corazón. Estoy en un lío gordo. Y ni siquiera sé si ella me toma un poco en serio o no, o soy solo un ligue.

—¿Tratas así a todos tus ligues? —le pregunto.

—¿A mis ligues? —frunce el ceño—. ¿Eres mi ligue ahora?

—No —contesto y giro la cabeza hacia otro lado.

Ella me sujeta la barbilla y me pone la cara recta mirando hacia ella. Está relajada y me trata con una paciencia que no sé si me merezco.

—¿Quieres que te trate como a un ligue? Estoy dándote tiempo para que asimiles que lo que quiero es follar contigo de verdad, Kira. Hacerlo todo y más. Y lo estoy haciendo así porque me importas y no quiero que huyas de mí. A mis ligues las trato sin pudor ni vergüenza, porque sé lo que son, sé lo que les gusta, sé lo que esperan y no les supone ningún terremoto emocional ni existencial porque les encanta acostarse con mujeres. Me importan un comino así que no me interesa cuidar de ellas. Solo disfrutamos y al día siguiente si te he visto no me acuerdo. Pero hace mucho que no me comporto así. Muchísimo. De hecho, esos rollos no me interesan. Pero tú... contigo no. No quiero tratarte así sin que queden las cosas claras.

—¿Qué cosas claras? —le pregunto con un hilo de voz.

—Que yo...

En ese momento tocan la puerta con delicadeza e insistencia.

—¿Sí? —pregunta Queen.

—Soy Carme. Creo que es importante que te diga una cosa. Es sobre los periodistas que merodean por aquí. Creo que han descubierto dónde te hospedas.

Queen y yo nos miramos la una a la otra con sorpresa. Entonces, ¿la señora sabe quién es Queen? ¿Lo ha descubierto ahora?

La Reina se sale de encima de mí y yo me bajo de la cama.

—Dame cinco minutos —le pide Queen.

—Vale, bonita. Te espero en el salón.

—Sí.

Ella se mesa el pelo y se queda pensando unos segundos.

—Tengo que irme de aquí —me anuncia—. No es bueno para ellos que yo esté en El Refugio.

—A ver, espera... —le digo buscando una solución—. Nos vamos a ir y te vienes a mi casa. Saldremos por la puerta de los naranjos, tal y como hemos venido. Y le diremos a Loli que mande a alguien para recoger tus maletas.

—Será solo por esta noche —me asegura—. Mañana lunes podré buscar algo distinto. Ahora es poco margen. No soy de esas que ya se quieren meter en casa de su amante...

Yo pongo los ojos en blanco. Lo dice para provocarme.

—Queen... no te preocupes por eso ahora. He notado a la señora Carme muy nerviosa. Así que vamos a decirle que te das de baja.

—Sí, mejor —asiente ella.

Dicho esto, yo voy a meterme al baño para asearme. Tenemos que darnos prisa. Pero ella me agarra de la mano, tira de mí y me da un beso rápido en los labios.

—Ya hablaremos más tarde.

Me suelta y me sonrío para ser ella la primera en entrar al baño.

Tramposa.

Capítulo 8

La cosa es más grave de lo que imaginábamos. La señora Carme está realmente preocupada porque los inquilinos del resto del Refugio están siendo asediados por los periodistas. Ninguno ha hablado sobre el hostel y todos saben lo que tienen que decir. Pero si ven entrar o salir a Queen de aquí, su negocio se vería afectado.

Sin embargo, la buena de Carme solo está preocupada por Queen y su bienestar. Y repite una y otra vez que si es por ellos que no van a abrir la boca, pero que no sabían que era tan famosa. Que para ellos es un honor que esté en su casa.

Sin embargo Queen ha hecho gala de nuevo de su buenísima educación y amabilidad y ha hablado con el matrimonio. Les ha dicho que va a dejar pagado todo el mes como habían acordado y que no se preocupen por nada. Que van a mover a los periodistas para que se vayan a otro lado. Que su grupo, o sea Loli, se encargará de que los periodistas se muevan de ahí y vayan a molestar a otro sitio. No obstante, ella se irá del Refugio.

Ver cómo Queen abraza cariñosamente a la señora y al señor Perol y se despide de ellos, me entenece y me hace sentir bien. Porque yo les tengo cariño y no quiero que nada les afecte. Y ella tiene en cuenta eso y se lo agradezco. Es buena chica.

Salimos del Refugio por el patio. Queen me ha dejado ropa suya porque mi vestido sigue muy mojado. Así que vamos las dos con tejanos, camiseta de manga corta y nuestras chaquetas. La mía, al ser de piel, no ha calado.

Salimos por la puerta que da a la calle con nuestros cascos salvavidas que tan bien han cuidado de la identidad de Queen.

No se me escapa que el interés principal de la prensa rosa no es que vaya a cantar en un par de semanas en Eurovisión: todo es por culpa de los rumores que ella misma no ha sabido cortar sobre Barbie y ella. No basta con decir que son solo amigas, porque la otra aprovecha cualquier ocasión para marcar terreno.

No soy nadie para meterme en eso, pero no me gusta. Me molesta un poco.

Bah... en realidad creo que me sienta como una patada en el estómago, pero aún estoy haciéndome a mis nuevas sensaciones, así que no me hagáis mucho caso.

Por nuestro lado pasan dos periodistas que cotillean sobre el nuevo novio de Paula Echevarría... nos miran de reojo y nos ignoran.

Yo respiro aliviada y ella se sube rápidamente a la moto. Arranco y salimos de ahí escopeteadas.

En pocos minutos llegamos a casa.

La tormenta de ayer ha refrescado un poco la calle, pero al menos hay sol.

Una vez dentro, nos dejamos caer en el sofá aliviadas. Queen ya conoce mi casa, o al menos parte de ella. No me hubiera gustado que hubiesen rodeado a Queen y la hubieran acribillado a preguntas. No debe ser justo para ella.

—No sé cómo lo aguantas —le digo mirando al techo.

—Intento que no me afecte más de la cuenta.

—De todas maneras, sabes que esta persecución personal es por el tema de la pelirroja, ¿no? —le digo sin ánimo de ofenderla—. Estas últimas semanas sois noticia por vuestras supuestas reconciliaciones y por dejaros ver juntas en otros eventos.

—Sí. Lo sé —contesta sin más—. Pero al final todo pasa. Diga lo que diga sacarán una exclusiva de eso y escribirán algo que nunca he dicho. Así que lo mejor es esperar a que la burbuja se desinfla.

—¿Puedo decirte algo sin que te moleste?

Ella arquea las cejas y tuerce la cabeza para mirarme.

—¿Es sobre mí y Barbie?

—Sí.

—Entonces no digas nada. Estoy muy cansada de que todos opinen sobre ella. Mi padre, Loli, Bert, tú... —enumera aburrída—. Ya te he dicho que tengo mis razones para tratarla como hago.

—Estáis haciendo creer a todo el mundo que estáis volviendo, cuando no lo estáis —le digo sin cortarme un pelo—. Bueno, tú no, pero tampoco dejas las cosas claras. Estás ahí en todas las fotos, a su lado. Te coge, te sonrío... es como si supiera perfectamente cómo actuar ante la cámara. Tú no ganas nada de ello, excepto persecución cuando menos la necesitas. En cambio ella está

muy satisfecha de estar en el candelero gracias a ti... Hablas con ella constantemente por whatsapp, le das el parte diario... es como si fuera tu novia pero sin serlo.

—Un momento —me pide, como si me rezara—. No me gusta hablar de Barbie, ¿vale? No quiero que hablemos de esto.

—Ah, ya. No te gusta hablar de Barbie, pero te encanta hablar de Andreu.

—Es que son incomparables. Ella y yo somos amigas y me conoce perfectamente. Me fío de pocas personas en mi vida y Barb es una de ellas. No seremos pareja nunca más, pero no voy a darle la espalda. Andreu, en cambio, es un traidor y un infiel que hace contigo lo que quiere.

—Barbie está enamorada de ti, Queen —le reprocho—. Y se está aprovechando de la popularidad que le das. Me parece —intentó buscar la palabra adecuada—... no sé... Es un poco egoísta y me parece hasta... enfermizo.

Queen se sienta encima mío. Es rápida como un ninja. Me deja sorprendida por la celeridad de sus movimientos.

Siento su peso sobre mis piernas. Coloca las manos en el respaldo del sofá y me encierra entre ellos.

—No estuvo bien lo que te dijo en la cena. Hablaré con ella —reconoce.

—No es por eso por lo que te digo esto, Queen —le explico—. Es lo que pienso de verdad. Lo que me transmite. No me gusta.

—A mí tampoco me gusta Andreu. Y tampoco veo bien que sigas teniendo relación con él y no le des un buen corte después de todo. Pero no me gusta por una sencilla razón —inclina la cabeza y me dice al oído—. ¿Quieres saber cuál es?

—¿Cuál?

—Te hizo daño —contesta con sinceridad—. Y no soporto imaginarte en sus brazos. No. Lo —me da un beso suave en la mejilla—. Aguanto. Así que... ¿por qué no asumimos que nos molestan nuestros ex? ¿Podemos cambiar de tema? —pone cara de niña buena y pasa sus dedos por mi clavícula—. ¿Por favor? ¿Sí?

A mí se me escapa una sonrisa. Es tan cañón que no la tomo en serio cuando dibuja esos mohines. Pero me parecen tiernos y cómicos.

—Pfff... me has recordado a mi padre poniéndole ojitos a mi madre para no sacar la basura. Usa tu misma... ¡Joder! —exclamo alarmada, abriendo los ojos mucho—. ¡Que se me había olvidado!

—¿El qué? —pregunta interesada, jugando a colar las manos por debajo de mi camiseta.

—Había quedado para comer con mis padres. Han hecho paella de verduras. Y con todo se me ha pasado...

—Qué bien —exclama Queen a punto de alcanzar mis pechos por debajo de la camiseta.

Yo le detengo las manos sujetándola por las muñecas y me niego en rotundo. Me levanto y la obligo a apartarse de mí.

—No. Ni hablar. No vas a hacerme nada de nuevo. No me gustan las experiencias a medias.

Ella me mira con cara de «no te lo crees ni tú».

—No ha sido una experiencia a medias. Ha sido un preliminar completo. Conté diez orgasmos —abre los diez dedos de sus manos y se jacta como si fuera un trofeo.

Yo me froto la cara consternada.

—Sabes a lo que me refiero.

—Y yo también sé a lo que me refiero.

—No quiero nada a medias —reconozco más seria—. No me he sentido bien. No has dejado que te tocase. Y he pensado que a lo mejor no te gustaba que...

Ella empieza a comprender el significado de mis palabras, y mueve la cabeza haciendo negaciones, consternada.

—Ni lo pienses. Mira, Kira... estoy peleando conmigo misma mucho para no hablarte como quiero hacerlo. Así que no tenses más la cuerda porque al final todas mis buenas intenciones se irán a la mierda y no me hago cargo de nada de lo que pase.

No sé si atreverme a tensar la cuerda un poco más. La verdad es que me gusta cuando se pone nerviosa y al límite. Es cuando más auténtica se muestra. Sin filtros.

—¿De verdad te crees que alguien que te habla así y que no te tiene miedo teme a las consecuencias de sus actos? —le digo—. Queen... dejé que me desnudaras en tu habitación y me fui a la cama contigo. ¿Qué crees que me pensaba que iba a pasar? ¿Que íbamos a hablar del punto de cruz? Lo que pasa es que te gusta ser diplomática y quedar bien, y no tienes ovarios para decirme que no querías que yo te hiciera nada porque...

Antes de acabar la frase, Queen me agarra del cuello de la camiseta y me

atrae hasta ella.

—¿De verdad te crees que no quiero que me toques? —Se apoya en la pared y tira de mí para que me ponga casi encima de ella, aplastándola—. Estoy cachonda desde que te vi, Kira. Te lo juro. Pero no te lo crees... A ver, pichón —espeta con todo su poder magnético—. A ver si eres valiente. ¿Cómo vas a comprobar si lo que digo es cierto? Puedes creerme o puedes comprobarlo —coge mi muñeca , y con su otra mano se desabrocha el botón del tejano y se baja la cremallera. Entonces, mete mi mano en el interior de sus pantalones—. No voy a hacerlo todo yo —me insta para ponerme nerviosa.

Igual se cree que me voy a echar atrás, pero no es el caso. El sexo, el contacto físico nunca me dio miedo. Ahora tengo la curiosidad por las nubes y muchas ganas de aventura. Así que la obligo a que me retire su muñeca de mi amarre, alzo la barbilla y la miro por debajo de mis pestañas. Introduzco la mano por completo en sus braguitas, la ahueco entre sus piernas y la toco con los dedos.

Mis ojos se distienden al notar su humedad y lo caliente que está. Tan lisa, tan hinchada... como yo ayer noche.

Caramba, la sensación es increíble.

Ella no puede creerse lo que hago, pero lo está disfrutando. Le encanta que la toque. Apoya sus antebrazos en mis hombros y me agarra de la nuca con ambas manos. Acerca su boca a la mía y me susurra:

—Así me tienes.

Yo sonrío satisfecha. Ahora sí creo que le gusto. Que la excito. Y también siento que le importo. Si ha estado así de caliente en todo momento, no ha querido hacer nada más porque estaba preocupada por mi reacción. Pero como ve, no se tiene que preocupar por nada. Sé lo que quiero y sé lo que comporta.

—¿Me crees ahora? —dice en voz baja.

—Sí —contesto acariciándola una vez de arriba abajo.

Los ojos de ella se oscurecen, como los míos, entonces le muerdo el labio levemente y lo suelto. Y tal y como la libero, quito mi mano de su entrepierna y doy un paso atrás.

Miro mi reloj.

—Coge el casco.

Ella se queda sin palabras, sorprendida y agradada al mismo tiempo.

—¿Hola?

—Hola —me río—. No podemos hacer esto ahora. Coge el casco —

reitero.

—¿Me voy contigo?

Yo la miro por encima del hombro. El corazón a mil todavía por haberla tocado y haber sentido lo excitada que ha estado, está y estará por mi culpa todo el día.

—Claro que te vienes. Mi madre te invitó a que probaras sus canelones. Hoy ha hecho paella. Está todo igual de rico. Además, no tenemos tiempo para hablar de esto.

Ella niega firmemente.

—La próxima vez no vamos a hablar. Voy a hacer contigo lo que quiera.

Ay, mi madre. Bien. Era justo lo que quería. Pero esperarlo no es lo mismo que estar preparada para tal carnalidad.

—Vale —contesto abriendo la puerta. Espero a que vuelva a coger el casco y cuando sale delante de mí no puedo evitar mirarle el culo.

¿Cuándo se han girado las tornas?

Mi madre Verónica se alegra mucho al verme, y más al darse cuenta que Queen me acompaña. Mi padre Juanjo es muy cauto pero sé que le ha intimidado un poco porque se le ha puesto el puente de la nariz rojo.

Queen está encantada por el recibimiento. Y como sabe ser tan hechicera, los tiene comiendo de su mano en un periquete. Así, sin esfuerzos. Yo, que soy su hija, estoy en constante examen. Y ella, que es una desconocida, es perfecta. Me gustaría ver la cara que iban a poner Juanjo y Verónica al saber lo que la Reina hace y quiere seguir haciéndole a su pequeña vástago.

El olor a paella inunda la casa y nos tiene congregados alrededor de la mesa, como el flautista de Hammelin hace con sus ratas.

En el salón de mis padres hay un piano blanco Thomann en una esquinita que da al balcón. Queen no deja de mirarlo, como si estuviera fascinada.

Es músico, por tanto, todo lo que tenga que ver con su materia le encanta. Este piano era de mi abuelo. Un piano antiguo, restaurado y que a día de hoy sigue sonando de maravilla.

Después de comer se lo enseñaré.

He perdido el número de preguntas que le hacen mis padres a Queen. Son muchas, y ella las contesta absolutamente todas. Incluso las que están relacionadas con sus relaciones.

—Entonces... ¿ahora no estás con la chica que también es cantante y es pelirroja? ¿O sí? —pregunta mi madre sirviéndole más paella. Creo que va por la segunda tanda ya—. Perdona que te lo pregunte así pero es que en los cotilleos sólo hablan de eso.

Queen no le da importancia.

—No te preocupes. No me molesta. No estoy con Bárbara, pero los periodistas tienen que ganarse la vida. A algo tienen que sacarle punta. Fíjate lo que se inventaron la semana pasada sobre Kira y sobre mí.

Mi madre me mira de reojo, todavía regañándome por eso.

—Sí, ya lo vimos. Tuve a mucha gente preguntándome sobre todo tipo de cosas. Que si era Kira, que si tenía problemas de ira... si coqueteaba con las drogas y con las mujeres... tonterías de esas.

—Los peores vicios —añade Queen en tono jocosos—. Sin duda. ¿Y qué les contestabas? —quiso saber muy interesada.

Mi madre coge su copa de vino y la bebe haciéndose la interesante.

—La verdad. Que hasta donde yo sé, mi hija es muy hetero y le gustan los hombres. Que si tuviera algo contigo, por muy guapa que seas, me lo habría dicho. Y me sorprendería. Porque nunca me ha dicho nada raro.

—¿Nada raro como que le gusta alguna chica? —incide Queen.

—Sí, nada raro —contesta meneando la copa—. Ella, ya la ves... es muy femenina. Muy...

Eso hace reír a Queen.

—¿Yo no soy femenina? —pregunta de repente.

—Tú no solo eres femenina —contesta mi madre sin perder los nervios—. Eres una especie de ninfa... Me refiero a que no es de esas chicas masculinas que las ves y dices: esta es lesbiana.

—Dios mío, mamá... —me tapo la cara con la mano—. Perdónala, Queen —le pido avergonzada—. Mi madre no tiene filtro.

—Si a mí no me ofende —dice Queen riéndose—. Me gusta que hablen claro. Así yo también puedo hablar igual.

—Pero no me digas que no tengo razón —insiste mi madre—. Hay lesbianas que son como chicos. Y lo curioso es que hay otras mujeres que se enamoran de ellas. Y entonces pienso: pero si les gustan las mujeres, ¿por qué no se enamoran de chicas femeninas? Para enamorarse de alguien así, ya están los chicos. Entonces, ¿por qué no están con ellos?

—Es verdad que es complicado a veces —responde Queen—. Pero a ver

si te puedo dar mi visión. Porque es la mía, y yo no tengo la verdad sobre el mundo heterosexual, homosexual ni bisexual. Tú entiendes que las lesbianas, como son mujeres y les gustan las mujeres, deben gustarles las mujeres femeninas. ¿Entiendo eso?

—Bueno, sí —asume mi madre.

Mi padre se sonríe y mira de reojo a Verónica, como si estuviera a punto de ver cómo le echan por tierra sus teorías.

—Entonces... todos esos hombres que están con mujeres más masculinas... ¿están con ellas porque en realidad les gustan los hombres?

Veo cómo a mi madre se le cortocircuita el cerebro. Con una sencilla frase la ha desmontado.

Mi padre deja ir una carcajada y aplaude.

—¡Cómo me gusta cuando te dejan sin palabras! —celebra observando a Queen con alegría.

—No había pensado en ello —murmura mi madre aún en shock.

—El problema es que creemos que la feminidad es pelo largo, maquillaje y tacones. Y eso no es así. La feminidad es un valor, un atributo, que nada tiene que ver con el físico. Hay mujeres que pueden no ser muy femeninas por fuera pero sí lo son aquí —se señala la sien— y aquí —se posa la mano en el corazón—. Por eso son atractivas para otras y otros. Y hay hombres con mucha feminidad que no son gays.

—Vale... lo entiendo. Pero lo que abunda es el arquetipo de lesbiana más... tipo masculino, ¿no?

—Hay de todo —contesta Queen—. Para todos los gustos. Las hay gordas, flacas, feas, guapas, femeninas, masculinas... como pasa con los heteros, sean hombres o mujeres. Hay variedad, porque en la variedad está el gusto —le guiña un ojo a mi madre y esta parpadea flipando.

—Entonces, a ti, que te gustan los dos géneros... tú eres bisexual.

—Me encantan los hombres —contesta Queen—. Me atraen. Pero me gusta más la personalidad de una mujer. Considero que tenemos más cosas en común y me divierto más con una chica. Pero eso no quiere decir que me guste todo —aclara dejando caer toda su atención en mí—. Soy muy selectiva.

Mi padre frunce el ceño y yo miro hacia otro lado bebiendo de mi vaso de Coca Cola. Cuánta tensión.

—Es todo tan sorprendente... Ahora ya podemos hacer lo que nos dé la gana y acostarnos con quién nos dé la gana —Mi madre suspira—. El

problema es que no todos tienen la mente tan abierta como quieren hacer creer. ¿Alguna vez alguien te ha insultado o te ha menospreciado por tus gustos? Supongo que ese sería mi miedo como madre. Ver como mi hijo o hija se enfrenta a esas actitudes...

Queen se limpia la boca con la servilleta y dirige sus ojos pardos hacia el vaso de vino blanco de mi madre.

—Todos nos enfrentamos a juicios a diario. Somos juzgados por ser aficionados de un equipo determinado, por tener una opinión política, por estar gordos o delgados, por tener pelo o ser calvo, por ser pobre o rico, por nuestros gustos sexuales... Siempre habrá personas con miedos y prejuicios. Siempre habrá detractores con La Biblia en mano acusándote de ser un pecador y esforzándose en hacerte creer que su manera de vivir y de pensar es la correcta porque lo dice un señor llamado Dios, que no saben ni cómo es. Siempre habrá gente tóxica y mala señalándote por ser libre y por amar por encima de las formas. Pero a mí nunca me ha importado nada de eso. Porque el tiempo me ha ayudado a entender un poco las cosas y veo dónde fallamos.

—¿Qué has entendido?

—Que estamos confundidos como especie y como civilización respecto a nuestros géneros y a cómo deben relacionarse entre sí.

—Me gustaría escuchar tu opinión al respecto, Queen —sugiere mi padre. Él había estudiado humanidades. Normal que esa perspectiva le interese—. Quiero ver la sociedad con tu prisma.

Ella asiente sin impedimento alguno.

—No voy a decir nada que no haya dicho otras veces en otras entrevistas. Es muy fácil: La sociedad no está montada en base a los deseos auténticos ni a los sentimientos de las personas tengan el género que tengan y sientan como sientan. De pequeños siempre sentimos deseos y atracciones hacia nuestros amigos o amigas del mismo género. Los amamos, nos gustan. Porque no vemos nada malo en ello. Pero te educan para creer que lo correcto es encontrar tu pareja heterosexual. Porque la sociedad está construida sobre la necesidad de no perecer como especie, de no extinguirnos. Solo sobre eso. Hay que crear una familia y tener hijos. Por eso creemos que lo correcto y lo natural es hombre y mujer. Porque solo con un espermatozoide y un óvulo se crea la fórmula mágica de la procreación. Pero que podamos hacer eso juntos no significa que debamos vivir juntos o enamorarnos exclusivamente de nuestro sexo opuesto, porque una cosa no tiene que ver con la otra, no son consecuentes. Nuestros

físicos han sido creados así para que mantengamos relaciones sexuales como un medio para que no dé lugar una obliteración de la humanidad. Pero en el fondo, es una transacción más, un acuerdo. En ningún caso el binomio hombre y mujer responde a nuestra necesidad vital de amar y ser amados. Hombre y mujer en la vida y hasta que la muerte nos separe lo dice solo la religión y los contratos que firmamos ante la Iglesia. Adan y Eva lo empezaron, y así les fue. La cagaron. La Biblia lo dice. Lo que no sabemos es que hay otros dioses en el universo, y muchos de ellos son dioses bisexuales. De hecho, hay estudios que confirman que somos seres bisexuales, pero nos educan con límites y normas. Cuando entendamos que podemos desear y amar a quien nos dé la gana por encima de nuestra genética, las relaciones entre hombres y mujeres serán mucho mejores. No dependemos los unos de los otros para ser felices y vivir en armonía. Nos necesitamos para no extinguirnos como especie, pero no es obligatorio desearnos o enamorarnos. Eso es una elección. Y —deja ir el aire por la boca—, esa es mi opinión.

Mis padres escuchan a la cantante en riguroso silencio. Les está haciendo pensar más de la cuenta.

—A mí, como padre —dice—, me daría igual si Kira decide un día que le gustan las chicas. De alguna manera lo prefiero. Ella es mi niña y... Andreu era un buen chico, pero luego no ha resultado serlo tanto, por lo visto. Y sé cómo somos los hombres...

—Ni malos ni buenos. Distintos —aclara Queen—. Y para gustos, géneros y colores.

—Sí. A lo que me refiero es a que, que ella estuviera con una chica no me importaría en absoluto —se reitera—. Lo único que quiero es que sea feliz.

Sonrío y miro a mi padre con ternura.

—Kira puede ser lo que quiera —insinúa Queen—. Puede ser lo que le venga en gana. Yo creo que le encantan los hombres, pero también creo que no está cerrada a experimentar otro tipo de amor. Hay personas evolucionadas y abiertas de mente, y Kira es una de ellas.

—La hemos educado en la diversidad —contesta mi madre.

—Y ella también se ha educado a sí misma —insinúa Queen.

—Pero es muy fácil salir de dudas —asegura mi madre—. Cariño, ¿te gustan las mujeres? —espetea así, de frente, mirándome a través de los cristales de sus gafas.

Yo acabo de tragar lo que estoy masticando y miro a mi madre de frente.

—¿Quién sabe? —me salgo por la tangente y sé que la estoy dejando boquiabierta porque nunca dije nada parecido—. Creo que tenemos una idea en la cabeza de lo que queremos para nosotros, pero la vida nos puede sorprender y enseñar que hay otros caminos. Siempre hay otras opciones. Y lo digo yo que repasaba todos los traseros del equipo de fútbol masculino del instituto. Pero si es verdad que todos somos bisexuales y que es una parte de todos a despertar y a permitir que sea libre, entonces creo que en nuestras vidas hay un hombre hecho a nuestra medida, y también una mujer. Creo que esa dualidad existe también en el amor eterno, y descubrirla debe ser increíble —concluyo mirándola fugazmente.

—Esa es... —susurra Queen con un brillo especial en sus ojos—. Es una manera de creer en el amor muy flexible y muy filántropa. ¿Crees en las almas gemelas?

—Sí —contesto con una sonrisa—. Pero como persona y mujer, ahora creo que tenemos un alma gemela masculina y ¿por qué no? también hay una femenina. Un alma para que complemente cada parte de nuestra dualidad. Y que el destino se encarga de ponernos en el camino a quien necesitamos. Y unas veces nos damos cuenta de ello, y otras veces las dejamos pasar porque el sentirlo nos da miedo, o porque no normalizaron la situación desde el punto más educativo y social. Así que, la dejamos ir.

—Eso es cierto —dice mi madre con una risita—. Yo siempre me imaginé con un hombre tipo George Clooney. Y mira, acabé con tu padre.

Queen se ríe y contesta:

—Juanjo es un hombre muy interesante.

—Gracias, querida —le responde mi padre a Queen—. Aquí mi mujer se cree que es Kim Basinger.

Bueno, al menos han dejado el temita y ahora están hablando de lo guapísima que era Kim Basinger de joven, y de lo guapa que es de mayor. Mi madre dice que las operaciones hacen mucho. Mi padre dice que a él no le importan.

Y Queen, sentada a mi lado, apoya disimuladamente una mano sobre mi muslo y la sube hacia arriba, por debajo de la mesa, y yo cierro las piernas y le lanzo una daga asesina con la mirada.

Es una comida de un domingo cualquiera.

Muy normal todo.

Después de los cafés, mis padres tratan a Queen con una familiaridad que me impresiona por quién es ella. Pero más aún por lo encantada que está con ello.

Y me da por pensar y por imaginar cosas. ¿Qué pasaría si supiesen que he hecho marranadas con ella? ¿Qué pasaría si pienso en ella más de lo normal y más de lo debido? ¿Y si quisiera ahondar más?

Queen me atrae y su personalidad me atrapa de un modo difícil de explicar para mí. Me gusta. Me gusta mirarla mientras habla, mientras mira, cuando sonrío... incluso, cuando se enfada dice mucho. Y a pesar de que puede parecer intimidante, me sigue gustando.

Mis padres nunca habían tenido una personalidad así en su casa. Y esa chica parece que haya estado ahí antes con ellos. No desentona nada y se acopla con facilidad.

Me turba. Y me ilusiona.

¿Será normal sentirme ilusionada? ¿Por qué? Antes de Andreu he tenido encuentros y sexo con otros chicos y nunca sentí esta agitación interna. Ni esta ilusión. ¿Por qué me está pasando todo con ella? Si Queen fuera algo más para mí de lo que creo, ¿no me estaré metiendo en un lío demasiado gordo?

—Quiero haceros un regalo —nos dice Queen.

—No hace falta, de verdad —replica mi padre.

—Pero me encantaría hacerlo —insiste ella—. Quisiera cantar la canción de Kira. Su versión original a piano. En ese hermoso Thomann de ahí —señala el piano de la esquina.

—Entonces será un honor —anuncia mi madre levantándose emocionada, cogiéndola de la mano y caminando hacia el piano—. Mi padre lo adquirió hará unos veinte años. La última vez que se usó —le explica— mi hija Kira cantaba su canción a mi madre. Así que si tú lo vuelves a abrir con ese tema es como si se cerrase un ciclo. ¿Qué te parece, cariño?

Me levanto con mi padre, que tiene una copa de coñac en la mano y nos quedamos de pie, al lado de Queen. Ella se ha sentado en el banco de piel blanca del piano.

¿La verdad? Estoy temblando. Nunca la he oído cantar mi versión. Y es muy distinta de la de Eurovisión. Así que, que ella vaya a hacer eso en ese piano, me da mucho respeto y me sobrecoge.

—¿Me das permiso para que la cante? —me pregunta Queen con esos

ojazos enormes enmarcados en esas pestañas largas y rizadas. Está reposando las manos sobre las teclas.

Entonces me sonrío dulcemente y entiendo su mensaje. Me está diciendo que va a cuidar de la canción y que me va a encantar.

Y yo solo sé que asiento sin más y que espero a que su voz me vuelva a remover todo por dentro y a dejarme sin argumentos que me sirvan para mantenerme alejada de ella a niveles emocionales.

Soy un títere en sus manos. Esta mujer es demasiado poderosa para mí. No puedo luchar contra ella.

Y entonces, se pone a cantar.

Y yo... me voy.

Es como si me estrujara el alma y al mismo tiempo me la liberase.

Esa es mi versión. La que mi yaya adoraba, y la que yo adoraba cantarle. La que cantábamos a Ricky para decirle que estaba bien que amase a quien quisiera.

Y en su voz, con tanta pasión y tanto cariño, es la rehostia.

No puedo decirlo de otra manera. Es una bendición.

Incluso mis padres están emocionados al oírla. Y entonces sé, porque no puedo negarme más ni a mí misma ni lo que ella hace que aflore en mí, que Queen me está marcando.

Y que no estoy ni estuve preparada para una persona como ella.

Porque ella no toca y seduce ligeramente. Ella es de las que se planta ante ti, te mira y te afecta como un huracán, que siempre te lleva a remolque y sin riendas.

Los huracanes vuelan hogares y realidades.

Ella me está volando el alma.

Capítulo 9

—Estás muy callada desde que hemos salido de casa de tus padres.

Es lo que me acaba de decir Queen al llegar a mi calle. Estoy bajando la velocidad para aparcar la moto en el parquin que hay para eso justo delante de mi portería. Y sí, parece que esté hecho a mi medida. A veces, la suerte me sonríe.

Pienso en lo que me ha dicho Queen y no puedo no darle la razón.

Estoy pensativa. Interiorizando mis verdades. Asumiéndolas. Y valorando lo que es mejor para mí.

—¿Te he hecho sentirte incómoda por algo? —me pregunta inquieta tras de mí.

—No. Claro que no.

—¿Entonces?

Dejo la moto en su plaza correspondiente. Me quito el casco y la miro por encima de mi hombro con insistencia.

—No me pasa nada.

—Lo siento —contesta refunfuñando—. Pero no te creo. Sé cuándo estás preocupada. Ahora sí lo sé. Si es porque voy a pasar esta noche en tu casa, ya te he dicho que no soy de esas chicas que al cabo de un día se traen el pijama y el cepillo. No voy a agobiarte —me explica algo intranquila—. Será solo por hoy y ya está. Además, ya sabes que tengo que hacer muchas cosas esta semana. Las últimas entrevistas y promociones antes de irme a *Ámsterdam*..

—Queen —La corto—. Solo estaba pensando que Eurovisión está a la vuelta de la esquina. Que ya no queda nada —le vuelvo a mentir y me vuelvo a sentir como el culo. Me bajo de la moto y ella también—. Y que...

—Oliver, ven aquí ahora mismo —La vecina de la casa de al lado sale a la calle con su crío pequeño que tiene cuatro años. Es morenito y tiene unos ojos negros súper bonitos. Va vestido con chándal y lleva una pelota de plástico amarilla en sus manos.

El niño me suele saludar siempre que me ve porque le encanta mi moto, así que cuando me saco el casco, el pequeño viene hacia mí corriendo.

Y en ese instante fugaz, algo sucede.

Veo una moto eléctrica de estas que hay por Barcelona y cuyo piloto, que es una mujer, toma la recta de mi casa totalmente descontrolada.

Se sube a la acera con la moto a la máxima velocidad permitida, no más de cincuenta kilómetros por hora.

Y entonces lo veo todo a cámara lenta y me da por actuar como una superheroína.

Empujo a Queen para apartarla de su camino.

Oliver corre hacia mí con los brazos extendidos y la pelota entre sus manos, no ve la moto y se pone en su trayectoria, que también es la mía. Normal que no la vea, porque va descarrilada por la acera y por ahí no debe ir.

La madre de Oliver empieza a gritar histérica.

Así que reacciono, corro como puedo con todos los reflejos alerta, cojo al niño en brazos, la pelota sale despedida por los aires y la moto, que pasa por mi lado, me golpea la espalda, y me tira al suelo con Oliver encima. Intento caer de espaldas para que el crío no reciba ningún golpe y lo consigo. Yo me llevo todo el leñazo.

La motorista esquiva mi moto, se mete de nuevo en la carretera y se da a la fuga. Creo que he conseguido verle la cara a través de la visera, y parecía tan asustada como nosotros. Es una inepta, la muy hija de puta.

—Ay, Oli... —susurro desde el suelo abrazándolo con fuerza. Esto me va a doler unos días y lo sé—. ¿Estás bien?

El niño contesta que sí con su vocecita. Está en shock. Meri, que es su madre, corre a arrodillarse delante de nosotros, blanca como la nieve.

Recoge a su niño de mis brazos y me mira pasmada y muy agradecida.

—Kira... por Dios. Has salvado la vida de mi hijo. Si no llegas a hacer lo que has hecho... ¿Estás bien?

Desde el suelo aprieto los ojos con fuerza y me toco el muslo derecho. Tengo el pantalón, que es de Queen, roto y me he hecho una quemadura contra el suelo. Y me duele la cadera.

Queen corre a socorrerme. Está súper asustada y alarmada por lo sucedido. Intenta localizar la moto pero no la ve, así que se centra en mí de nuevo.

—Llamo a una ambulancia —dice muy acelerada.

—¿Qué? —me incorporo y me quejo del dolor, pero es más del golpe—. No hace falta.

—¿Cómo que no? —protesta ella.

—Como que no. Ayúdame a levantarme y a entrar en casa —le ordeno.

Meri sigue en shock pero también insiste en echarme una mano.

—Te llevo en coche al hospital, Kira.

—Que no. Que estoy bien —La gente empieza a congregarse alrededor, y no soporto que se haga ninguna escena—. No es nada que un poco de hielo no resuelva. Me voy a lavar esto —me miro el muslo. Tengo un buen arañazo—. ¿Habéis conseguido leer la matrícula de la motorista?

—No. Yo estaba en el suelo —me explica Queen—. Para cuando me he levantado ya había desaparecido —se asusta al contemplar la herida de mi pierna—. Se ha dado a la fuga la cabrona del... Oye, creo que deberíamos llevarte a que te miren eso y...

—Que no —La corto finamente y me levanto por mi propio pie—. Hazme caso. Ahora me lo curo yo. No os preocupéis. Ha sido solo un susto. Ayudadme, *porfi*.

Entre las dos me levantan. Oliver mira mi pierna y la señala.

—La Kira tiene daño.

—Estoy bien, precioso —le paso la mano por el pelo.

¡Boom!

Nos llevamos un susto de muerte. La pelota se ha colado debajo de un coche que pasaba por la calle y la ha reventado.

El niño empieza a hacer pucheros, pero la madre lo tranquiliza y le dice que ahora irán a comprar otra.

Me despido de ellos y Queen y yo nos metemos en el portal de mi casa.

Entramos y cogemos el ascensor. Allí recibimos un mensaje que leemos las dos al mismo tiempo en el movil.

Loli nos ha escrito al grupo para avisarnos sobre la alta probabilidad de que Barbie cante con Queen, para hacerle las voces, tipo coro, ya que no está permitido cambiar la participación de los artistas a una semana del festival.

Yo solo he querido vomitar al leerlo, pero no sé si me puedo negar a ello o no. No sé si tengo derecho a ello. Eso solo lo sabría Andreu, en caso de que quisiera volver a hablar con él.

La realidad es que no quiero que lo hagan. Pero, al parecer, es una cuestión

de la cadena y de la discográfica. La gente ha votado y ha dicho que sí más de un setenta y cinco por ciento a favor. No pueden hacer caso omiso al deseo de la audiencia que va a ver Eurovisión y que además ha pagado con sus mensajes para emitir su voto. Sería una estafa.

Pero que conste en acta: a mí no me sienta nada bien. Y para colmo, Queen tiene que adelantar sus viajes. Tiene que estar en Madrid mañana al mediodía, y se irá para Ámsterdam el martes.

No quiero dejarla de ver. Me da ansiedad al pensar que va a estar tan lejos, y lo peor, que va a estar acompañada de la colorada.

Y, sin embargo, pese a haber leído los mensajes las dos al mismo tiempo, no hablamos de ello. Como si lo quisiéramos obviar. Así que nos centramos en mi pierna y en el nerviosismo de Queen.

Voy un poco coja la verdad. Me duele el muslo, el codo y la espalda. Pero me puede más la rabia por la energúmena que ha cometido tal infracción y que se va a salir de rositas.

La Reina no habla. Va detrás de mí como en una procesión hasta que dice:

—¿Tienes paracetamol e ibuprofenos?

—No es para tanto.

—Kira, por favor —dice nerviosa obligándome a sentarme en una de las sillas tipo *patchwork* de la mesa del salón—. Déjame a mí, ¿vale?

El modo en que me mira me deja sin palabras. Como para decirle que no.

Está enfadada. Y no sé si es conmigo o con ella o...

—Queen, ha sido un buen susto. Pero ya está.

Ella sigue en silencio. Se quita la chaqueta, y me ayuda a quitarme la mía. Tengo una rascada en el codo. Se me ha roto. Qué mierda. Con lo que me gustaba mi chupa...

Ella misma se dirige a la cocina y abre el armario donde tengo las cajas de las pastillas.

Olvidaba que ya había cuidado de mí cuando mi *Resacón en las Vegas*. Sabe dónde está todo. Me trae un vaso lleno de agua con un par de pastillas.

—Toma. Tómatelas —me ordena.

Yo la obedezco en silencio y continuo estudiándola.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿Qué me va a pasar? —gruñe acuclillándose delante de mí—. Que al final Loli tiene razón y voy a tener que contratar guardaespaldas cuando salga de los confines de mi casa. Eso pasa.

Asimilo esa información. Y entonces pienso en que ella es muy conocida. Tal vez sí debería llevar guardaespaldas. Pero también creo que esto ha sido un accidente provocado por una loca al volante. Solo eso.

—Si hubiese tenido guardaespaldas, habrían detenido a la de la moto antes de que se abalanzara sobre nosotras. Y para colmo se ha ido, la sinvergüenza.

—Pero escucha... no ha sido culpa tuya. Deja de fustigarte.

—No ha sido culpa mía pero...

—Pero nada —La corto inmediatamente.

—Y ya van dos —menciona alzando dos de los dedos de su mano.

—¿Dos qué?

—Dos veces que nos pasa algo y que yo salgo volando porque tú me apartas y tú haces de Wonderwoman. No puede ser —dice negando con la cabeza—. No estoy nada atenta a mi alrededor y debería estar más alerta por quién soy. A ver... déjame ver —inspecciona mi muslo. Le duele más a ella que a mí—. Joder, tío... mira lo que te ha hecho.

A mí me da la risa. No es para tanto. Sí, me va a doler y ojalá no me hubiera pasado nada. Pero después de todo, y de lo que podría haber sido, solo se ha quedado en un recuerdo de terror.

—No te rías —me ordena.

Y yo que la veo ahí de rodillas entre mis piernas y los ojos rojos y atormentados no me puedo aguantar la risa. Supongo que es por los nervios.

—Perdón —me disculpo.

—Pero ¿por qué te ríes? —me mira como si tuviera ocho ojos—. Te ha hecho daño.

—Queen, estoy bien. De verdad —le sujeto la cara entre mis manos y aún riéndome le doy un beso en la mejilla—. No seas Drama Queen.

—No soy dramas. Pero te han podido hacer mucho daño —asegura con cara de estupor—. Mucho daño, Kira. Has evitado que me lo hagan a mí y al niño. Eres como una heroína anónima, en serio. Nadie hace esas cosas por mí nunca. No he visto jamás a ninguna persona actuar así como haces tú. Es alucinante verlo en primera persona.

Me da ternura verla así. Habla tan rápido y está tan nerviosa... y con todo y con eso, no pierde la perspectiva ni el control de la situación.

—¿Te preocupas por mí, Queen? —alzo una ceja.

Ella parpadea un par de veces. Parece sorprendida por esa pregunta.

—Claro que me preocupo, Kira. Joder... me he llevado un susto de muerte.

Llevo dos empujones tuyos ya... pero me asusto más por lo que te pueda pasar que... —se calla y se queda a medias. No quiere seguir hablando.

Yo sonrío y agacho la cabeza.

—Eso es bien.

—¿Eso es bien? —se ríe y me mira como si no tuviese remedio—. Qué tontuna eres... Venga, te ayudo a quitarte el pantalón.

—Son tuyos. Están rotos —le informo levantándome de la silla.

—Hoy vas de mí —contesta mirándome de arriba abajo—. Te queda bien mi ropa. Aunque es difícil que algo te quede mal a ti...

—Pfff... —resoplo—. Ya estamos.

—En fin, la ropa me da igual. Me preocupan más tus piernas, pichón. ¿Tienes mermolina, vetadine o algo de eso?

—Sí. Está todo en el baño.

—Vale. Espérame y ahora vengo.

La veo darme la espalda y alejarse para ir en busca del botiquín.

Es todo tan extraño.

Y a pesar de todo, me siento tan bien. Tan estimulada. Tan... animada. Han estado a punto de atropellarme, pero celebro el que no me haya pasado nada. Y ante todo, me alegro de que Queen quiera cuidar de mí así.

No todos los días la Reina agasaja a sus doncellas.

Si Queen tuviera que dedicarse a lo largo de su vida a otra cosa, podría ser a la enfermería perfectamente.

Tiene vocación de cuidadora.

Me ha limpiado los rasguños de la pierna con tanta cura que no he notado el escozor. Me ha puesto una gasita para cubrímelo. «Solo por hoy», ha dejado claro. Y después ha revisado que no tuviera ninguna rascada más. El codo se me va a hinchar un poco y me saldrá un morado en el trasero. Pero eso es lo de menos.

Por lo demás estoy perfectamente bien. No me duele nada.

Pero ella es muy exagerada. Aún tiene el susto en el cuerpo.

Ahora estamos en la buhardilla, tumbadas en el sofá *chaise longue* que tengo y que forma parte del estudio, la una al lado de la otra. En la misma planta hay otra habitación, con una buena cama y... es mi habitación, vamos.

Queen revisa todos los vinilos que tengo en el mueble y emocionada saca

algunos de la caja. Después cotillea mi pequeño equipo de grabación, mi mesa de mezclas, mi iMac, mi micrófono de condensador profesional, mi batería eléctrica, mis guitarras, mi piano... lo mira todo con mucha aprobación.

—¿Con este equipo grabaste la maqueta de «Comerte el corazón»?

—Sí —contesto abrazando el cojín contra mi pecho.

Llevo un pantalón holgado de chándal de color negro, bajo de cintura y estrecho por los tobillos. Y arriba me he puesto una camiseta gris de manga corta con la silueta de Frida Kahlo. Voy en bambas Adidas blancas por casa. No quiero estar en zapatillas si ella va vestida de calle.

—Te quedó muy bien.

—Gracias. Con Garage Band, un buen micro, silencio y buenos altavoces todo queda bien.

Ella sonrío y asiente.

—Yo estoy deseando poder trabajar en mi estudio todos los temas que tengo en mi cabeza. Tengo muchos ya compuestos.

—¿En tu casa de Madrid?

—Sí.

—Deben ser alucinantes —comento admirada por el modo en que ella pasa los dedos por mi piano y después toca mi guitarra con tanta cautela. Trata a los instrumentos como si fueran sagrados. Y eso me gusta—. ¿Va a ser lo siguiente a lo que te vas a dedicar cuando finalices tu contrato con Neón? —quiero saber.

—Sí —contesta ella sentándose en la silla del piano. Es plegable y negra. Toquetea algunas teclas a una mano, y toca la melodía de nuestro tema eurovisivo. Porque ya no lo concibo solo mío. Para mí, ahora y siempre será de las dos. No me saca de la cabeza cómo ha cantado en el salón de mis padres. Nos ha tocado a todos el corazón. No hacía falta más que vernos a la cara—. Es hora de hacer lo que quiero y de sentirme identificada con quién soy. Con Neón he tenido visibilidad y muchas posibilidades para forjarme un nombre respetado. Pero ahora quiero ser yo y dar rienda suelta a todos los temas que tengo en mente —alza su mirada caramelo rojizo y añade—: Y tú deberías hacer lo mismo, Kira. Me encantaría que me tocaras algún otro tema que hayas compuesto.

Yo me pongo roja como un tomate y niego vehementemente.

—No. No hago eso.

Esa respuesta le hace gracia a Queen.

—¿No haces eso? Yo te he cantado muchas veces ya. Es injusto para mí. Además, le cantaste a Ricky...

—Mintió. —Me pongo nerviosa de solo imaginármelo. Hace tanto que no canto... —. Yo no canto desde que murió mi abuela.

Ella se sobrecoge al oírlo, pero aun así me insiste:

—Pues tienes que desenquistarte, Kira. Tienes algo en la voz. Es una cosa maravillosa y tienes que dejarte oír. Déjame escucharte, por favor —se hace a un lado de la silla y golpea el espacio libre con sus dedos—. Ven aquí y cántame. A la sombra de la buhardilla —bromea.

Ella no se puede hacer una idea de la sensación que tengo en este momento.

No me he olvidado de tocar.

No me he olvidado de cantar.

De lo que me he olvidado es de no tener miedo al dolor. A la melancolía. Y a la música.

Sin embargo, tiene razón. En cierto modo he tenido un par de conciertos privados suyos, sin contar la canción de *Dragon* de la cena de Neón. Y me siento increíblemente afortunada por ello, porque sé que no hace esas cosas nunca. Supongo que me siento en deuda. Además, su expresión es tan expectante y parece tan entusiasmada por oírme que si le digo que no, igual oigo cómo se le rompe un poquito el corazón. Y no querría eso.

Me froto las manos y suspiro.

—No hago esto desde hace mucho. Ni siquiera le canté a Andreu después de que mi yaya...

—Me alegra no ser Andreu y ser solo Queen —contesta haciéndome recordar que ella es completamente distinta—. Ven conmigo —me pide—. Quiero oírte cantar —deja caer la cabeza a un lado y susurra—. Por favor.

Yo cierro los ojos, me humedezco los labios y finalmente accedo a su petición.

Me levanto del sofá y cuando llego hasta ella me siento en la sillita, a su lado.

Ella quiere verme perfectamente mientras yo me desprendo de los escudos y las máscaras. No sé qué ve en mí que le fascina tanto. Ojalá lo supiera.

Se queda en riguroso silencio mientras acaricio las blancas y negras del piano. Carraspeo, coloco mis manos en posición, dispuesta a marcar los primeros acordes.

Y empiezo a cantar:

*Mira la luz de mis ojos
Ha dejado de brillar
Mi corazón está roto
Otra vez vuelvo a llorar*

*Desde que no estás
Tengo el alma hecha pedazos
Me cuesta cantar
Si no estás cerca de mí*

*Dicen que mire al cielo
Que allí te encontraré
Yo solo veo luceros
Y a ti no te puedo ver*

*Echo de menos ese gesto
Esa sonrisa
Lo que me hacía
Ser tan fuerte como el sol*

*Me acuerdo de ti
Me acuerdo de mí
De tantos momentos jugando en el tiempo
De verte reír
Y hacerte feliz
Me acuerdo de ti*

*Dicen que debo ser fuerte
Que lo debo superar
Pero es que ellos no sienten
Lo que yo siento si no estás*

*Es tan injusto
Ver truncados nuestros sueños*

*Que nos hacían
Pelear por mi ilusión*

*Me acuerdo de ti
Me acuerdo de mí
De tanto momentos jugando en el tiempo
De verte reír
Y hacerte feliz
Me acuerdo de ti*

*No te podré ver
No te tocaré
Me basta sabiendo que te siento dentro
Que guardo un rincón
En mi corazón
Solo para ti*

*Es tan difícil
Empezar a caminar
Por esas tierras
Que soñabas alcanzar
Tiro una piedra
Cuando un paso voy a hacer
Solo me falta creer que son tus pies*

*Amiga mía te dejo
Esto se ha acabado ya
Quiero que surques los cielos
Y desde allí me oigas cantar
Abre tus alas
Vuelta alto con el viento
Que desde la tierra
Yo jamás te olvidaré
Me acuerdo de ti*

Cuando acabo la canción, no me doy cuenta del temblor de mis manos ni de

las lágrimas de mi rostro.

Pero, de algún modo, el piano me ha acogido como si nunca me hubiese ido. Y mi voz ha sabido remontar el vuelo y emerger después de la hibernación.

Ha sido como un bautismo. Me siento como si me hubiera limpiado y empezara de nuevo.

Me aclaro la garganta, me echo el pelo hacia atrás para mirar a Queen y sonrío con algo de vergüenza.

Pero cuando la miro a los ojos, ella está igual que yo. Está emocionada y la mirada le brilla llena de lágrimas.

Entonces levanta una mano y me acaricia la mejilla con los dedos. Recoge las gotas cristalinas de mi faz y se muerde el labio inferior. Entonces murmura:

—¿Quién eres tú? —dice con sorpresa.

—Soy Kira —me encojo de hombros.

Pero ella niega con la cabeza.

—¿Tienes idea de lo que me provocas?

—Cuando me hablas así me cuesta creer que lo que está pasando entre nosotras sea cierto —admito en voz alta. Estoy hecha una gelatina.

—Tal vez no me creas, Kira. Sé que te cuesta confiar. Y a mí también —reconoce—. Hemos sido tratadas de un modo un tanto cruel por personas a las que hemos querido mucho. Y tenemos miedo. Puede que sea pronto pero... yo nunca te haría daño. Me encantas —me retira un mechón de delante del ojo—. Me encantas, chica berenjena —se ríe y me observa como si fuera un espejismo—. Eres lo más mágico que he visto en mi vida. Y quisiera cantar alguna vez contigo. Y componer juntas... y no quiero perderme nada que venga de ti... —sonríe y une su frente con la mía—. Nunca he conocido a nadie como tú. ¿Te asusta que te diga esto?

—No lo sé —contesto nerviosa intentando digerir lo que me dice.

Ella frota su mejilla contra la mía y sujeta mi rostro con suavidad.

—¿Puedo decirte algo más que no sé si también te va a asustar?

—¿Qué?

—Kira —detiene su mirada en la mía. Estamos cara a cara, sentadas en la misma butaca del piano—. Quiero acostarme contigo. Sin medias tintas. Sin restricciones. Quiero hacerte el amor antes de irme mañana de viaje. Lo necesito hacer o me volveré loca. Me da tanto miedo pensar que esto es solo efímero y esporádico para ti, que quiero aprovechar el tiempo al máximo.

Es extraño. Porque me viene a la cabeza «hacer el amor» y, posiblemente, por una cuestión de educación fisiológica, solo me viene a la mente un hombre y una mujer. Pero entonces veo cómo me mira, con ese deseo ardiente y esa pasión visceral y femenina, y me enciendo como una cerilla y atisbo que un hombre y una mujer pueden practicar el coito, pero que las personas podemos hacer el amor de muchas maneras. Como nos dé la gana. Y turbarnos y excitarnos con solo una mirada sin importarnos lo que tengamos entre las piernas.

Y yo ardo en deseos de descubrir el modo en que Queen hace el amor.

Porque recapitulemos: no ha dicho follar. Ni sexo. Me ha dicho que quiere hacerme el amor. Eso significa muchas cosas.

—Yo también quiero acostarme contigo —contesto finalmente—. Y quiero que me enseñes a hacerte el amor. Y no tengo ni idea de qué significa que quiera todas estas cosas. Pero no quiero quedarme a medio camino y preguntarme si fue un capricho, una tontería o una ilusión fruto de tus poderes abejiles.

—¿Has dicho poderes abejiles? —susurra divertida mordiéndose el labio inferior.

—Sí —asumo—. Quiero descubrirlo, Queen. Quiero descubrirte.

Queen oscila sus pestañas levemente, el tono de sus ojos se vuelve más oscuro y entonces contesta con ese modo de sonreír que me vuelve tan loca:

—Te voy a enseñar todo lo que quieras, nena.

Venga. Hasta luego, Mari Carmen.

Capítulo 10

Esta vez no hay nada excesivamente dulce. Es una fiera. Nos tenemos ganas. Nos hemos besado en el taburete del piano, y a trompicones, hemos llegado delante del *chaise-longue* que es el sofá cama del estudio, cubierto de una piel rosada un poco cursi. Pero es bonito.

Sus labios son suaves, como su lengua, y su boca me marca con mucha intensidad. Sé que besar así no es potestad de las mujeres, no es que nosotras besemos diferente ni mejor, sé que esto es solo cosa de Queen.

Así es cómo ella lo hace y tengo la sensación de que podría ser adicta a estos besos toda mi vida. Porque hay deseo, hay un lenguaje único entre nosotras, y hay una pasión contagiosa ineludible.

Ella me quita la parte de arriba de la ropa. Pero no voy a permitir que me haga lo mismo del otro día. Esta vez quiero que se desnude también. Así que le quito la suya antes de que continúe con su telar meloso.

Yo le doy la vuelta y le quito el sujetador. Ella se da la vuelta, pasa un brazo por detrás de mi espalda y con solo una mano desabrocha el mío.

—Esto tiene que ser cosa de brujería —digo aún impresionada por su agilidad.

—Solo te falta práctica —contesta burlona. Entonces me empuja y hace que me siente en el brazo del sofá. Me quita las deportivas y el pantalón del chandal con cuidado de no hacerme daño en el muslo y me deja en braguitas.

Yo me incorporo y le desabrocho el tejano y se lo bajo. Ella se lo acaba de quitar.

Esta vez no quiero ser pasiva. Quiero ser activa. Tengo que demostrarme que me atrevo, que me gusta tocarla y besarla y no solo imaginármelo. Es hacer el amor. Es tocar, acariciar... y ella es una mujer como yo. Sé cómo tengo que tocarla. Solo tengo que pensar en lo que me gusta que me hagan a mí. Y si eso no le gusta, ya me lo dirá.

Así que la agarro de las caderas, la atraigo y le beso el ombligo, la cintura.

Ella se muerde el labio inferior y me mira como si lo que le hago le encantase.

—Kira... ¿segura? —dice con voz débil, sujetándome el pelo encima de la cabeza con una mano—. No quiero que te arrepientas de esto.

—No hago cosas de las que suele arrepentirme, Queen.

—¿Te duele la pierna? Casi te acaban de atropellar.

—Que te calles —La agarro, y me estiro en el sofá para echarla encima mío. Sus tetas están en mi cara. Así que abro la boca y le succiono un pezón. Su gemido es tan elocuente que me pongo contenta. Así que seguiré mi propio instinto.

Primero uno. Y luego el otro.

—Madre mía —La oigo murmurar.

Tiene unos pechos perfectos. Pensaba que se los había operado, como muchas de las artistas y de las mujeres en la actualidad. Pero no. Son así.

Tienen el tamaño perfecto y las areolas rosadas. Y no están duros. Están blanditos, como los míos.

Me paso un rato besándolos y lamiéndolos. Me guío por cómo frota su entrepierna contra mi muslo levantado. Sí, no hay duda de que disfruta de lo que le hago.

Me siento muy poderosa. Ella es un símbolo de fuerza, de empoderamiento, de ascendencia. Y ahora mismo está entre mis brazos, gimoteando.

De repente, ella me agarra del pelo y me aparta de sus pechos.

Se coloca a mi altura y me besa de nuevo en la boca. Esta vez es un morreo ilegal.

Pero más ilegal es lo que hace entre mis piernas. Cuela la mano por debajo de mis braguitas, y me empieza a acariciar. Pero no son solo caricias.

Abro los ojos de par en par cuando siento sus dedos entrar en mi interior.

Ella pellizca mis labios con sus dientes y dice:

—Me dejas entrar, ¿no?

La sensación es alucinante. No sé qué está haciendo pero es como si diera forma a mi interior.

—Sí —contesto hipnotizada.

Acto seguido, hace descender su boca por mi garganta, hasta mis pechos. Parece que la reconocen porque en cuanto sienten su contacto, se ponen en guardia. Qué pasada.

Ay, la Virgen...

Entre su boca en mis pechos, los dedos que mueve de forma mágica y rítmicamente en mi interior, y cómo ondea sus caderas sobre mí, pegada a mi cuerpo, como si fuera ella la que me penetrara, me quedo en el limbo.

La agarro de la cara y la obligo a besarme mientras me hace el amor con sus dedos. Llega muy adentro, y me moldea y toca por lugares que nunca había sentido así. Es genial.

Nos besamos y ella continúa conmigo, entretenida, hasta que empiezo a correrme. Se traga mis gemidos con su boca y le sujeto la muñeca para que no salga de mi interior.

Es glorioso. Todavía me dura el orgasmo. Queen lo sabe. Conoce mi cuerpo como si fuera suyo y me sigue acariciando con el pulgar sobre mi clítoris. Pero sus dedos siguen dentro de mí.

Ella corta el beso y me mira. No nos decimos mucho, pero nos lo decimos todo.

Lo que sí sé es que quiero hacerle lo mismo a ella. Pero cuando estoy decidida a ir al ataque, Queen se aparta de encima de mí, sin sacar sus dedos de mi interior, y se queda de rodillas sobre la alfombra que hay debajo del *chaise longue*.

—¿Qué haces? —le pregunto incorporándome en los codos. No hará lo que creo que va a hacer...

—¿Tú qué crees? —dice con un gesto peligroso. Cuela los pulgares por las costuras de mis braguitas y tira de ellas hasta sacármelas. De repente, me sujeta el muslo con la otra mano, tira de él con fuerza y atrae mi entrepierna a su boca—. Te voy a comer.

Oh Dios. Vale. Asumo que es parecido follar con un hombre que con una mujer. Saben hacer las mismas cosas. Fisiológicamente pueden no usar lo mismo, pero...

Me da un lametazo y me dejo caer sobre el sofá.

—¿En serio? —murmuro incrédula.

—Muy en serio —contesta ella. Entonces se zambulle en mi sexo. Mete los dedos de nuevo dentro de mi cuerpo y su lengua y su piercing azotan ese punto de placer irreverente. Es maravilloso.

La Reina está entre mis piernas. Y ella manda. Y yo solo obedezco. Por eso, me toca como si tocara música y las notas perfectas y encadeno otro

orgasmo que me obliga a amarrarla del pelo y a mirar para comprobar que esto es real.

Que es ella y nadie más.

Y que quiero más.

Saca los dedos como si estuviera plenamente satisfecha, se tumba encima de mí y me dice:

—En la mochila traigo una cosa. No la he querido coger antes para no darte motivos para salir corriendo.

Yo aún estoy con las sacudidas post orgásmicas entre las piernas. Le recojo el pelo con las manos y la miro a esos ojos que me preguntan si puede coger lo que ha traído o no.

—Trae lo que quieras —le digo cautivada por su belleza.

Queen había dejado la mochila al lado de las escaleras que van a la planta de abajo. La coge, abre la cremallera y mete la mano en su interior. Saca una bolsita negra de ante y se dirige hacia mí con ella entre las manos.

Tiene un cuerpo tremendo. Es una maldita guerrera amazona. Y es preciosa. Y hoy es para mí y la quiero disfrutar bien.

—Esto es para las dos, porque...

No le permito que me explique nada. Le arrebató la bolsa de las manos, que pesa, por cierto, la dejo a un lado y atrapo a Queen por las muñecas para lanzarla a mi lado, sobre el sofá.

Está sorprendida, así que aprovecho y me coloco encima, clavando mis rodillas a cada lado de sus caderas.

—¿Puedes dejar de tratarme como si no pudiera hacer nada? —le pido cerniéndome sobre su boca—. Si dejo que me comas es porque me apetece hacerte lo mismo.

—No estás obligada... —empieza ella un poco asustada.

Yo la hago callar al colocar la mano por debajo de sus braguitas fucsia. Está húmeda y eso me impacta y entonces sonrío. A ella el brillo de los ojos le ilumina la mirada.

—Voy a hacerte todo lo que me haces a mí. No porque te lo deba. Lo hago porque quiero y porque... eres tú —añado con total sinceridad. Tengo que ir con cuidado y no emocionarme más de la cuenta. Porque me conozco. Y no me quiero llevar un planchazo después. Sin embargo, ella lleva sus manos a mis nalgas desnudas y me las acaricia de manera descarada y lasciva.

—¿Sí?

—Sí —contesto. La acaricio entre las piernas. Es extraño porque sé muy bien qué estoy tocando, aunque es la primera vez que lo hago así. Queen está hinchada y excitada, como yo. No necesito instrucciones. Introduzco dos dedos como ha hecho ella, y la penetro mientras sigo con sus pechos en mi boca.

Le gusta. Me estrecha los dedos con las paredes de su útero, y la siento arder. Sé que está a punto cuando arquea sus caderas contra mi mano. Entonces miro hacia abajo y veo cómo ella me agarra la muñeca como he hecho antes. No paro de tocarla ni de acariciarla. Quiero que se corra. La beso y sin cambiar el ritmo de mis dedos aprovecho para acariciarle el clítoris con el pulgar.

Eso hace que se estremezca. Nuestras lenguas se tocan, ella roba mi propio oxígeno hasta que siento cómo empieza a correrse contra mi mano. Noto una oleada de calor arremeter contra la palma, y la siento apretar a mi alrededor, convulsionando.

Le he dado un orgasmo. Bien por mí. Tengo ganas hasta de aplaudirme.

Entonces me arrodillo entre sus piernas. Ella intenta evitarlo pero la sujeto por los muslos y la miro lanzándole una seria advertencia.

—Deja de protegerme ya, pesada —le saco las braguitas por los tobillos—. El sexo es sexo y hay que disfrutarlo al máximo para que dé todo lo que puede dar. Quiero la experiencia completa, ya te lo he dicho.

Ella se me queda mirando. Parpadea tres veces y al final relaja los muslos y abre las piernas.

Está retándome para ver si soy capaz. Pero ya sabe que sí. También está nerviosa como yo.

Le vuelvo a meter dos dedos y sumerjo la boca en ella.

¿Qué queréis que os diga? No es distinto de una felación a un hombre, a excepción de que ella no me va a escupir. Quiero decir, que no me parece nada bonito ni higiénico ninguna de las dos cosas. Eso de poner la boca en nuestros sexos no me entusiasma, pero me excita la idea de excitar al otro.

Aunque a mí lo que me gusta es mirar a los ojos mientras hago el amor, sé que todo lo demás es juego y placer. Lo hacemos para satisfacer a nuestro compañero de cama. Y si se lo hago a un tío, ¿cómo no se lo voy a hacer a esta diosa?

Noto cada pliegue, cada labio exterior e interior. Es lisa por completo, como yo. Hace mucho que me hice la depilación láser.

Entre nosotras es todo como muy cómplice.

Queen está disfrutando de lo que le hago. La miro mientras la beso entre las piernas y ella me está mirando fijamente con unos ojos indescifrables.

Y de repente, los cierra, entreabre la boca y los muslos fuertes y bien tonificados le empiezan a temblar. La tengo. Se va a correr otra vez. Aprovecho para lamerla con más intensidad y mover los dedos bien y sin perder el ritmo.

Ella se curva sobre el sofá, dibuja un arco con su espalda y el pelo desparramado y deja ir un gemido largo y ahogado. Está en medio de otro orgasmo.

Es asombrosa.

Cuando se relaja, yo ya he ralentizado el ritmo de los dedos. Beso su pubis y me incorporo lentamente hasta salir de ella.

Me tumbo a su lado.

Estamos las dos desnudas y liberadas. La quiero abrazar y acariciar.

No es tarde. Pero no me quiero mover. Quiero seguir descubriéndola. Y descubriéndome.

Estoy muy entera para acabar de tener mi primera experiencia entre chicas.

Le beso los labios. Ella me sujeta la cara y une su frente a la suya.

—No hemos acabado.

Yo abro los ojos sorprendida. Pensaba que querría descansar.

—¿Seguimos? —le pregunto.

—Sí. Pero esta vez de otra manera. Quieres la experiencia completa, ¿no?

—Claro —contesto con una sonrisa—. ¿Vamos a hacer... tijeritas?

—No —contesta perdiéndose en mi boca—. Nada de tijeras. Es lo más incómodo del mundo. Las chicas follamos de muchas maneras y de esa es la que menos —asegura—. Si se hace bien no está mal, pero es una posición muy amorfa e incómoda.

—Eres una revienta mitos.

Ella se echa a reír.

—Hazme caso. Es una tontería.

—Ah —digo cada vez con más curiosidad—. ¿Y cómo haces tú el amor?

Queen alarga el brazo, coge la bolsa de ante negra y saca un aparato de su interior.

Lo había visto alguna vez en los *sex shops*, pero desconocía cómo debía funcionar.

Es de color negro.

—Es un *strapon* . Un vibrador para dos. Una parte entra en mí y vibra. Roza mi punto G por dentro. Con esta —señala la parte más larga y gruesa que tiene forma de pene— entro en ti. Y vibra también.

—¿Eh?

—Cierra los ojos —me ordena aguantándose la risa—. No haré nada raro ni nada que no te guste.

—Pero...

—Kira —se coloca de rodillas sobre el sofá y posa sus dedos en mis labios para que me calle—. Chist. Cierra los ojos.

Al final cedo. Porque no se le puede decir que no. Más que nada es que no soy capaz.

Me coge de la mano y me levanta. Estoy de pie en la alfombra. Ella está haciendo algo con el aparato. De repente oigo que se sienta en el sofá de nuevo y yo estoy de pie ante ella, entre sus piernas.

—No los abras.

—No.

Posa sus manos en mis caderas y me acerca a ella. Me toca entre las piernas y besa mi barriguita. Me atrae hacia ella y yo me agarro a sus hombros.

—Súbete a horcajadas encima mío. Vas a cabalgarme.

Baj. Me he puesto cachonda.

Coloco una rodilla sobre el sofá, pegada a su cadera, y la otra en el otro lado.

Ella me sostiene y me agarra el trasero. Me guía hasta que noto algo que quiere entrar dentro de mí. Esto me va a freír la cabeza. Me besa y me sujeta bien para que me siente encima del consolador y lo absorba en mí.

La sensación es increíble. Es grueso, grande y duro. Con la misma textura que tendría un pene, pero sin serlo. Y me llena mucho.

Cuando lo tengo todo totalmente dentro, siento que está vibrando. Me quedo un tanto atónita.

Queen sonrío y me sigue besando.

—¿Estás bien?

—Estoy... sí —susurro encajándome mejor. Abro los ojos y ella me echa el pelo hacia atrás.

—¿Te hago daño?

—No —adopto una posición mejor.

—Relájate y abrázate a mí —dice hablando bajito—. Me gusta hacerlo así. Mirándote a los ojos. Sé que te doy placer pero, al mismo tiempo, la parte que hay insertada en mí, también me da placer a mí —me agarra bien el trasero—. Voy a hacer que nos corramos a la vez, Kira.

Pero si ya estoy caliente de nuevo. No tardaremos nada.

Queen me pasa la lengua por los labios y luego vuelve a encajar su boca en la mía de ese modo que parece que seamos piezas de puzle perfectas.

Me abrazo a ella. Sus manos vuelven a sostener mi trasero y a moverlo para que vayamos al ritmo.

Me ha roto todos los esquemas. Me los está rompiendo uno a uno. Todo lo que yo había preconcebido sobre sexo y amor entre mujeres, estaba mal. Era erróneo.

Ella me abre los ojos a esa pasión carnal y femenina, y me quita la venda para siempre. Me mira de un modo que es como si me dijera: «puedes enamorarte de mí que yo cumpliré todas tus necesidades. No habrá límites ni vergüenzas entre nosotras».

Y yo me extravió en la profundidad de sus ojos pardos. Y pienso que es imposible hacer el amor si no se está enamorado. Por eso sé que lo nuestro rebasa los límites del sexo, por muy caliente que sea. Yo sí hago el amor.

El consolador está vibrando en mi interior, me roza en muchas partes y se clava muy adentro.

Ella gime. Yo también.

Queen suda. Yo también.

Unimos nuestras frentes, nos besamos entre gemidos y sollozos y... después de una buena colección de embestidas, alcanzamos el orgasmo juntas.

Y sé que no voy a parar. Ni ella tampoco.

Porque estamos lejos de sentirnos satisfechas.

Porque ella y yo siempre querremos más.

Hasta dejarnos exhaustas.

Horas después

El sexo alimenta.

Seguro.

Estamos tumbadas en el sofá, cubiertas por la manta que he sacado del canapé.

Son las dos de la mañana y hace rato que miramos al cielo nocturno a través de las ventanas superiores del techo de la buhardilla.

No hemos probado bocado, excepto por los que nos hemos dado en medio del éxtasis.

Me apoyo en Queen, y ella me rodea con su brazo y deja reposar su mejilla sobre mi cabeza. Nuestros perfumes se han mezclado, de un modo en que no sabemos dónde empieza el suyo y dónde acaba el mío.

No necesito hablarle. Solo sentir.

Porque estoy tan llena de emoción y tan maravillada por lo sucedido, que cualquier palabra sonaría hueca o vana.

Y ahora lo sé. Lo he comprobado.

Sé que una cosa es tener sexo con una persona. Otra cosa es hacer el amor.

Y, francamente, hasta la fecha, he disfrutado mucho del sexo con mis parejas. Y también con Andreu. Porque que me haya decepcionado no quita que en la cama nos entendiéramos bien. Sin embargo, lo que Queen y yo hemos compartido ha sido otra dimensión. «Ninguna mujer le oculta nada a un amor verdadero», es algo que dijo Don Juan DeMarco. Y es cierto.

Porque aquí nos hemos desnudado por completo. De cuerpo y de alma. Hemos conectado con el amor.

Y nunca me sentí tan vulnerable. Ni tan especial. Ni tan patética e innegablemente enamorada. Porque ¿para qué voy a negarlo?

Estoy enamorada de Queen como una payasa. La fascinación, y el respeto que me despierta es proporcional a los sentimientos que me activa y a mi anhelo por siempre tener un poco más de ella.

Y todo eso crece a la misma velocidad que lo hace mi miedo a dejarla ir y a tenerla. Que mi terror a reconocerlo abiertamente y a ser cruelmente rechazada. Porque no sé qué soy para ella y hay indicios que me pueden hacer creer que solo soy un pasatiempo para superar lo de Barbie.

Y odio ser un parche o un segundo plato.

Por eso estoy medio bipolar.

Sé que es algo que siento, y que no se lo diré y que nunca se lo cantaré. Aunque las dos seamos músicas. Porque no me atrevo.

—¿Sabes qué? —me dice acariciándome el pelo, relajándome hasta que soy una gelatina.

—¿Qué?

—Me da igual si gano o no gano Eurovisión el sábado —gira la cabeza y me mira—. Yo ya siento que he ganado desde que te conocí.

Trago saliva y cierro los ojos. Si supiera cómo tiemblo por dentro...

Suspiro, porque en el fondo, por mis miedos y mis dudas, no quiero creérmelo. Es verdad que las personas que han sido traicionadas y desengañadas estamos tullidas. Porque, aunque podemos emocionarnos como me está pasando a mí con ella, nos cuesta mucho volver a confiar. Y más siendo ella quién es.

—Eres una estrella internacional, Queen. Una que está en mi buhardilla, en el Born, cuando podría estar en un cinco estrellas disfrutando de su intimidad y de sus guardaespaldas. No entiendo cómo puedes pegar aquí —susurro—. No entiendo por qué te gusta esto.

Ella sonríe y roza su nariz con la mía.

—Tienes miedo porque soy popular.

—No, popular es el butanero. Tú eres famosa.

Queen se echa a reír.

—Pero en el fondo solo soy una chica, que te mira a los ojos, mujer de pelo berenjena, y te pide que sueñes con ella —bromea con Notting Hill otra vez—. Solo eso. No quiero que nos agobiemos. Iremos poco a poco, ¿vale? Ahora —agarra mi mano entre las suyas y mide la largura de nuestros dedos. Son iguales— fantaseemos, aunque sea por esta noche.

—Yo soy de las que intenta cortar las fantasías, pero a la que siempre le quedan largas.

—Yo no suelo fantasear —me asegura—, porque he aprendido que la realidad siempre te da una bofetada para que te despiertes. No es de las que te sacude dulcemente para que abras los ojos. Te da el guantazo y punto. No confío en la gente, Kira —me deja muy claro—. La popularidad me ha enseñado que todo se mueve por interés, por dinero y por presumir de contactos. Todo. No me abro nunca, no me muestro jamás, y solo soy como soy con las personas que elijo. Lo soy con mi padre, con Bert, con Loli y con Barbie, aunque tenga que mantenerla alejada para que no se vuelva a confundir. Y aquí, puedo serlo contigo —roza su mejilla con la mía y me da un beso en la sien—. Y esto es oro para mí. Encontrar a alguien como tú con la que no tengo que fingir ser quien no soy, alguien fiel que sé que nunca me delataría. Que nunca me traicionaría ni querría aprovecharse de la situación.

Siempre me has protegido y has cuidado de mí —se aclara la garganta—. Me devuelves la esperanza en las personas.

Yo la miro y acto seguido agacho la cabeza y oculto mi rostro en su cuello. Me deja fuera de juego cuando habla así.

—¿Estás llorando? —pregunta preocupada.

—No —contesto. Solo soy un poco sensible—. Me alegra saber que piensas eso de mí.

—¿Y tú qué piensas de mí? —quiere saber mirándome intensamente.

—Pienso que... que eres sorprendente. Que me haces sentir muchas cosas y que contigo han roto muchos moldes.

Ella entrecierra los ojos.

—Señorita Kira... ¿puede ser que yo le guste mucho? —bromea. Eso es lo que más me asusta de ella. No pierde el control nunca. Es como si supiera que me tiene ya entre sus manos y que sabe que voy a bailar a su son.

Por eso tengo que saber recuperarme de su hechizo y no caer más profundamente de lo que estoy en él. Porque ella es fuerte. Pero yo no.

Blanqueo los ojos y miro al cielo estrellado a través de las grandes ventanas de la buhardilla.

—Creo que las estrellas deben estar en el firmamento —contesto—. Para que los mundanos las podamos contemplar y pedirles deseos. Tú eres una máquina de cumplir deseos de las personas, Queen. Y yo, lo único que puedo hacer es intentar luchar contra tu luz para no quedarme ciega. Creo que esas somos tú y yo ahora.

Ella se queda inmóvil durante unos segundos. Está procesando lo que le he dicho. Entonces, reacciona, se coloca encima de mí y acorrala mi cara entre sus antebrazos tatuados.

—Pues hoy se han girado las tornas, *bombonsito*.

—¿Ah sí?

Se hace hueco entre mis piernas.

—Sí. Hoy eres tú la que va a cumplir todos mis deseos hasta que no haya ni una sola estrella en el cielo.

Deja caer su boca sobre la mía y volvemos a perdernos en nuestras pieles.

¿Y qué creéis? ¿Qué voy a hacer algo para quitármela de encima? ¿Que le voy a decir que no y que mañana tengo que trabajar? Mañana ella se irá y si nos volvemos a ver será en Ámsterdam, para la final de Eurovisión. Pero eso

es futuro y, para entonces, no sabré si ella me habrá dado la patada para decirme que la fantasía se acabó. No sé nada.

Solo sé que ahora estamos juntas. Y quiero crear recuerdos.

Porque una puede acostarse con el Rey.

Pero en realidad, la que conquista siempre es la Reina. Y a mí, Queen, aunque no se lo diga, me ha conquistado.

Capítulo 11

«@BeellaBeeciosa: Abejas sin reina, la colmena en ruinas».

Soy carne de meme ahora mismo. Represento un montón de *gags* famosos, de personajes que se sintieron pletóricos y completos en algún momento de sus películas. Soy Kate haciendo el avión en la proa del *Titanic*; soy Babe rescatada por Patrick Swayze antes de hacer el baile final en *Dirty Dancing*. Soy Julie Andrews corriendo por los prados y cantando en *Sonrisas y Lágrimas*. Cualquier imagen que te venga a la cabeza en la que salga una mujer plenamente feliz y satisfecha. Pues esa soy yo. La que te estás imaginando, con cara de vivir en las lunas de Júpiter, soy yo.

¿Anastasia Steel atada y feliz? Yo.

¿Bella, después de hacer un trío con Eduard y Jacob? Aquí. Servidora.

Queen se ha levantado conmigo, y la muy reina me ha dicho que va a comprar desayuno para que desayunemos juntas antes de que me vaya a trabajar y ella se vaya a coger el AVE para Madrid.

Hay cosas pendientes entre nosotras, como por ejemplo que no le he dicho que no quiero a Barbie con ella de ninguna de las maneras, pero sobre todo no la quiero cantando esa canción en Eurovisión.

Ni tampoco hemos hablado de lo que vamos a hacer a partir de ahora. ¿Se supone que vamos a seguir en contacto? Yo quiero, desde luego. Me gustaría que aclarásemos en qué punto estamos y si hemos empezado algo o esto es solo una aventura. Pero por otra parte pienso que no puedo esperar que ella conteste nada si yo no estoy dispuesta todavía a reconocer lo que quiero y si no soy capaz de seguir adelante.

Pero luego pienso en la sensación de perder esto que tengo con ella, y me entra un frío polar que me deja tiesa.

Estoy en una nube de tontería nivel Dios, un frente que amenaza con quedarse mucho tiempo.

No esperaba sentirme así tan pronto. Y más después de que me dejara Andreu. No entiendo nada.

Maldita Reina Abeja. Queen no me ha dejado ni pasar el luto. Se ha metido en mi vida como una bala, directa al corazón.

¿Cómo hago ahora para encarar esta situación?

Estoy cagada. Cagada de miedo. Y al mismo tiempo el gusanillo que siento es constante cada vez que pienso en ella.

Debería levantarme de la cama. Porque me tengo que duchar para ir a trabajar. Pero ella me ha pedido que no haga nada. Que bajaba a la panadería de abajo, con el moño y sus gafas de Clark Kent, y que me subía un buen desayuno para que las dos empezáramos el día con buen pie. Que le hacía ilusión desayunar conmigo en la cama, y más aún después de no haber cenado nada ayer.

Se ha marchado hace diez minutos. Debe estar al llegar. Le he dejado las llaves de abajo y las de casa, así que no tendrá que timbrar.

Y de hecho, ya está aquí.

Oigo la llave meterse en la cerradura y la puerta abrirse.

Los pasos de Queen son rápidos.

Dibujó una sonrisa de oreja a oreja al oír la subir las escaleras a la planta de arriba, pero cuando aparece, no es ni de largo la imagen que esperaba ver.

Es ella, sí. Pero está llorando y me mira como si fuera una mierda. Como si yo no valiese nada. Se ha quitado las gafas, que penden del cuello de su camiseta. Tiene las mejillas húmedas y parece tan decepcionada. Tanto... que quiero matar a quien le haya hecho eso.

No sé por qué, pero toda la expectación que habitaba en mí, se ha convertido en pavor y en inseguridad.

No comprendo nada. Tengo miedo.

—¿Queen? ¿Qué pasa?

—Te has tenido que reír mucho de mí, ¡zorra mentirosa! —me lanza el paquete lleno de bollería de la panadería. Me cubro con los brazos y salen donuts y cruasanes volando.

Me quedo tan estupefacta y muda que no sé ni qué decir.

—¿Qué haces? —pregunto asustada—. ¿Qué dices, Queen?

—Ya sé lo que eres —me echa en cara lanzándome miradas

menospreciantes—. Eres una groupie de esas que va de que no mata ni una mosca y luego es una guarra cazafortunas. ¡Yo confiaba en ti! —grita llorando sin máscaras—. ¡Me has engañado! ¡Me has traicionado!

Lentamente, me coloco de rodillas sobre el colchón y me cubro con la colcha. Ahora me da vergüenza estar ante ella desnuda.

—Queen, no sé de lo que me estás hablando.

—¡Hay una jauría de periodistas abajo en la portería! —exclama llena de odio—. ¡Tú les has llamado para que vinieran a grabar! ¡Les has dicho que he pasado la noche aquí contigo! ¡¿Querías saltar a la fama como mi pareja?! ¡¿Tan miserable eres? ¡¿Y luego eres capaz de hablar de Barbie? ¡¿Tú?! ¡Si tú eres peor!

No. No, no... debe ser un malentendido. Esto no está pasando ahora.

—Yo no he llamado a nadie. Nunca haría eso. Jamás te lo haría a ti —Estoy en shock. Se me llenan los ojos de lágrimas porque no sé cómo defenderme.

—¡Deja de mentirme, joder! ¡Lo han dicho los periodistas! ¡Que el chivatazo lo has dado tú!

Palidezco y me pongo muy nerviosa.

—¡Están mintiendo!

—Nadie va a llamar a los periodistas. Nadie que no seas tú, Kira. Es evidente. No sé cómo no lo he visto venir... ¿Cómo van a saber que estoy en tu casa si tú no les avisas? —niega con la cabeza—. Eres como los demás. Eres igual que ellos. Vas vendiendo que no quieres fama, y mírate... te has abierto de piernas para conseguirla. Como las que se meten en mi cama para lo mismo. Por eso ya hace mucho que no confío en nadie. Y que tú hayas hecho esto... —está indignada y hecha fuego por los ojos—. No debería haber confiado en ti nunca. Barbie tenía razón.

Eso me afecta muchísimo. Me hace mucho daño. Yo no he hecho nada de eso. Nunca la habría traicionado.

Y que lo crea de esa manera es altamente destructivo para mí. ¿Y la magia de horas antes? ¿Dónde ha ido a parar? ¿No ha sido real?

—Queen, no te vayas, espera —estiro los brazos y la cojo del antebrazo. Ella mira mi amarre como si se quisiera desprender de mí lo más rápido posible—. Escucha... no sé qué está pasando, pero tienes que creerme. Te prometo que yo no he hecho nada. Pero podemos descubrirlo juntas.

—No quiero descubrir nada —se libera de mi sujeción con un tirón seco

—. No quiero nada de ti.

—Queen... por favor —le suplico acongojada—. Después de todo lo que hemos hecho juntas... Después de lo de esta noche...

Ella se detiene y me mira por encima del hombro.

—¿Lo que hemos hecho? Solo ha sido un polvo. Despierta, joder. Y he tenido mejores, guapa. No te emociones. No es que estemos hechas la una para la otra.

Yo encajo la puñalada lo mejor que puedo. En este momento tiene la pose de una Reina altiva que sabe que puede degollar a quien le venga en gana.

Qué cabrona es cuando se propone ser la *Femme fatale*.

—Queen —le digo con mi orgullo maltrecho y el alma por los suelos como un regalo triste y rechazado, sin desenvolver—. ¿Qué pasará si te demuestro que no he sido yo? Porque te juro que te lo demostraré. Pienso descubrir qué ha sucedido y por qué. Esto no se va a quedar así —me limpio las lágrimas con el antebrazo.

Ella mira al frente y se encoge de hombros.

—No me vengas con el cuento, ¿quieres? Has sido tú. No ha podido ser otra persona. Mejor piensa en que puedas demostrar que, aunque seas una ambiciosa traicionera, sabes componer. Porque si es por mí y por Neón, voy a hacer lo posible para que te cierren las puertas en todas partes. Les diré a todos lo que eres. Una hetero que quiere ser artista y que si el viento se lo pide está dispuesta a follar con chicas. Nada es extremadamente fuerte para ti, campeona —me guiña el ojo. Mi barbilla no deja de temblar y mis lágrimas empañan mi visión. Ni se imagina la herida que me está infligiendo—. Y olvídate de que mencione nada sobre ti o sobre nosotras. Si crees que te voy a sacar a la palestra como algo mío, andas muy perdida. Por mi parte, tú y yo ya no tenemos nada. Y yo solo he pasado casualmente la noche en casa de una conocida. De la compositora. Punto y final.

Me lo dice totalmente rota y con la voz quebrada. Y sé que le duele.

Pero a mí me duele mucho más que ella todavía se crea lo que los demás dicen, y que me juzgue y que no confíe en mí.

Lo que me ha dicho es muy dañino.

Sorbo por la nariz y la miro derrotada.

—Estás siendo muy injusta y te estás equivocando.

—Todas las que mentís decís lo mismo.

—La diferencia es que yo no miento. Y dudo que esté aquí cuando vengas a

pedirme perdón.

—¿A pedirte perdón? —se ríe—. No se perdona a un mentiroso. Porque vuelve a hacértelo una y otra vez.

Queen me mira como si fuera transparente, como si no viese nada, coge la mochila de mala gana y baja las escaleras corriendo.

Y yo, me quedo de rodillas en la cama, con un agujero en el pecho y mucho dolor.

Un dolor atroz.

No sé qué tipo de batalla enfrentará Queen al salir a la calle.

La mía será curar las heridas que me ha provocado caer desde el cielo al jodido Infierno.

No soy capaz de ir a trabajar así. Estoy con ansiedad. Así que llamo y les digo que me encuentro muy mal.

Hoy no iré. Nunca he hecho campana por cosas emocionales, pero un corazón reventado bien lo merece.

No me muevo de casa en toda la mañana. Pero por la tarde, cuando ya no lo soporto más, salgo al único lugar en el que me puedo sentir a salvo otra vez.

Ya no hay periodistas. Porque la estrella es y siempre será Queen y no yo, aunque quieran sacar cotilleos sobre sus ligues.

Así que me voy dando una vuelta muy larga a casa de mis padres.

Cuando me abren la puerta y veo sus caras, arranco a llorar de nuevo y me cubro el rostro.

Sé que mi madre y mi padre se miran asustados y entonces me sumergen entre sus brazos. Y a mí, lo único que me sale decir cuando me preguntan «¿Qué te pasa, cariño», es:

—¡Que me he enamorado de una mujer! —Todo esto sin dejar de llorar entre hipidos—. ¡Y ella se piensa que la he traicionado!

Mi padre me abraza con fuerza y mira a mi madre con evidencia.

—Te lo dije, Vero. Que la manera que tenía Queen de mirar a la niña no era la de una amiga.

Mi madre aún no sale del shock. Hasta que al cabo de unos segundos suelta:

—Pero Kira, si ayer quedamos en que no te gustaban las chicas. Mi hija —dice para sí misma—... enamorada de una mujer...

—Bueno, es Queen —dice mi padre—. No me parece tan extraño —me besa la cabeza—. Tranquila cariño... todo va a salir bien. Cuéntenoslo todo.

—Es que no sé qué contaros... —digo abrazada fuertemente a él. Necesito un puerto al que amarrarme—. No sé ni cómo ha sido. Simplemente pasó.

—Las cosas no simplemente pasan —señala mi madre un poco nerviosa, cogiéndose las manos—. Algo hay que hacer para que eso suceda...

—Verónica, ¿qué crees tú que ha tenido que pasar? —le dirige una mirada muy convincente.

Mi madre no sabe cómo salir del embrollo. Sé que es un trauma para ella. Para mi padre no tanto.

—En fin... nos da igual con quién estés —anuncia mi padre acompañándome hasta el sofá—. Solo queremos que nos cuentes por qué lloras y qué ha pasado.

Mi madre camina detrás de nosotros como en una procesión.

Está igual de preocupada y afectada que mi padre, pero es más expresiva y tiene menos filtro que él.

—Voy a hacer cafés —dice—. Espera a que los traiga y no cuentes nada todavía —me señala con una advertencia.

Sí. Mejor. Los vamos a necesitar.

Les he contado todo. Todo. Absolutamente todo —sin entrar en detalles sexuales, obviamente— pero sí les he dicho cómo ha pasado y las veces que ella y yo nos hemos visto. No puedo ignorarlo. Mis sentimientos y mis sensaciones son las que son. Y no puedo ocultárselo a mis padres. Porque estoy hecha polvo y asustada y necesito su ayuda.

Mi madre me sujeta la mano y me va dando clonex, y mi padre Juanjo escucha cada una de mis palabras con atención.

Hasta que acabo.

—Me parece tan surrealista... —Mi madre me está llenando una taza de café, pero le digo que no me ponga más, o esta noche no dormiré—. Hace tres semanas estabas aquí llorando por lo mismo, pero por culpa de un chico. De tu novio de siempre —me recuerda. ¡Como si se me hubiese olvidado!—. Y ahora estás mucho peor que antes por culpa de ella, de una chica que conoces desde no hace ni un mes.

—No importa por quién está así —recalca él—. Lo único que importa es

que Kira lo está pasando mal. Cariño —me dice mirándome comprensivo, con su rostro afable y confiable—, ¿de qué tienes miedo exactamente? ¿De que hablen de ti los periodistas?

Yo niego con la cabeza.

—No. Eso me da igual. Además, no va a pasar porque Queen me ha asegurado que va a dejarles las cosas claras para que a mí me dejen en paz. Pero lo hace pensando que me va a molestar que ella no me dé visibilidad. Cuando es lo que menos me interesa. Se piensa que soy así de superficial después de todo —murmullo incrédula—. Lo que me asusta de verdad es estar tan mal por una persona que he conocido hace tres semanas. Sentirme así de ciega y enamorada. Mucho más profundamente de lo que lo estuve de Andreu o de cualquier otro chico con el que he estado. Eso me da terror. Porque no sé cómo asumir esta... —me toco el centro del pecho— herida. Me ha hecho mucho daño. Yo jamás la hubiera traicionado.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser? —pregunta mi madre.

—No. Pero los mismos periodistas le han dicho que he sido yo. No entiendo cómo le han podido decir esa mentira.

—Esto es como las novelas negras o las de Agatha Christie, de misterio —sugiere mi padre—. El periodista que haya soltado el primer rumor sobre ti para culpabilizarte, es el que tiene la respuesta sobre la identidad del verdadero soplón.

—Pero yo no quiero ni tengo medios para contactar con ellos —replico.

—Pues estaría bien que quisieras defenderte, Kira —Me reprende mi madre—. Y estaría bien poner a esa persona en la palestra y de paso enseñarle a la Reina que no siempre lleva razón. Alguien ha tenido que dar el chivatazo a los paparazzis. Queen va a cantar tu canción en Eurovisión, y hayas tenido lo que hayas tenido con ella, debería cantarla con respeto y amor, y no pensando lo que piensa de ti. Al final, todos transmitimos lo que sentimos con nuestras palabras.

Aquella reflexión tan profunda de mi madre me deja a cuadros.

—Pero es que me da igual darle lecciones —contesto—. Lo único que quiero es que sepa quién soy y que asuma que debería haber confiado en mí. Y quiero... quiero que... ¡este día empiece de nuevo! —arranco a llorar otra vez.

—Por favor, Kira... —musita mi madre acariciándome la espalda—. Sí que te ha dado fuerte. Además, llevas todo el kit. Ojos de panda y ropa de Nini

depresiva. Eres todo un cuadro, amor —apoya su mejilla en mi cabeza de manera maternal y protectora.

Mi madre es una mujer muy crítica con los suyos, muy sincera y que tiene su propia manera de pensar. Pero también tiene mucho sentido del humor, y en ocasiones como esta, tira de él para sacar hierro al asunto y arrancarme una sonrisa.

—Mamá —le regaño, aunque me divierte.

Porque es verdad.

Llevo mi ropa de chandal de ayer noche, mis deportivas blancas y una cazadora tejana. Para ella es ropa de Nini. Para mí es ropa de «me da igual repetir vestuario de estar por casa».

—Tranquila, nena —me susurra mi padre—. Todo se arreglará. La yaya no permitirá que tu canción sea un motivo para deprimirte. Es un tema para celebrar la vida y el amor, no para provocar lágrimas.

—Ojalá —le digo—. Eso es lo que peor me sabe. Que ella esté por medio.

—Ah, pero por eso no te preocupes —dice él—. La yaya siempre ha estado por medio.

—Mira, Juanjo. Si quieres hablamos de suegras... —le advierte mi madre.

Es que no lo pueden evitar. Siempre chinchándose. Y a mí me hacen gracia cuando se ponen así. De alguna manera, me recuerda que ellos siempre estarán para mí y para sacarme una risita, aunque esté empañada por mis lágrimas.

—Entonces... ¿ahora eres lesbiana? —me pregunta mi madre con todo su suave acero puntilloso. Sus ojos claros me analizan con diversión.

—Mama, me he enamorado de Queen. He conocido un montón de mujeres guapísimas e interesantes y nunca me han atraído ni he sentido nada por ellas. Esto solo me pasa con ella.

—A lo mejor eres bisexual —vaticina—. O pansexual de esos...

—Mama, lo sabría. Me habrían gustado antes, en algún momento, porque he tenido muchas oportunidades para que esto se despertara. Pero no es el caso. Y si lo fuera, lo diría sin problemas. Pero no es eso. Es... es la Abeja de los cojones. Eso es.

—Pues qué bien —se queda mirando el horizonte, perdida en sus elucubraciones. Y malo es cuando eso pasa.

—¿Es un problema para vosotros? —les pregunto.

—¿Problema? —Mi padre no entiende la pregunta—. Problema sería si fueras traficante, asesina, fascista... en fin, mala persona. Que ames, no

importa a quién ni cómo, nunca es un problema. Es una bendición. «El que no ama, no ha conocido a Dios: porque Dios es amor». Eso lo dice la Biblia de la que Queen tanto habla. No importa nada más que amarse, quererse y ser buenos los unos con los otros. Todo lo demás, cómo nos deseemos, cómo nos toquemos o cómo nos queramos, es solo relleno, Kira. Nada más importa que amar por encima de formas, colores o géneros.

Mi padre es creyente. Mi madre atea.

Pero me maravilla que él pueda hablar así. Es un ángel.

—Lo que no queremos es que ella te haga más daño. Así que tienes que encontrar el modo para salir de esto, nena —sugiere mi padre—. Tienes que demostrarle que no has sido tú y después que pase lo que tenga que pasar.

Niego con la cabeza.

—No puedo. No sé cómo llegar a ese mundo. Queen ya le habrá contado su versión a Loli y no tengo más medios. Creo que lo mejor que puedo hacer es esperar a que pase la semana y después de Eurovisión intentar... recomponerme.

—¿Vas a ir?

—Sí. Por supuesto —contesto—. Lo hago por la yaya y por mí.

—Me parece muy bien. Los Soler no somos cobardes —mi padre me apoya en todo.

—¿Qué necesitas que hagamos por ti? —pregunta mi madre.

—Nada —contesto apoyándome en las piernas de mi madre—. Me basta con que estéis.

Ellos se miran enternecidos por mi vulnerabilidad. No les quiero hacer sufrir, pero sé que de ahí saldré más fuerte.

—Cariño —susurra mi madre alzando los labios—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Estamos viviendo el colmo de un panadero: Tener una hija *pansexual*.

—Mama —oculto mi rostro muerta de risa—. ¿Festival del humor? No sé ni lo que significa realmente ser *pansexual*. Pero no lo soy. Soy solo Kira con el corazón roto por culpa de una mujer. Solo eso. Además, sois reposteros, antes que panaderos.

—Pues mira, mejor me lo pones —contesta peinándome con los dedos y guiñándole el ojo a mi padre—. Somos reposteros y tenemos una hija bollera. El colmo de los colmos.

—Mama, por Dios —ahogo una carcajada, al igual que mi padre.

En eso, aunque parezca mentira, mi madre es un hacha. Sabe cómo relativizar las cosas después de la alarma inicial. Ella necesita asumirlas, y cuando lo hace, es la mejor para enseñar a los demás a hacer lo mismo, a pesar de sus reservas.

Por eso la quiero. Por eso los amo.

Porque mis padres son los mejores.

Y es un orgullo tenerlos en mi vida.

Al anochecer, Ágata ha pasado a verme.

Está tan rabiosa y estupefacta como yo. Pero al menos ella no siente el dolor que yo siento. Le duele por verme así y porque a una amiga de verdad le hace daño ver a su amiga mal.

Sin embargo, no está mucho mejor que yo. Por culpa de Bert. Y lo veo en sus ojos verdes. No hace falta que me lo cuente.

No obstante, como es tan buena amiga, antes de que empecemos a hablar de ella, pone mil oídos a mis lamentos e intenta darme un millón de soluciones a mi problema. Ninguno es válido.

No vale ni partirle las piernas a Queen ni cambiarle el champú por crema de depilar ni azotar al periodista o a los periodistas mentirosos. Ni tampoco escupirle chicles a la melena de Queen ni cambiarle la comida de la nevera por barras hiperproteicas a lo *Mean Girls*. Nada de eso sirve.

Lo único que puede hacer es sentarse a mi lado y mirar de manera triste cómo toco las teclas del piano. No menciona ni mi campana de hoy ni nada, porque cuando hay que cubrir a una amiga se la cubre y punto. Y yo lo he hecho por ella muchas veces. Así que no dudo que ella lo haya hecho hoy por mí.

—Siento mucho que estés así. Pero es pecado que te lancen un paquete de donuts y cruasanes a la cara. Yo me la hubiera cargado solo por eso.

La miro de reojo y me sonrío. Estoy abatida. Pero sigo viva. Y saldré de esto. Seguro. Aunque me cueste mucho más que cualquier cosa que haya intentado superar en mi vida.

—Están en el armario. No los he querido desaprovechar.

—Esa comida está gafada —murmura—. Es ideal para mí y mi ineptitud para reconocer que siento cosas más allá del sexo. Así que iré a zampármela

ahora mismo. Por cierto —dice abriendo los ojos mucho—. ¿Tienes tus cámaras de casa activadas las veinticuatro horas del día?

—Sí. Por qué.

—Porque ese momento y otros más intensos deben estar grabados en la tarjeta de memoria. Podrías verte follando con Queen desde tu móvil y hacerle chantaje con eso.

Yo frunzo el ceño con horror.

—Joder, Ágata... solo a ti se te ocurren estas cosas. Eres maquiavélica. No pienso ver ni hacer nada de eso. Además, la cámara solo graba el salón. No el estudio superior ni las habitaciones. No hay ninguna película porno. Lo siento por ti.

—Oh, una pena entonces —continúa de broma.

—Hablando de porno y de todo un poco... ¿Cómo estás con Bert? ¿Has conseguido hablar con él después del sábado?

—No —musita en voz muy baja—. Y es una mierda. Porque... a mí él me gusta. O sea, me gusta de gustar... ¿comprendes? Pero nunca me he apasionado así por nadie.

—¿Apasionado? —qué expresión más potente.

—¡Sí! No me mires así —contesta riendo—. Soy una chica dura pero tengo mi corazoncito. Y Bert es una apisonadora. Si él quiere algo conmigo me lanza las mismas señales contradictorias que yo le lanzo, por tanto, no nos enteramos ninguno de los dos. Y en esas estamos —se encoge de hombros—. Hablando lenguajes distintos. Solo nos entendemos en la cama. La vida es así de dura. Pero lo mío es por mi culpa, por mi incapacidad para comunicarme emocionalmente. Lo tuyo en cambio es por culpa de otros —me recuerda— y eso no está bien.

—Ya. Pero no puedo hacer nada para demostrarle a Queen que no he sido yo. Debería crearme por sí misma. Y no lo hace.

Ágata me mira fijamente y chasquea con la lengua.

—Yo no he criado a una mojigata.

—¿A qué te refieres?

—A que no dejes que te jodan, Kira. Estás cediendo en cosas que no quieres ceder. Queen podrá pensar de ti lo que le dé la gana, pero hay algo en lo que tú mandas. Y no vas a permitir que su ex barra quierasersunoviaotravez, cante con ella esa canción. Ni hablar. Ni siquiera de corista.

—Me dijo que no podía compararme con Barbie porque yo era mucho peor

—rememoro abriendo la misma herida una y otra vez—. ¿Te lo puedes creer? Se ve a leguas que esa pelirroja es pura ambición y envidia. Y se atreve a decirme que yo... —se me rompe la voz de nuevo.

—Eh —me levanta la barbilla y me obliga a mirarla—. No quiero que llores más.

—Es que no sé qué hacer... —soy La Pucheros.

—Yo te diré lo que tienes que hacer. Vas a hablar con Andreu y le vas a pedir que negocie con Loli para que sea solo Queen quien suba al escenario. Porque él es tu agente y tiene que pelear por tus derechos. No van a mangonearte ni van a pasarte su idilio por la cara. Me niego. Y vamos a hacer otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Esta semana iremos a comprarte un vestidazo para el sábado. Porque tú tienes que brillar y ella tiene que darse de cabezazos por haberte tratado así.

Me sonrió lamentando mi deplorable estado pero agradecida por todo lo bueno que tengo en mi vida. Como ella.

—Gati... —apoyo mi cabeza en su hombro.

—¿Qué, cari?

—Te quiero. No sé qué haría sin ti...

Ella sonrío y saca pecho.

—Estarías muy perdida, querida —me rodea con un brazo—. No te preocupes, Kira. Todo pasa. El tiempo pone todo en su lugar. Y cada Abeja vive en su colmena, no se mete en la ajena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Básicamente, que dejen de tocarte las narices. O me voy a enfadar.

Tener a Ágata en mi vida es un seguro de vida y un seguro de hogar.

Ella siempre me mantiene a salvo. Pero no es distinto de lo que soy yo para ella.

Ambas nos protegemos y nos cuidamos.

Porque en el abejar, no todo es melar. También hay hieles que se superan mejor en compañía.

Capítulo 12

La semana es una mierda. Es diarrea. El martes ya fui a trabajar y en los pasillos y en el aula de profesores solo se oye mi canción y solo se habla de lo emocionante que va a ser todo el sábado. Están hablando de abrir el patio del colegio, poner una pantalla grande y ver el festival ahí mismo con alumnos y demás.

Soy una especie de fenómeno mediático para ellos. Se hacen fotos conmigo, y me aplauden cada vez que entro en una clase. Si supieran lo apagado que está mi espíritu, en vez de aplaudirme me harían la señal de la cruz.

Pero nadie sabe de mi historia. En la tele solo se habla de la complicidad que vuelven a tener Barbie y Queen y de que, con total seguridad, Barbie cantará con ella en el escenario. Cómo me repatea todo lo que veo y leo. En todos los *blogs*, en las redes y en las revistas *online* solo se habla de eso. Seguramente, Queen piense que la única persona de la que se puede fiar es Barbie. A lo mejor hasta quiere acercarse de nuevo a ella. Y eso es como cianuro para mi sistema. Me da igual si acaban juntas —bueno, eso es mentira—, pero yo tengo algo que decir.

Voy a usar mi as.

He quedado con Andreu en una cafetería cerca de mi casa. De hecho, aquí estoy ahora. Son las seis de la tarde y estoy sentada en una mesa pegada a la ventana.

Lo veo llegar por la calle.

Siempre me parecerá súper guapo. Él me sonrío y alza la mano saludándome desde fuera.

En un suspiro lo tengo sentado delante de mí, con una sonrisa esperanzada. Se pasa la mano por el pelo, se quita la chupa y se arregla los puños de la camisa blanca. Y luego deja caer esa mirada verde sobre mí.

—Me ha alegrado mucho tu llamada, Kira. Tenía ganas de hablar contigo.

—¿No se enfada Melanie porque hayas quedado conmigo? —le dejó caer.

—Lo nuestro no es serio. Tú siempre irás por delante de todas, Kira —me confiesa con sinceridad—. Ya te lo dije. Eres importante para mí. Tal vez ya no esté enamorado, pero nunca dejaré de quererte.

Que me hable así me hace sentir incómoda.

—Tal vez haya sido un novio pésimo.

—En la manera de dejarme sí. Y la jugarreta de la canción fue de juzgado de guardia.

Él agacha la mirada y asume su culpa.

—Sí, tienes razón. Creí que hacía algo bueno para ti.

—Y para ti —le recuerdo.

—Sí, también. Pero puedo ser el amigo que necesitas. El mejor de todos. Porque eso es lo que quiero para nosotros.

Podría creérmelo. Y sé qué dice la verdad. Si dejo a un lado la decepción y la rabia que he sentido hacia él estos días, solo me quedan buenos recuerdos. Buenos momentos, mucha risa y mucha complicidad.

El fallo de Andreu que yo no supe ver era que su ambición y sus ganas por avanzar en la vida estaban delante de todo en su escala de valores. Además, lo que sentía por él, que en su momento me pareció inigualable, se queda en agua de borrajas comparado con lo que siento por Queen. Y eso también quiere decir algo.

—Quiero darte una oportunidad de demostrarme que estás de mi lado y que vas a pelear por mí y por mis intereses y no solo como cliente. Como amiga —le recalco tomando mi taza de café con leche.

Él asiente muy concentrado en lo que le digo.

—No la voy a desaprovechar. Dime qué quieres que haga.

—Tú vendiste los derechos de mi canción —le explico—. Y quiero saber si el contrato decía que esa canción iba a ser interpretada por Queen o si además de ella se aceptaba un co-intérprete. Sé que lo que negociaste no lo ha negociado nadie.

Andreu mira mi taza y piensa sobre ello.

—¿De qué va esto? ¿Es porque Barbie y Queen la van a cantar juntas?

—Sí. Sin paños calientes, no quiero que Barbie la cante.

Andreu arruga la frente. Pero hay algo en sus ojos que me dice que sabe por dónde voy.

—No quieres que Barbie esté al lado de Queen.

—No. No lo quiero.

Andreu mueve la cabeza afirmativamente y hace un mohín con los labios.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Si no es indiscreta...

—No lo es. ¿Pasa algo entre tú y Queen?

Mierda. Menos mal que le he dicho que no tiene que ser indiscreta.

Me pongo nerviosa y el calor me sube a las mejillas.

Él sonríe y oscila las pestañas.

—No te pongas nerviosa conmigo. Soy yo.

—No es asunto tuyo.

—No lo es. Es verdad. Pero quiero que estés bien. A ti nunca te han gustado las chicas —señala como si tuviera la verdad más universal en su poder—. Pero Queen parecía un perro a tu alrededor. Marcaba territorio y tú te dejabas.

—No quiero hablar de esto contigo, en serio.

—No voy a decir nada. Esto es algo tuyo, Kira. A nadie le importa lo que hagas en tu vida privada ni con quién lo hagas —se humedece los labios—. Yo solo espero que pase lo que pase te trate bien. Y que tú no hagas nada de lo que te arrepientas después. Aunque sé que eres de las que nunca se arrepiente —sus labios se curvan hacia arriba.

—Estás dando por hecho muchas cosas.

—A mí no me tienes que engañar. Yo no te juzgo. Solo digo lo que veo. Puedo estar equivocado, pero te conozco muy bien y sé que no lo estoy. Algo pasa entre vosotras —mastica el caramelo que lleva en la boca y me guiña un ojo.

—Bueno no te he traído aquí para hablar de mí ni de Queen. Quiero que actives tus poderes de agente y que anules cualquier colaboración de Barbie en el tema de Eurovisión. Así de claro.

Andreu le pide al camarero que le traiga un cortado.

—Si lo hago... ¿te tomarás mi acción como un acto de buena fe? ¿Podremos retomar nuestra amistad, Kira? —se ahoga con su voz—. Te echo de menos. Echo de menos hablar contigo.

Es tan sincero cuando quiere... Le brillan los ojos y me da la sensación de que está emocionado. Sí. Me echa de menos de verdad. Y poco me importa ya si es como novia o como mujer. No puede ser tan complicado ser amigos porque siempre lo fuimos durante nuestra relación. Solo hay que asumir que lo nuestro se acabó. Punto y final.

Yo lo tengo claro. Y él también.

—Si me ayudas, me lo tomaré como un gesto positivo hacia mí. Y retomaremos nuestra amistad poquito a poco. ¿Te parece? Pero antes, dime que vas a hacer cumplir mi reclamo.

Andreu se seca la comisura del ojo con un dedo, me coge de la mano y me contesta:

—Por tu amistad haré lo que haga falta. Cuenta con ello. Hoy mismo les comunicaré nuestro parecer. Hay un par de cláusulas que han incumplido al involucrar a otra artista más en la canción. Les pondremos entre la espada y la pared. Déjame a mí.

—Vale.

Andreu siempre fue un *crack* en las negociaciones. No dudo que va a solucionar todo.

Sin saberlo, él me ha dado algo por lo que sonreír esta semana. Ha sido la única buena noticia desde el lunes.

—Gracias —le digo acariciando el dorso de su mano con mi pulgar.

—De nada —su rostro se tiñe de dulzura al mirarme—. Tengo las llaves de tu casa todavía en mi llavero. ¿Quieres que te las devuelva?

Yo me lo pienso bien y al final contesto:

—No. Quédatelas. Siempre va bien que alguien de confianza tenga unas copias. Por si las moscas.

No hay pasión. No hay amor.

Solo cariño.

El cariño que siempre nos procesamos como amigos que éramos.

Si es de verdad, eso siempre perdura.

Me siento bien después de hablar con Andreu. Es bueno no sentir odio y saber perdonar. El rencor y el resentimiento son poco productivos. Y tampoco me sentía mejor haciéndole el vacío o siendo indiferente hacia él. Por eso creo que he tomado la mejor decisión.

Además, él me va a ayudar y me ha dicho que entre hoy y mañana Neón Music se verá obligado a mandar un comunicado oficial a la prensa anulando cualquier participación de Barbie en la canción. Ni como corista, vamos. Otra cosa es que se usen a coristas profesionales. Pero ella, siendo una figura pública y una cantante conocida no puede salir al lado de Queen. Según

Andreu, deberían pagarnos mucha pasta de ser así. Y desconozco por qué, porque es él quien tiene formación como agente, yo no. Pero me vale que esté dispuesto a renunciar a mucho dinero por mí y mi bienestar. Lo agradezco.

Llego a casa pensando en que me falta un vestido y también las ganas de ir al festival. Pero debo hacerlo. Con Ágata he quedado en ir mañana a comprarlo. Hemos visto uno espectacular de color morado con brillantitos y transparencias, muy caro y un tanto atrevido. Pero estoy pensando en que si Queen me va a ver, tiene que quedarse de piedra con mi modelito.

Una vez dentro de casa, cuelgo mi chaqueta tejana en la percha de la entrada, y justo cuando me dirijo a la cocina para llenarme un vaso de agua, timbran directamente a la puerta.

Voy a abrir y me encuentro con un repartidor de DHL que viene con un carro. Lleva una caja enorme. Una muy grande.

Frunzo el ceño.

—¿Kira Soler?

—Sí.

—Este paquete es para ti. Cuidado que pesa mucho. Dónde te lo dejo.

—Aquí en la entrada —contesto sin saber qué es—. ¿Quién te ha abierto?

—Una chica que había abajo mirando los buzones.

Joder con los vecinos. Controlamos mucho quién entra y quién no entra. Pero mi edificio últimamente parece el metro. Ya me disculpé por lo de Queen y los periodistas... pero antes, también se colaban con facilidad.

El repartidor procede con profesionalidad. Le firmo la recepción del paquete y se va una vez deja la caja en su lugar. Y yo me la quedo mirando unos segundos hasta que, por una etiqueta del remitente, descubro lo que creo que es. Pero sigo en trance. Así que voy a buscar rápidamente unas tijeras o un cuchillo para abrirla.

Entonces, vuelven a picar al timbre. Seguramente el repartidor se ha dejado algo que yo no veo.

Y cuando vuelvo a abrir la puerta blanca de mi casa, me encuentro a una chica morena que me suena muchísimo, pero no sé dónde la he visto antes. Joder, sí. Me entrevistó en la cena de Neón. ¿Qué coño hace en mi casa?

Lleva una camiseta de manga corta blanca con unas tijeras impresas en el pecho. Unos tejanos negros y ajustados y unas Converse bajitas de tela del mismo color.

Pero nada me llama más la atención como lo que sujeta en una de sus

manos. Es una pistola. ¡Una jodida pistola!

Voy a gritar, pero la chica me da un empujón y entra conmigo en mi propia casa.

Su expresión está teñida por la enajenación y una locura fría y cuidada.

—¿Qué quieres? —le pregunto trastabillando hasta caer sobre la alfombra del salón—. ¡Pokémon! ¡Pokémon! —grito con todas mis fuerzas.

Ella me mira estupefacta. No sabe porqué grito eso, y me parece bien.

—¿Te pones nerviosa y dices estupideces? —espeta—. ¿Eres de esas?

Lo hago por un motivo de peso. La cámara de mi casa, en caso de atraco o robo, llama directamente a un teléfono vinculado con el sistema de seguridad. Ese teléfono recibe una alerta que solo se activa con una palabra clave: Pokémon. Ese teléfono vinculado es todavía el de Andreu.

Espero que lo vea y que venga corriendo a casa.

—Te daré lo que quieras, llévatelo —le pido levantando las manos indefensa.

—No quiero nada, estúpida. Solo quiero mirarte de cerca —sonríe sin alma en el gesto y camina a mi alrededor acariciándome la cabeza con el cañón de la pistola. Parece de plástico. Pero como no tengo ni idea sobre armas no sé si lo es.

Me encojo por la impresión. El corazón me va aceleradísimo en el pecho. Y tengo hasta ganas de orinar por culpa del miedo. Así que me quedo sentada en el suelo y me hago un ovillo. No entiendo nada. No sé por qué me sucede esto.

Y entonces miro sus ojos oscuros de nuevo. Son negros como el betún. Y sé dónde los he visto más. A ella la he visto otra vez después de la cena de Neón también, no tengo ninguna duda. Concretamente, los vi en la motorista que pasó por encima de la acera y casi nos atropella. Nunca se me olvidaría su mirada. Estoy segura de que es la misma persona.

—Tú eres la de la moto —le digo—. La que por poco pasas por encima nuestro el domingo.

Ella ni siquiera lo disimula. Se queda parada unos segundos pero después se encoge de hombros. Está nerviosa. Se rasca la cabeza y mira a todos lados sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto con voz temblorosa.

—Solo quiero darle su merecido.

—¿A quién?

—A Queen. Pero todas las veces que lo he intentado, estabas tú de por medio. Así que he decidido venir a la raíz directamente. Primero te doy un susto, tú dejas de joder la marrana y yo me centro en lo mío.

—¿A Queen? —me está costando entenderla—. ¿Qué tienes con Queen?

—La odio. Porque ella está haciendo infeliz a mi querida Barbie. Y porque es Barbie quien debe triunfar y no ella —habla muy deprisa.

Sacudo la cabeza sin comprender. Tengo que sacarle toda la información que pueda. Parece muy desorientada y nada inteligente, pero si ya ha preparado otros ataques fallidos, estamos hablando de alguien con poco miedo a cometer locuras. Y estas personas son, sin duda, las más peligrosas.

—¿Barbie? No comprendo nada...

—Barbie siempre debió ser para mí. Yo fui la creadora de su club de fans oficial, ¿sabes? Sé cuánto talento tiene. Conozco muchas cosas sobre ella. Y siempre he trabajado para complacerla y para hacerla feliz. Yo la haría feliz. Queen no —se reivindicaba ante mí con ojos de tarada—. Queen no supo darle lo que ella necesitaba... —rodea la mesita de centro que hay delante del sofá—. La dejaba de lado constantemente.

—¿A qué te refieres?

—¿Y a ti qué te importa?

La miro como si tuviera cuernos.

—Te estoy escuchando y tú estás hablando conmigo —contesto con evidencia—. Cuéntamelo todo, al menos si me va a pasar algo quiero saber por qué razón me vas a hacer daño.

—Yo tengo una misión —contesta la pirada—. Debo hacer feliz a Barbie. Y siempre lo he hecho. Queen quería mantenerla en secreto, pero entre Barbie y yo nos aseguramos de que eso no sucediera. Ella me llamaba para decirme dónde estaban, y como soy periodista y tengo un blog de cotilleos sobre la Reina Barbie...

—¿Tú eres la de la Reina Barbie? —yo he leído entradas de ese blog con fotos muy especiales en las que me he visto involucrada. Como en el atraco de Portaferri. Entonces, palidezco—. Un momento... fuiste la primera en colgar la foto del atraco, ¿verdad? ¿Nos seguías?

—Necesitaba alguna exclusiva para reventar el blog a visitas. Pensaba que Queen iba a resultar herida. Pagué a dos chavales chungos de la calle para que os asustaran, pero no salió bien. Porque ellos salieron malparados. Sin

embargo, Queen te besó y eso sí lo pude fotografiar. Pensé que eso le quitaría la obsesión a Barbie sobre Queen, pero en vez de eso, se enrabió más.

—Pero... ¿Cómo sabías dónde estábamos?

—Por Barbie, tonta —contesta sin más—. Barbie y yo hablamos todos los días ¿sabes? —me mira con cara de soñadora—. Ella habla mucho con Queen y la tonta de la Reina se lo cuenta todo —se ríe de eso—. Gracias a eso sabía dónde estabais en todo momento. Queen le dijo que estaba hospedada en un lugar cerca de l' Antic Cafè. Me hubiera gustado ir sola, pero incluso a los que son periodistas como yo les siguen los colegas de profesión. Así que al final vino toda la tropa de paparazzis. Pero el lugar en el que se hospedaba Queen era todo un misterio. Aún no sabemos dónde es, pero eso es lo de menos. En fin... lo de ellas no tiene futuro. Barbie y yo, en cambio, estamos hechas la una para la otra, pero con Queen de por medio Barb no se da cuenta. Así que he decidido solucionarlo.

—¿Me estás diciendo que Barbie te ha ido dando todos los chivatazos para que tú sacaras exclusivas sobre Queen?

—Sí. Casi siempre eran sobre ella y Queen, para ponerla en el candelero y que Queen dejase de llevarse todo el protagonismo que le quita a Barbie, claro.

Es de locos. Es terrorífico. Me sabe muy mal por Queen. Porque ella confiaba en la amistad de Barbie y no tiene ni idea del grado de traición y manipulación que es capaz de manejar la del pelo naranja.

—Claro... —murmuro—. Entonces, solo para que me quede claro —me frote la cara con incredulidad—. Tú estás detrás del atraco, de las fotos y el acoso a Queen, del intento de atropello del otro día...

—Sí —sonríe de oreja a oreja—. Os seguí con la moto. Esta vez no os íbais a escapar. Barbie me dijo dónde viven tus padres, porque se lo dijo Queen, así que fui hasta allí, os esperé y os vi salir...

—Como te acerques a mis padres —le digo entre dientes y con cara de asesina—, te reviento.

Ella silba y me retira el pelo de la cara con el cañón de la pistola.

—No me das miedo.

—Pobre Queen —digo para mí misma—. Siempre la persiguen sociópatas... No tuvo suficiente con Van Tassel y ahora le pisa los talones otra que...

—Yo soy Van Tassel —contesta orgullosa de ello—. Pero la policía me

bloqueó.

Hostia puta. Qué fuerte.

—¿Tú eres su acosadora? Suele pasar que la policía entra en escena cuando amenazas de muerte a una persona.

—Es una cagada —se sienta en el sofá y me apunta con la pistola de nuevo—. Queen es una cagada.

—No sé lo que pensará cuando se entere de que su máxima enemiga es la mejor amiga de Barbie y la presidenta de su Club de Fans.

—No pensará nada porque nunca se enterará. Tú no sé lo dirás. O un día de estos —me señala el hombro con la pistola—. ¡Pum!

—Dudo que estés tan loca como para disparar a alguien.

Ella arquea las cejas negras. Me apunta al hombro y va y... ¡dispara!

La bala me roza, pero la quemazón es igual de dolorosa. Me ha quemado la piel.

Y entonces descubro que no es una pistola de verdad. Es de perdigones. Debí suponer que no tenía permiso de armas y que con lo desequilibrada que está tenía que venir con algo parecido. Los perdigones, igualmente, pueden matar. Y me ha quedado claro que no puedo provocarla.

Así que me incorporo apretando los dientes por el dolor y la miro enfurecida.

—¿Barbie es consciente de la persecución a la que tienes sometida a Queen? ¿Sabe que eres capaz de emplear violencia para conseguir tus propósitos?

—No del todo. No le cuento estas cosas a Barbie —se excusa acomodándose en el sofá como un marajá—. Ella está contenta si mantengo mi blog bien informado sobre ellas dos, y siempre que esté donde se me necesite para fotografiarlas.

—Es igualmente asqueroso —dejo claro. Entonces sonrío al atar definitivamente todos los cabos—. Eres tú la que has ido diciendo a los periodistas que el chivatazo sobre dónde pasó la noche del domingo Queen lo he dado yo, ¿verdad?

Ella entrecierra sus ojos negros con tranquilidad.

—No exactamente. Barbie me dijo que corriera la voz en tu nombre porque sabía perfectamente que Queen no te iba a perdonar si creía que la estabas traicionando. Y aunque no quería hacerlo porque pensaba que eso arrastraría a

la Reina Abeja a los brazos de Barbie de nuevo, lo primordial para mí es que mi Barbie esté contenta. Y así ha sido. Queen no quiere ni verte.

—Y sin embargo, Queen no tiene ni idea de que tiene a Judas con ella.

—Bah... Barbie no es mala. Solo es caprichosa y enamoradiza. Y no le gusta que la ignoren. Yo sabría perfectamente cómo hacerla feliz.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

Así que Barbie conoce los sentimientos de la psicópata en serie que me está intentando joder en mi propia casa.

—¿Y qué te dijo? ¿Te rechazó?

—No. Ni mucho menos. Dice que algún día podremos estar juntas — contesta con mucha satisfacción.

—Así que te tiene contenta para que sigas mostrándole pleitesía y trabajando para ella...

—¡Eso no es verdad! —se levanta del sofá hecha una furia y moviendo la pistola con la mano muy inestable—. Ella me quiere a su manera. Y yo la puedo hacer feliz.

—Eso ya lo has dicho. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Ya te lo he dicho —se agacha para mirarme a los ojos—. Quiero que dejes de meterte en medio de Queen y de mí, y que me dejes acabar lo que empiezo.

—Tienes muy poca originalidad en tus planes. ¿Lo sabes?

—Te lo advierto... —apoya el cañón entre mis cejas. Presionando para que sienta su amenaza—. Deja de interceder. Hace mucho que crucé los límites y ya no me importa lo que tengo que hacer para cumplir mis objetivos.

Este es, sin duda, el momento más *hardcore* y más terrible de mi vida. Y también el más surrealista.

—No te preocupes. No voy a hacer nada con Queen. Lo que le pase me trae sin cuidado —miento—. Así que haz lo que te venga en gana con ella. Yo no pienso seguirla a ningún lado —le digo para tranquilizarla.

Ella se muestra abrumada por mi respuesta.

—Bien. Buena chica.

—¿Qué harás, Van Tassel? —La llamo por su nombre de acosadora—. ¿Qué tienes planeado hacerle a Queen?

—Oh... —se encoge de hombros—. Siempre suceden accidentes. Aprovecharé un día en los que Barbie me pase sus ubicaciones para cortarle

los frenos del coche, atropellarla sin querer y darme a la fuga... meterle algo en alguna bebida... o —se ríe sin más—. Atracarla. Pero esta vez no estarás tú para evitarlo, ¿eh, bonita? Porque a ti no te puede ni ver ahora.

—Que te den por culo.

—Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Vas a dejar de entrometerte? Ya ves que no tengo ningún problema en entrar en casas ajenas y amenazar. A lo mejor, en un futuro, les haga una visita a tus padres...

—¡Eres una cabrona! —Me voy a levantar y a cogerla por sorpresa.

En ese preciso momento la puerta de casa se abre, y aparece Andreu con una caja en mano que le priva cualquier visibilidad.

—¡Ya estoy en casa, cariño! —exclama.

—¿Qué coño? —grita Tassel desubicada.

Tras él aparecen dos policías que en cuanto ven el percal, proceden con celeridad y apuntan a la psicópata con sus armas.

—¡Tira el arma! —le advierten..

Ella lo hace al momento. Se queda pálida, tan malota y chungueta como parecía hacía unos segundos y ahora es solo una cría asustada.

—¡Al suelo! —le ordenan.

Lo veo todo como si estuviera en un lugar muy lejano. Desconectada. Desvinculada.

El momento en que ella se tira al suelo boca abajo y pide clemencia.

El instante en que viene Andreu corriendo y me abraza fuerte, arrodillándose conmigo en el suelo.

Pienso en lo fácil que hubiera sido para esa loca disparar a la cabeza o a uno de mis ojos... o hacer cualquier cosa terrible.

Los dos policías reducen a Van Tassel y mientras Andreu sigue abrazándome y revisa la herida de mi hombro, yo solo pienso en lo vital. Lo esencial.

Y Andreu también.

—¿Cómo has encontrado a estos policías? —pregunto con la voz ronca.

—Ha sido pura casualidad. Estaban patrullando por la rambla en sus motos. Los he detenido y les he pedido que me acompañaran. Que creía que había recibido una señal de auxilio. Hemos venido todo lo rápido que hemos podido.

Lo que importa es que han llegado a tiempo. Andreu se felicita por haberme dado la idea de las cámaras y también por no haberme devuelto las llaves. Eso ha sido un elemento sorpresa con lo que mi agresora no contaba. Se pensaba que vivía sola.

Celebro ese punto a mi favor, pero no estoy en disposición de hacer nada más. Sigo bloqueada. Por eso dejo que él se ocupe, porque la adrenalina y el shock están haciendo que el cuerpo me tiemble y que los dientes me castañeteen.

Van Tassel no puede hablar. Tiene una rodilla de uno de los policías entre los omóplatos y la están esposando.

—No digas nada sobre la grabación de las cámaras —me susurra Andreu—. Deja que los agentes se la lleven y la metan en el calabozo.

—Pero...

Andreu acerca su mejilla a mi oído y me dice en voz baja.

—Te he prometido que iba a cuidar de ti y que no te iba a decepcionar. ¿Confías en mí?

—Sí —contesto.

—Bien. Voy a hacer lo mejor para ti. No lo dudes.

Ahora mismo no puedo meterme en su cabeza y no sé lo que piensa. Pero él siempre fue un hombre muy competente y muy inteligente. Esperaré a que se me pase el susto para escucharlo bien.

Ahora lo único que puede hacer es mirar cómo se llevan esposada a la loca de mi casa.

Hay mucho que celebrar.

Porque sigo viva.

Deprimida. Asustada. Pero viva.

Capítulo 13

Dos días después

Viernes. Avión de camino a Ámsterdam

No os lo he dicho. Abrí la caja que me enviaron. Era un cocodrilo del artista alemán que tanto me gusta. Uno inmenso casi a tamaño natural. Justo el que quería. Y ¿adivináis de quién es? Sí. Es un regalo de Queen.

Me encanta. Me vuelve loca.

Ella sabía que quería ese y se me adelantó, porque es verdad que es muy detallista y que le encanta hacer regalos a las personas que quiere, ya me lo dijo.

Pero yo no quiero nada de ella. Porque esto me lo cogió antes de que se fuera de mi casa hecha un obelisco y me lanzara el paquete de bollería a la cara. Así que con todo el dolor de mi corazón, lo devolví. Pero no quisieron aceptar la devolución, así que no sé qué hacer con él. Tal vez lo venda. Ya me compraré yo lo que quiera.

Por otro lado, han pasado dos días desde lo de Van Tassel y bueno, la vida sigue. Hubiese sido una locura contarles a mis padres lo que me había pasado. No quise preocuparles en exceso, así que no les he dicho nada.

Mis tres únicos confidentes de lo sucedido son Ágata, Bert y Andreu, por supuesto.

He pasado dos noches un poco agitada y nerviosa debido a la irrupción de esa desconocida violenta en mi hogar. Ágata se ha quedado a dormir conmigo las dos noches, y me he tomado un par de dormidinas. No me quiero tomar nada más fuerte porque quiero que el miedo se me vaya pasando con el tiempo y no depender de pastillas.

Andreu me ha ayudado mucho para sobrellevarlo todo. Y me ha ofrecido un salvoconducto.

Y, efectivamente, ahora que sé que es me he dado cuenta de que era la mejor opción para mí. Además, gracias a eso me está dando la oportunidad de quedar ante Queen como la verdadera y única Reina. Y después de tanta miseria, no sabéis cuánto necesito ganar alguna batalla.

Estamos viajando a Ámsterdam él y yo juntos. Como siempre hacíamos antes. No hay incomodidad, no hay desdén... solo la tranquilidad y la relajación que puede haber entre dos buenos amigos.

En pocos días me ha demostrado que estará siempre que yo le necesite. Porque me quiere de verdad. No me ama. Pero me quiere. Y ese querer es, seguramente, más duradero que cualquier amor.

Lo miro y sonrío agradecida.

—Gracias por conseguir que en pocas horas Neón anulara públicamente la participación de Barbie. Fue un puntazo ver a Loli por televisión leyendo el comunicado. Las redes echan humo, porque ven a Barbie y a Queen como una pareja... pero yo aplaudo con las orejas —sí. Andreu se remangó y decidió poner su privilegiado cerebro en marcha. Barbie está fuera de Eurovisión. Ahora me toca a mí ponerla fuera de juego de verdad. Pero eso será cuando llegue a Ámsterdam—. Y gracias por haber pensado mucho más rápido que yo. Con lo del vídeo, con lo del arresto de Georgia... —así se llama Van Tassel en realidad—. Te has portado —lo felicito.

Él me mira y dibuja una mueca de esas que le quita hierro al asunto, aunque le encante escuchar todos esos cumplidos.

—No tienes que agradecerme nada. Tú no mereces que te salpique ningún escándalo. Es lo que habría pasado de haber filtrado esta historia y de que hubiese sido un caso mediático. Si te das a conocer, Kira, tiene que ser por tu música. Porque tú eres música. No tienen que conocerte por ser el ligue de ninguna Reina ni la cabeza de turco de ninguna Barbie envidiosa o de una periodista loca. Si alguien tiene que facilitar esta historia a los demás y sacarla a la luz, en todo caso, debe ser Queen. Tú no. Tú estás por encima. Le vas a demostrar que por muy mala que haya sido contigo, vas a tener la deferencia de echarle un cable. Es ella la que ha estado rodeada de gente tóxica. Que se las apañe.

Andreu habla de Queen con un poco de enojo. Me ha reconocido que es porque, por un lado, hay una parte de territorialidad que no le gusta que sea pisada por otros. Pero por otro lado se siente así porque sabe que me ha hecho daño. Y no lo soporta.

—Ella pensaba así de ti —le explico.

—Bueno, en parte tenía razón. Pero yo nunca te hubiese creído capaz de cometer ningún chivatazo ni de comportarte así. Ella sí.

Me encojo de hombros y miro las nubes a través de la ventana.

—¿Vendrá Ágata mañana? —me pregunta.

—Le extendí la invitación, pero no aceptó porque dice que Bert le pidió ayuda para preparar el evento Eurovisivo en Pecadores. No sé, ellos sabrán... —espero que esa reunión sea fructífera para ambos y dejen de marear la perdiz.

—¿Y tu primo?

—Mi primo Ricky sí vendrá. Estará entre el público, ondeando la bandera de España y la gay cuando cante Queen. Él es muy fan de Eurovisión. Así que te lo puedes imaginar... está con todo el *hype* en lo alto.

Andreu se echa a reír y la azafata nos trae dos copas de champán.

—Señores —dice la joven—. Cortesía de Neón Music.

—Oh —murmuro.

Andreu toma las dos copas y me da una a mí.

—Tenemos que brindar —sugiere.

—¿Por qué? ¿Por el éxito? ¿Por Eurovisión?

Él me mira con ternura y niega vehementemente.

—No. Brindemos por los amigos de verdad. Por cumplir nuestros sueños. Por vivir aventuras. Y por mostrarnos ante el mundo tal cual somos. Por no tener miedo a arriesgarse. Por ser quien uno es —choca su copa con la mía.

—Vaya... ¿eso te lo está enseñando uno de los libros que estás leyendo?

—No —contesta con expresión apreciativa—. Esto me lo estás enseñando tú, Kira. Gracias.

Bah. Creo que estoy hipersensible porque tengo que retirar el rostro para que él no me vea llorar.

Aunque ambos sabemos que es justo lo que estoy haciendo.

Ámsterdam va a ser una prueba de fuego. Y tengo que pasarla con nota o, al menos, mantener la cabeza en alto.

Porque no tengo nada de lo que avergonzarme. Me he enamorado. Y he salido perdiendo.

Pero tengo la ocasión de redimirme y de recuperar mi dignidad y mis valores a ojos de quién más necesito que reconozca que se ha equivocado, aunque otras hayan querido enterrar mi buena voluntad.

Ámsterdam

Hotel Sofitel Legend The Grand Ámsterdam

Fue un antiguo convento, un Almirantazgo, una residencia real... y ahora es un hotel de cinco estrellas entre los canales principales de la ciudad de Ámsterdam.

El lujoso palacio icónico recuerda a tiempos pasados de la aristocracia francesa.

La arquitectura es realmente asombrosa. Tengo la sensación de que en su interior no pasa el tiempo.

La habitación en la que me hospedo es distinta a la de Andreu, pero ambos recibimos un tratamiento exquisito en cuanto llegamos a recepción. Nos han venido a buscar al aeropuerto como si fuéramos importantes y todo.

Mi idea siempre fue venir el mismo día del festival. Pero los sucesos se han precipitado uno detrás de otro y tengo un motivo para haber llegado un día antes.

Quiero darle a Queen tiempo para asimilar lo que va a pasar. Quiero que se pueda recuperar, si es capaz de hacerlo y que, cuando suba al escenario, al menos, tenga en mente que está cantando una canción compuesta por alguien bueno y no por la interesada calculadora que se ha pensado, equivocadamente, que soy.

He hablado con Loli. La he llamado antes de salir de Barcelona y le he advertido que me gustaría hablar con ella y con Queen.

La jefa ha dicho que no habría problema. Que en cuanto llegase que subiera a su *suite*, que estarían allí tomándose una última copa las tres. Las tres son ella, Queen y Barbie, cómo no. Va a ser violento. Pero mejor sacármelo de encima rápido.

La habitación en la que me hospedo rebosa glamur y sofisticación. Grandes espejos con molduras, paredes claras y de tonos pasteles, una chimenea, muebles *vintage* con flores, una cama en la que podría perderme... objetos perfectamente ubicados y estudiados. Todo habla de exuberancia y suntuosidad. Estoy en una de las del último piso, como Andreu y como las demás. Es una *suite*.

Las altas ventanas rectangulares dan al patio central de palacio. Podría imaginarme perfectamente a la Señora Duquesa o Marquesa o Condesa de la época cotillear discretamente por uno de estos ventanales.

Me he cambiado para ir a ver a Queen y a Loli. Iré acompañada de Andreu. Porque me dá la gana. Y porque creo que, aunque les moleste, legalmente, lo respetan.

Llevo un sencillo vestido pichi con estampado a cuadros. Una camiseta negra de manga larga debajo y unas botas Marten's desabrochadas y negras en los pies.

Llevo el pelo suelto, y no dejo de movérmelo a un lado y al otro porque estoy nerviosa. Me miro en el espejo de la entrada de mi *suite*.

Me siento bien con mi aspecto. Al menos, cuando me vea no pensará que tengo mala cara, aunque por dentro me sienta como una mierda por su culpa. Me he pintado los ojos, puesto colorete y brillo de labios. Y llevo mi perfume. *Absolu* de Versace.

Andreu me manda un mensaje diciéndome que es la hora.

Yo me aclaro la garganta, tomo aire por la nariz y salgo de la habitación con el *pendrive* que le tengo que entregar a Queen en mano.

Andreu me encuentra en el pasillo y me mira de arriba abajo.

—No sé por qué ya no estoy enamorado de ti —me explica—. Porque estás buenísima, Kira.

—No empieces —le regaño.

—Solo quería ver si rebajabas la tensión un poco.

—Pues no.

—Escucha —me toma de la mano y me besa el dorso—. No bajes la mirada en ningún momento. Cuando Queen te vea, va a sentir un montón de abejorros en su estómago. No va a saber muy bien cómo reaccionar. Es una mujer y seguro que se va a pensar que estoy contigo.

—Me da igual lo que piense. Lo que quiero es limpiar mi reputación a sus ojos. Solo quiero eso. Me quedaré tranquila en cuanto ella sepa la verdad.

—Es importante que te quedas a ver sus reacciones.

—No —me niego—. No quiero verlo. No quiero hacer sangre.

—Si es un chica decente y le importas de verdad, vendrá a por ti.

¡Ja! Me voy a reír por no llorar.

—Queen es muy orgullosa. Además, yo no le importo. Ya me dejó claro que lo nuestro no era nada serio. Soy yo la tonta enamoradiza. Lo que pasó

solo sirvió para que dijera lo que de verdad pensaba de todo. Ahora ya lo sé.

—No me lo creo —replica Andreu muy serio mirando al frente—. Se va a sentir muy mal cuando vea lo que estuvo a punto de pasarte... me va a saber mal y todo por ella.

Va vestido de punta en blanco como siempre. Con un pantalón beige y una camisa de manga larga azul oscura. Siempre me gustará esa parte de su masculinidad.

—Es lo que hay —sentencio.

Nos detenemos frente a la *suite* de Loli. Tienen puesta la música de la MTV porque la oigo a través de la puerta.

Golpeo la puerta con los nudillos y, al cabo del rato, Loli abre. Tiene una botella de agua en las manos. Lleva puesta una bata de seda roja y un pijama debajo. Esta espléndida. Siempre me recuerda a una princesa helénica. Tan rubia y con esos ojos.

Cuando me ve, abre los brazos y me da una clamorosa bienvenida. Está claro que Queen no le ha contado nada. Yo tampoco.

Bueno, me sorprende y me parece bien. Nadie tiene que meterse en lo nuestro.

—¡Kira! —exclama. Siento su cariño muy verdadero. Por eso me cae tan bien Loli—. ¿Cómo estás? ¿Estás nerviosa?

—Estoy bien —contesto.

Loli dirige una mirada sesgada a Andreu y le sonrío con complicidad. Qué contradictorio todo.

—Vaya... el que ha jodido las pretensiones de Barbie —susurra para que solo nosotros la oigamos—. No lo sabes. Pero me has hecho un favor. Y eso que me caías mal.

Andreu no se sorprende por oír eso. Yo sí me sorprendo por su espontaneidad.

—Al César lo que es del César —contesta él.

—Y me parece bien. Lo de Barbie —continúa en voz baja— lo ha propuesto el público y la cadena. No podíamos alterar las votaciones. Pero tú has sabido hablar conmigo, con Estif y con su padre. No íbamos a decirte que no. En fin... —me invita a entrar y vuelve a alzar la voz—. ¡Ha llegado Kira!

Cuando entro al salón burgués con aquella inmensa tele de plasma en la

que Rihanna canta su *Umbrella*, divido enseguida a Barbie y a Queen, sentadas una al lado de la otra en el sofá largo estampado con brillantes cojines sedosos. Han cenado un pica pica con vino carísimo. Y tienen frutillas y algún que otro postre dulce y delicioso sobre la mesa camarera.

—Hemos pedido que nos subieran la cena —me informa Loli colocándose detrás del sofá al lado de Andreu, que no ha hecho ni ruido al entrar. Creo que ni saben que está ahí.

Barbie me mira de arriba abajo y Queen también.

La primera con desidia. La segunda con... no tengo ni idea. Le molesta que esté ahí. Sus ojos dicen muchas cosas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Queen—. Pensaba que llegabas mañana.

—Sí, yo también. Pero ha habido cambio de planes.

Barbie me mira por encima de su copa. Es muy guapa, pero todo lo que tiene de bella lo tiene de malvada.

—Espero que hayas devuelto la figura que te regaló Queen del escultor ese tan caro... —me dice la pelirroja.

Y entonces la odio. Porque sé que Queen le cuenta las cosas como haría con una amiga que jamás le haría la cama. Como podría hacer yo con Ágata cuando le cuento detalles de mi vida y cosas que voy haciendo en mi día a día. Pero Barbie se ha reído de esa confianza.

—Barbie —Queen la mira con advertencia velada—. No es el momento.

—Descuida —las interrumpo yo—. Qué bien que estés al tanto de todo, Barbie.

—A Queen hay que cuidarla de personas como tú, Kira...

Qué zorra y mentirosa es. Sonrío y miro a Andreu. Este me anima a que saque todo mi arsenal.

—Para tu tranquilidad, Barbie, el cocodrilo fue devuelto al día siguiente. Pero no aceptaron la devolución. Así que cuando quieras, pasas a recogerlo. No me gusta aceptar regalos de personas que no me aprecian. No estoy en venta.

Queen desvía la mirada hacia mí, pero no me la sostiene ni un segundo.

—No hacía falta que hicieras eso —tiene el morro de decirme sin mirarme a la cara—. Los regalos no se devuelven.

—Los que envuelven falsas ilusiones sí —contesto con mucha serenidad—. Esos están envenenados.

—¿Qué está pasando aquí? —dice Loli sin verlas venir—. No me gusta

este ambiente.

—Nada. No pasa nada —digo yo para acabar con aquello lo más rápido posible. Me llevo la mano al bolsillo del pichi y saco el USB—. He revisado las teles de las *suites*. Todas tienen un lector en el lateral —agito el *pen* negro ante ellas—. Me gustaría que viérais esto.

Loli frunce el ceño. Rodea el sofá, se acerca a mí y me coge el USB de la mano.

—¿Por qué? ¿Qué hay?

—Es algo que creo que deberíais ver —continúo.

—Preferimos ver la MTV, gracias. Pero en cuanto tengamos tiempo le echaremos un ojo —dice Barbie con desprecio y desinterés—. Además, Queen tiene que descansar para mañana darlo todo en el escenario.

—Vais a ver el maldito *pendrive* ahora —irrumpe Andreu con autoridad. La cara de Queen cuando oye su voz es de incredulidad y pasmo. Yo tenía razón. No se había dado cuenta de que él estaba ahí.

Ahora sus ojos pardos echan chispas. Pero aguanta la compostura.

—¿Habéis venido juntos? —pregunta secamente.

—Claro que sí —contesta él arrebatándole el USB a Loli y poniéndolo directamente en el televisor—. ¿Veis? Os lo pongo fácil. Solo tendréis que darle al *Play*.

Yo estoy nerviosa y me humedezco los labios. No me apetece mirar a Queen pero lo hago, porque es imposible no mirarla. Lleva una bata larga negra que marca su silueta y el pelo recogido en un moño de esos flojos. Parece una dama libertina.

No sé qué se ha creído pero no debe exigirme explicaciones con los ojos como está haciendo. No somos nada.

—¿Qué hay en ese *pen*? —pregunta la Reina con interés.

—*Alguien voló sobre el nido del cuco* —contesto con sarcasmo. No lo puedo evitar—. Un *remake*.

Ella arquea una ceja dadivosa.

—La verdad —responde Andreu divertido por mi comentario.

—¿Y tú qué eres ahora? ¿Su portavoz? ¿Su mejor amigo? —la Abeja se pica y pica. Es matemático—. Has tardado muy poco, Kira en calentarte la cama —No me gusta el tono que usa para dirigirse a mí.

—Soy alguien que sí sabe cuidar de ella. No como otras —le echa en cara Andreu.

—Pues lo que te dije —interviene Barbie acercando su cabeza a la de ella—. Que es una vendida. Ahora le interesará estar más con él. Son de estas que van probando para ver si encuentran algo mejor pero al final se quedan con lo malo conocido.

—Pelirroja —Andreu da un paso hacia ella, sin ánimo de intimidar—. Deberías empezar a medicarte. Lo vas a necesitar.

Barbie se levanta de golpe.

—¿Qué ha dicho?!

—Siéntate —Queen la agarra de la muñeca y la sienta en el sofá. Pero se levanta ella para colocarse a un palmo de mí—. Sujeta a tu perro, Kira.

Parece desafiarme. O medirme. Como si fuéramos dos púgiles. Aunque yo jamás pelearía contra ella.

—No hace falta alargar esto —Andreu me coge de la mano y me aparta de ella. Si las miradas matasen ahora él estaría muerto por el impacto de veinte puñaladas. Se dirige a Loli y le recomienda fervientemente lo siguiente—. Os interesa, Loli. Y le interesa a Queen. El miércoles sucedió algo muy grave. Pero Kira no ha querido hacer nada al respecto con ello, porque cree que no es nadie para tomar cartas en el asunto, a pesar de haberlo sufrido.

—Si es por lo de las persecuciones de los periodistas —incide Queen despreocupadamente—, se lo merece por haber querido jugar y tener protagonismo. Aunque no deberían haberla molestado más. Ya dejé claro que ella no es nadie para mí.

Eso me despierta y la observo con mucha tristeza y dolor.

—Los paparazzis no me han molestado, gracias a Dios. Ellos solo quieren saber de ti. Yo soy muy poco interesante —le aclaro, quitándome importancia, porque no la tengo.

—Entonces... ¿a qué viene esa cara de drama?

—Viene a que tu pasado la ha perseguido. El tuyo, Queen —añade Andreu irascible.

Eso la deja enmudecida. Y a mí me emociona y hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—¿De qué hablas? —frunce el ceño al verme tan afectada.

—¿Qué te has creído? —continúa Andreu—. ¿Que Kira tiene que darte las gracias por haberte conocido? A lo mejor ella te ha dado cosas más buenas de las que tú le has ofrecido. Tal vez tú has salido ganando y en el cambio ella ha

perdido. Tal vez este mundillo al que pertenecéis —observa la habitación con desprecio— es solo para personas sin escrúpulos.

—Andreu... ¿qué os pasa? —Loli parece cada vez más alarmada.

—¿Tú vas a hablar de escrúpulos cuando la primera en venderla has sido tú? —le espeta Queen.

—Déjalo en paz —le ordeno. Ella está alterada y yo no quiero que se meta con él.

—¿Ahora lo proteges? —la pregunta rebosa decepción.

—Dices estupideces —suelta Barbie. Mira al techo aburrida—. ¿Por qué tenemos que estar aguantando a estos dos? —pregunta de repente a Loli.

—Mirad el puto vídeo —les ordena Andreu muy cabreado—. Y después, tú —señala a Queen— ya sabrás lo que tienes que hacer. Si eres una tía digna e inteligente, claro. Porque menuda decepción... Agradécele a Kira que te dé la posibilidad de decidir. Porque ha pasado por algo muy malo por tu culpa y por la de ese bicho que tienes al lado. Agradécele que no os hunda públicamente a una noche del día de la música europea.

Queen mira a Barbie sin entender nada. Y es la primera vez que veo a la del pelo rojo un tanto alarmada.

—¿A qué viene esto? A Barbie ni la mires —le advierte a Andreu poniéndose en plan protectora.

Sonrío con tristeza. Ni se lo imagina. Tenía tan claro que había sido yo... y eso me hunde al darme cuenta de que no se ha planteado ni un segundo que, tal vez, podría estar equivocada.

—Barbie, ¿no has tenido noticias de Georgia? —le pregunta Andreu.

—¿Qué? —susurra Barbi.

—Pues por algo será. —Le guiña un ojo, me pasa el brazo por encima de los hombros y nos damos media vuelta para irnos—. Vamos, cariño.

—Ah —me detengo y me doy la vuelta para mirarlas a los ojos—. No quiero que, después de lo que veáis, me molestéis. Al menos, no esta noche. No... no tengo ganas. Quiero poder disfrutar de esta experiencia sin excesivos dramas. Mañana es la gran noche. Luego todo habrá acabado y no tendremos que volver a vernos nunca más —asumo sin bajar la mirada—. Pero hoy no quiero hablar.

Barbie se queda blanca por completo.

Cuando Queen la ve, su expresión muda a otra de reserva y de precaución. Y es la primera vez que la veo insegura y con miedo. Odiará estar equivocada.

No sé cómo lo va a soportar. Ya sé que le doy igual, pero no le gusta cometer errores tan garrafales.

—Queen —murmura Barbie paralizada—. Ya veremos eso en otro momento...

Pero la Reina la desoye. Se da media vuelta, agarra el mando de la tele y lo pone en el canal correspondiente para ver el USB.

Para entonces, Andreu y yo nos hemos ido. Estoy muy afectada. No quiero llorar delante de él, pero el dolor que atenaza mi garganta apenas me deja respirar.

No me encuentro mejor después de haber hecho eso.

Aun así sé que algo de justicia obtendré.

Ella es la Reina Abeja. Pero las que laboramos, sabemos que las abejas unas flores escogen y otras dejan.

Y yo he dejado atrás la flor que me daba empacho.

Capítulo 14

Hace más de cuatro horas que miro al techo de mi habitación. Después de mi intervención cené algo con Andreu. Pero no demasiado porque no tenía hambre. Quise venir a dormir pronto y disfrutar de mi *suite*, pero soy incapaz de pegar ojo.

¿Qué hora es ahora? Miro mi reloj de muñeca. Las tres de la mañana.

Fantástico. No voy a poder ni descansar.

No dejo de pensar en lo que habrá pasado en esa *suite* después de que todo se supiera. Pero he oído algún llanto, maletas arrastrándose por el pasillo y portazos.

Sé que es una putada. Queen tiene que estar reventada. Ha descubierto que una de sus personas de confianza la ha estado troleando y que además estaba compinchada con alguien que la odia.

Debe ser terrible.

Queen no tiene mucha gente en la que apoyarse y me siento responsable por haberle quitado a uno de sus apoyos.

¿Y Loli? Ha tenido que alucinar al verlo todo.

Solo espero que sea lo menos traumático posible para Queen.

Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera.

Un golpe en la puerta me despierta. Me medio incorporo asombrada por las horas que son. E intuyo quién es.

Me levanto sin hacer ruido y espero.

—¿Kira?

Es la voz de Queen. Está gimoteando.

—Kira... sé que estás despierta porque veo claridad por debajo de la puerta... ábreme, por favor...

Hay claridad porque no me gusta dormir a oscuras desde el maldito miércoles, pienso.

No la voy a abrir. Le he dejado claro que esta noche no quería hablar con nadie.

—Kira... yo... he visto el vídeo —se aclara la garganta y sorbe por la nariz—. Sé que me has dicho que no quieres que te hablemos. Y yo no puedo pensar en nada más. Tengo tu imagen grabada en la cabeza. Es que me he quedado muy mal al acabar de verlo. Solo quiero verte una vez... para asegurarme de que estás bien. Por favor... por favor... —me suplica. Araña la puerta como un perro que quiere entrar.

Me acongojo y me abrazo a mí misma. Porque alguien tiene que hacerlo. No voy a ceder. Por mucho que lamente oírlo así, tan afectada, tan hundida... tengo que mantenerme en mi postura. Andreu se ha quedado a dormir conmigo. El tonto está en el sofá, incómodo, porque entiende que mis miedos afloran.

Ahora se ha levantado y está escuchando a mi lado las palabras de Queen. Él cruzado de brazos, atento, analista... y sí, con actitud tutelar, como si yo fuese su protegida.

¡Cómo ha cambiado todo!

—Kira... —repite Queen vencida—. Por favor... solo quiero verte y ya está. El vídeo —asegura con voz derrotada— me ha dejado fatal...

Andreu me mira, pone cara de circunstancias y cuando percibe que no tengo fuerzas para hacerle frente, él mismo toma su decisión por mí.

—Apártate —me pide—. Que no te vea.

—Andreu...

—No. Ahora no. Hay que hacerla esperar. No es buen momento para bajar la guardia. No es justo para ti. Y no es bueno para ella —remarca cada punto con convicción—. No puede dudar de ti nunca más. Por eso no puedes perdonarla tan fácilmente.

Me cubro la cara y pienso en lo que él me dice. Tiene razón. Tengo que hacerme valer. Al menos, mientras lo tolere.

Da dos pasos acelerados y abre la puerta.

El rostro de Queen cuando lo ve se lee a leguas. No se imagina que pueda estar con mi ex... y no quiere creérselo, entre otras cosas porque no es cierto, pero esa imagen la va a confundir.

—Andreu...

—Hola, Queen. ¿Qué horas son estas de llamar?

—Lo siento —habla como una niña desvalida.

—Kira os ha dicho que no quiere que habléis con ella hoy.

—Eh, ya... Mira, sé que soy la última persona a la que quiere ver en este momento, pero es que...

La oigo romperse. Y toda mi convicción se va a la mierda. No existe.

Siento la necesidad de correr hacia ella y tranquilizarla para que esté bien. Para que estemos bien. Porque sé que todo ha estado mal. Y que ha sido una artimaña. Pero los malos no vencen si los buenos no caen en sus trampas. Y Queen ha preferido creer a otros antes que a mí.

—Queen —Andreu le habla con más empatía y más dulzura—. Ella está bien...

—Pero he visto el vídeo. He visto lo que esa hija de perra le ha hecho... yo no sabía nada de eso. Te lo prometo. Kira tiene que creerme. No sabía nada de Barbie, no sabía que era ella quien... —se ahoga con sus propias lágrimas y percibo como Andreu no sabe lo que hacer—. No sabía nada... —llora sin cesar.

—Lo sabemos, Queen —le explica.

—Sé que está decepcionada. Yo también lo estoy conmigo pero... Andreu, yo solo quiero verla y... solo un momento...

Se me parte el corazón al oírla así. Quiero salir pero entonces oigo la voz de Loli.

—Queen, cariño... venga, vamos a descansar a la habitación.

—Pero, Loli... —se queja ella.

—No —la detiene Loli—. Tienes que darle espacio. Ahora tenemos que respetar los deseos de Kira. Escúchame bien —su tono es autoritario—. Sé que esta noche ha sido muy difícil para ti y que tienes que asimilar muchas cosas. Pero ante todo eres una profesional. Así que ahora te vas a meter en la cama a dormir lo que puedas, porque mañana sales a cantar para representar a todo un país. Y hemos repetido hasta la saciedad que la canción ganadora es la nuestra. Así que mañana es el día definitivo.

Queen se calla mientras la gran Dolores habla.

—Andreu... me la llevo —le dice disculpándose—. ¿Kira está bien? —ella también está sufriendo por mí.

—Ha estado mejor —contesta—. Pero es muy fuerte. Necesita tiempo. Eso es todo.

—Todos necesitaremos tiempo. Pero... mañana estará con nosotros en nuestras mesas, ¿verdad? Todo sigue igual me refiero...

—Sí. No se lo va a perder por nada del mundo.

—Bien —suspira aliviada—. Bueno, nos vamos con el espectáculo a otra parte. Dormid lo que podáis y mañana ya hablaremos.

—Loli —La detiene Andreu.

—¿Qué?

—¿Qué habéis hecho con Barbie?

—La hemos despedido del hotel. Y la hemos devuelto a España. Queen decidirá mañana qué hacer con el vídeo de Kira. No es fácil para nadie —reconoce—. Esto ha hecho mucho daño. Pero es Queen quien tiene la última palabra.

—Lo sabemos.

—Buenas noches, chicos —se despide Loli—. Vamos, cariño —oigo que le dice en voz baja a Queen—. Tienes que dejar de llorar. Todo se solucionará. Ya lo has oído. Necesita tiempo.

—No se va a arreglar... —susurra Queen sollozando.

Eso es lo último que oigo de ellas.

Cuando Andreu cierra la puerta, yo salgo de mi escondite. Ambos tenemos caras de circunstancias.

—Yo te traicioné y te dejé y has tardado tres semanas en perdonarme. Lo que tu corazón ha tardado en enamorarse profundamente de otra persona — Andreu se acerca a mí y me mira con condescendencia—. Si has podido perdonarme a mí, también podrás perdonarla a ella.

—¿Y me lo dices tú?

—No soporto ver a una chica llorar —admite afectado—. Soy un blando para estas cosas.

—Tengo miedo —reconozco muy desconfiada hacia Queen y hacia el amor en general. No sabía que podía ser tan doloroso. No quiero que me sigan haciendo daño. Y Queen tiene mucho poder. Es ella o nadie en ese aspecto.

—Todos tenemos miedo de muchas cosas. Pero no debemos tomar decisiones basadas en él y en lo malo que podría pasar si nos lanzamos. Porque allí donde está lo que nos duele, también está lo que nos cura. Y tenemos que curarnos, Kira.

Me humedezco los labios. No sabía que se había convertido en todo un sabio.

—Has madurado —admito.

—Ser el malo y ser considerado como el malo te hace ver las cosas con mucha más autocrítica. Te muestra tus defectos y, en mi caso, me hace querer enmendar las cosas que he hecho mal. No voy a decirte que no la perdones. Porque yo no me merecía que me dieras otra oportunidad y me la diste. Ella se

merece lo mismo —me da un beso en la frente—. Ahora vete a dormir. Mañana afrontaremos el día de otra manera.

Esas palabras me calan muy hondo.

Andreu se vuelve al sofá, se estira y se tapa hasta la barbilla para intentar dormir.

Yo regreso a la cama con la pena de haber oído a la Reina Abeja destronarse y derrumbarse por una abeja cualquiera de la colmena.

Por mí.

No me siento orgullosa de ser la razón por la que otros lloran. Pero me alegra que sienta. Y que derrame lágrimas por mí.

Yo he sentido dolor del que no habla, del que solloza desde el corazón hasta que lo hace añicos.

Mi empatía no me deja desearle a Queen lo mismo.

Así que me acuesto pensando en que mañana será el día definitivo para mí.

Para todos.

Para nosotras.

Mañana o empieza o acaba todo.

El desayuno en el hotel sería idílico si tuviera el hambre que suelo tener por las mañanas, pero que hoy no tengo.

Aun así estoy sirviéndome un café y me he llenado el plato de pan tostado, huevos revueltos y fruta.

Vigilo por el rabillo del ojo a ver si entran en el salón comedor palaciego Loli y Queen. Andreu también mira de vez en cuando, pero él está emocionado mirando todas las noticias que hay de Eurovisión. El twitter hecha fuego y apoyan a Queen en masa. Beella Beeciosa es de las más *retwitteadas*. Es muy divertida y ocurrente y todos sus comentarios son benévolos.

Mi plan para hoy es sobrevivir a todas las emociones y coger al toro por los cuernos. Mi primo Ricky está hospedado en un hotel cerca del nuestro en el casco urbano.

Me ha dicho de vernos para dar una vuelta antes de que nos plantemos en el Ziggo Dome, cónclave del concurso de esta noche.

Pero la verdad es que ya he estado en Ámsterdam otras veces y es una ciudad que me apasiona, pero hoy no tengo muchas ganas de salir... bueno, ya veré. Le he dicho que me lo pensaré.

Él lo ha comprendido. Se hace cruces de todo lo que ha pasado estos días y entiende que solo tenga ganas de que llegue esta noche, ver el maravilloso festival de Eurovisión y de irme y dejar atrás toda esta locura.

Sé que Ámsterdam ha sido tomada por los eurofans y que Queen va a ser la artista más aplaudida y que va a levantar a todo el Ziggo. Va a ser increíble verlo de cerca.

Tengo nervios por volver a ver a Queen y a Loli. Lo de ayer fue traumático y no quiero haberlo echado todo a perder. No quiero que por mi culpa ella no dé su mejor versión.

Pero es Loli quien se encarga de tranquilizarme cuando aparece con una botella de agua y una sonrisa en los labios.

Lleva un bolso rojo Gucci, una blusa blanca, unas gafas de pasta negra y unos tejanos *stretch* azul oscuro.

Es la jefa. Que se aparte todo el mundo.

Saluda a Andreu con una mano y se dirige a mí con decisión.

Entonces me da un fuerte abrazo y me dice al oído:

—¿Has dormido bien?

—Como el culo —le contesto.

—Maravilloso. Ya somos tres.

Le miro la barriga.

—Siento haber propiciado una situación así. En tu estado no es bueno la ansiedad ni los nervios. Lo siento, de verdad...

—No digas tonterías, por favor. Estoy bien. Todavía no lo siento —se toca la panza—. Sé que existe pero no noto nada aún.

—Es demasiado pronto.

—Lo sé. Lo que quiero es que no te disculpes, Kira. Fue increíble lo de anoche. Doloroso, pero muy clarificador. Demostraste que yo siempre tuve razón sobre la pelirroja —se jacta de ello.

Me aparta para mirarme de arriba abajo. Y sonrío aprobando mi minifalda, mis bambitas blancas y mi camisa azul a rayas Ralph.

—Estás muy bonita. ¿Necesitas que suban a maquillarte esta tarde?

—Sí. Quiero que me maquillen.

—¿Tienes tu vestido listo?

—Lo tengo todo listo.

—Perfecto. ¿Qué quieres que te cuente? Tendrás muchas preguntas...

—¿No va a bajar Queen? —pregunto interesada.

—Está en el Ziggo, viendo cómo lo montan todo. Necesitaba salir de aquí y que le diera el aire. Le encanta ver los preparativos —me explica conforme—. Vendrá al mediodía al hotel y desde aquí todos saldremos para el pabellón. Juntos.

—Bien... —me siento agitada. Quiero saber. Y es posible que sea la mejor opción que me cuente las cosas Loli—. ¿Sabe lo que va a hacer con Barbie?

—La va a alejar de su vida para siempre. Ellas dos ya hacía tiempo que no eran pareja, pero Barbie siempre la amenazaba y le rogaba que no la dejase, porque al final, iba a acabar haciendo alguna tontería... la tenía chantajeada emocionalmente y la pobre Queen siempre se sentía responsable de ella. Pero el vídeo ha servido para desmontar toda la película de Barbie. Para Queen ha sido como borrón y cuenta nueva. Como si hubiese dejado de existir para ella. Le ha hecho mucho daño pero, en cierta manera, creo que sabe que le hace bien alejarla. Está muy enfadada. Queen no la va a denunciar, pero la ha obligado a que deje la música y a que busque ayuda psicológica. Y le ha dicho que no quiere que se le acerque a menos de quinientos metros. Que si lo hace hará público ese vídeo. La quiere a mucha distancia de ella.

—No la va a denunciar —asumo.

—A Barbie no. A Van Tassel sí. A esa sí la va a poner entre rejas durante muchos años.

Me parece bien. Barbie ha sido una mala persona, egoísta y dañina. Pero hundirla públicamente la puede convertir en alguien más voluble y cruel de lo que ya es. Lo mejor es que la obligue a seguir un tratamiento psicológico y a ofrecerle el refugio del anonimato y la soledad. No va a hacer leña del árbol caído y eso la honra. Pero con Van Tassel no va a tener piedad.

A las villanas que le den lo suyo.

A las desequilibradas también.

—Era su decisión —me encojo de hombros.

—Eres una chica muy buena, Kira —me reconoce valorando mis decisiones y mi autodeterminación—. Siento que lo hayas pasado tan mal. Y lamento mucho que Queen te haya dispensado ese trato... pero espero que comprendas que sus reservas tenían motivos más que suficientes. Infundados, pero suficientes. Ha dejado mucha gente tras de ella por desenmascararlos y darse cuenta de la cara fea y egoísta de las personas. Ahora Barbie es un peso pesado que ha caído, como los demás. Queen no está bien, porque la consideraba alguien amigo. Pero se repondrá de eso. De lo que dudo que se

reponga es de lo que siente por ti y de lo arrepentida que está por todo. ¿Sabes?...

—¿Qué?

—Me encantaría que alguien como tú cuidara de mi hermanita.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya sabes que ella acaba el contrato con nosotros y no va a renovar. Podrá dedicarse a lo suyo, a su música, y necesita a personas buenas con ella. Yo estaré ahí como amiga, pero la producción de un disco da mucho trabajo. Y saber alejar a los que vienen por interés de los que están ahí por verdad no es fácil. Por eso necesita buenos ojos. Y ojos que la quieran y la miren tal cual es.

—Queen y yo no... Queen no me qui...

—No —me tapa la boca—. Si vas a soltar una mentira es mejor que no hables. No se te ocurra decir que no le importas. Tú no la has visto llorar como yo durante toda la noche. Se mantiene en pie porque lo único que quiere es ganar. Y ganar para ti —me aclara—. Dice que te lo debe.

—A mí no me debe nada.

—No sé cómo de mal están las cosas entre vosotras, pero hay historias que no pueden romperse ni acabarse jamás. La vuestra es una de ellas —coge unas uvas, plátanos y manzanas de los boles de frutas y me guiña un ojo—. En un rato voy a reunirme con Esteve. Comeremos y después nos prepararemos.

—¿Sigue todo igual entre vosotros?

—Sí. Todas tenemos nuestras cosas —es lo único que dice sobre ello—. Queen estará en la *suite* sobre —se mira el reloj de muñeca y muerde una manzana—... Las tres y media. Sube a la habitación entonces y hablad. Te dejo. Te veo luego —me besa la mejilla, saluda a Andreu de nuevo y se va del salón.

Andreu me señala la silla de al lado y me pide de algún modo que me siente con él y desayune. Está muy preocupado de que coma.

—Come ahora todo lo que puedas —me explica—. Porque esta tarde noche el estómago se te va a cerrar por lo histérica que vas a estar en el Festival. Así que como mínimo llena la barriga un poco.

—Sí, señor —contesto en broma.

Sin embargo no tiene nada de cómico.

Y tiene más razón que un Santo.

Quedan pocas horas para que todo empiece.

La ansiedad por ver a Queen subida en el escenario y cantando es proporcional a mi preocupación por ella.

Solo quiero que esté bien.

Así que seguiré el consejo de Loli. Y subiré, al menos, para suavizar aristas y porque no quiero que se crucifique más de la cuenta.

Ella hoy va a dar la cara por todos. Y quiero que muestre la mejor.

En el hotel también se hospedan concursantes de otros países como Israel, Alemania, Italia... Sé que Queen los conoce a todos. Este año no hay ni un solo friqui. Las canciones son buenas y están muy estudiadas para atraer a la gente y para que se conviertan en temas del año. Y eso hace más complicado el concurso, porque los años que hay canciones malas ya sabes que se caen de la lista directamente, pero este año todas van a competir.

Queen no estuvo en el concierto de Eurovisión que tuvo lugar en esta ciudad la semana pasada, entre otras cosas porque tenía la cena de Neón y después porque estuvo conmigo.

Los días antes del festival los participantes forman parte de muchos eventos. La mayoría acceden a ir para presentar sus canciones y porque, en conjunto, es lo que hace que Eurovisión se viva desde casi dos semanas antes en la ciudad elegida. Es toda una fiesta. Se congregan más de doscientos periodistas para cubrir esos acontecimientos. Pero no es el caso de Queen. Ella ya es una artista muy conocida y tanto el canal como Neón pactaron que ella solo cantaría la canción y representaría a España, pero por temas de disponibilidad —que en realidad lo decidió Loli porque sabía que Queen no necesitaba ese tipo de promoción— no participaría en esos acontecimientos prenoche de Eurovisión. Así que todos cantan su canción, todos la dan como favorita en las apuestas pero no han disfrutado de Queen. Por esa razón, esta noche va a ser tan loca. Y por ese motivo hay tantísimos periodistas congregados alrededor de nuestro Palacio. Porque quieren verla a ella. Quieren grabarla a ella.

Ella es la verdadera estrella.

Aunque no lo valoremos, aunque no lo asumamos, tener a Queen Bee ya nos hace mucho más populares. A todos nos gustaría contar con Messi para nuestro equipo de fútbol. Pues ella es eso para España y para el Festival en este momento. Nos da más visibilidad. Y también se la da al concurso.

Si vierais las calles de Ámsterdam cómo están... es alucinante. Más de diecisiete mil personas van a abarrotar el estadio Ziggo Dome. Justo donde han realizado sus conciertos Madonna, Lady Gaga, Adele, Ariana Grande, Pearl Jam...

Esta noche se verá y se confirmarán las quinielas. Si es cierto que *Comerte el corazón* es tan buena, si gusta tanto, Queen la hará ganadora.

Al final he accedido a dar una vuelta con Ricky, porque hoy es un día duro para él. Esta noche se casa el hombre de quien está enamorado. Y no lo está pasando bien. Aunque la súper fiesta eurovisiva le saque alguna sonrisa.

Le he dicho que si tiene que ser para él, al final, las cosas se alinean para ello. Y si no es, pues no es. A otra cosa, mariposa. También le he hablado de cómo me siento y de cómo está Queen después de lo sucedido.

Ahí, sentados en el Bruincafé't Centrum, rodeados de personas con gorros, camisetas y banderas de sus países, él me ha escuchado con la conmiseración de alguien que igualmente ha sido rechazado y se siente ultrajado. Porque yo no olvido lo que ella me dijo cuando se fue de mi casa: «Despierta, Kira. Solo ha sido un polvo. Y he tenido mejores». Y vaya si desperté del sueño. Caí de culo.

Mientras Ricky y yo disfrutamos del soleado día de Ámsterdam, Andreu se ha quedado en el hotel hablando con muchos de esos artistas que van a resultar ser *hits* del verano y del año, por si puede cazar a algún representado.

No tengo ninguna duda de que va a sacar rentabilidad a su fin de semana eurovisivo.

Es increíble cómo cambia la vida de una persona en tan poco tiempo. Sé que en ocasiones cambia de un día para otro, en una llamada, por una decisión...

En tres semanas me ha dado tiempo para que me cambien la idea que tenía de mi vida, me rompan el corazón dos veces, me enamore de una mujer, desentrañe una traición silenciosa y me ataque una fan desequilibrada. Y, ¿quién sabe? A lo mejor, también sea medio ganadora de Eurovisión.

Mejor sacarle lo positivo a las cosas, ¿no crees?

Capítulo 15

Hago de tripas corazón. Estoy ante la puerta de la *suite* de Queen. He comido más bien poco, como un pajarito. Quería hacer caso a Andreu y también a mi primo, pero con todos estos nervios se me cierra el estómago.

Lo único bueno es que el vestido de esta noche, que es toda una declaración de indecencia, me va a quedar como anillo al dedo. Me ayudó a elegirlo Ágata, con eso os lo digo todo. Y lo hicimos con la idea de provocar cortocircuitos. Vamos, que salgo en las noticias fijo.

Pero ahora el vestido es lo de menos para mí. Ahora me voy a plantar ante la persona que tiene la capacidad y el poder, aunque yo jamás se lo di a nadie, de convertirme en un chanchito de tierra, en una cochinilla de la humedad — eso suena muy porno—. Más comúnmente conocido como un bicho bola de toda la vida.

La única persona que con solo una mirada podría hacer que me ovillase. Es absurdo que nadie tenga ese tipo de influencia sobre otros. Pero ella ha arraigado emocionalmente en mí, me ha cambiado, y eso la hace poderosa. Porque somos débiles ante aquellos de quienes estamos enamorados.

Siento la garganta seca. Loli me ha aconsejado que subiese a desearle suerte. Que ella lo agradecería porque tenía muy presente el vídeo y, aunque sabía que yo estaba bien, no se quitaba de la cabeza el disparo con la pistola de perdigones.

Yo no sé qué ganas tendrá de verme. Prácticamente, le he jodido la participación en el concurso, y la vida un poco también. Además, ella no tiene ganas de que yo le monte ningún drama. Lo que ha significado para mí nuestra historia no ha significado lo mismo que para ella.

Por eso tengo que ser cauta y no dejarme llevar. Creo que dejó muy claro que venimos de mundos distintos y que estamos cada una a un lado de la línea divisoria que marca el estatus y la realidad de cada uno.

Ella es una súper estrella internacional. Yo solo compuse una canción.

Golpeo la puerta con los nudillos y una sensación de aflicción importante en el pecho. Porque entre nosotras hay una marea de cosas que me dijo y que pesan demasiado.

Pero ahora no importo yo.

Ni siquiera ella.

Lo único que importa es que haga la actuación de su vida en el Ziggo. Que se caiga el pabellón. Y para eso tengo que liberar parte de su carga.

Loli, que ya ha llegado de su cita con Esteve, abre la puerta con el móvil entre su mejilla y su hombro y hablando sobre a qué hora nos pasan a recoger. Ella me sonrío y me invita a pasar.

—Está en el salón —me dice en voz baja para que el otro no la oiga.

Yo asiento y me deslizo sin hacer demasiado ruido hasta el interior.

Las *suites* de este hotel te trasladan a épocas pasadas, donde las mujeres llevaban corsés y faldas largas ahuecadas y con muchos volantes. Una época en la que los hombres eran caballeros y ellas eran damas. Algo muy lejos de la actualidad.

Hay flores por todos lados con rótulos de deseos de buena suerte. Y ahí, en el clásico sofá afrancesado, con la mirada perdida sobre un maniquí cubierto por un descomunal vestido de pedrería diminuta brillante negra y roja, volantes de seda transparentes y de plumas largas moteadas de los mismos colores, me encuentro a Queen.

—Es curioso. Los vestidos no tienen vida hasta que alguien se los pone.

—Una reflexión muy profunda —le digo.

Cuando Queen advierte que soy yo la que acaba de entrar, se levanta del sofá de golpe y me mira con expresión aliviada, como si quisiera cerciorarse de que estoy bien y de que no sufrí ni un rasguño en el ataque de Van Tassel.

Se acerca a mí y los ojos se le llenan de lágrimas sin derramar. Me mira el hombro, donde me hirió la loca con el balazo y levanta la mano para posarla sobre él. Pero a medio camino considera que es mala idea y que es mejor no tocarme. Así que la deja caer muerta al lado de su cuerpo.

Lleva un tejano negro y una camiseta oscura de tirantes. Su pelo salvaje, largo, ondulado y castaño oscuro luce espléndido con sus reflejos y matices más claros. Sus ojos rojizos abarcan cada centímetro de mi cuerpo hasta que se posan en los míos.

Estamos tensas. A la expectativa.

Lo percibo en su modo oxidado de moverse.

Lo noto en la tensión de mi cuerpo que teme a romperse por cualquier movimiento en falso.

Los rayos del sol se cuelan a través de las puertas del balcón, como un intruso y la iluminan lateralmente, como a mí.

Luz en la oscuridad. Eso es. Eso somos.

—Hola.

—Hola —contesto.

Se humedece los labios y me mira avergonzada y arrepentida por todo. Se le tienen que estar pasando tantas cosas por la cabeza... Nunca la vi tan nerviosa. Tan mal.

—Sé que cualquier cosa que te diga ahora —empieza ella— carece de sentido y de valor. Sé que llego muy tarde. Pero —traga compungida— ni te imaginas el bien que me hace verte en este momento. Lo necesitaba —hace un puchero pero se recupera acuciada—. ¿Has venido a decirme que tenías razón? ¿A torturarme, tal vez? —pregunta con un hilo de voz—. Me lo merezco.

—No —niego con la cabeza—. Yo no hago esas cosas. No soy así.

Ella asiente y me da la razón.

—Jamás me voy a perdonar lo que ha pasado, Kira. Ni siquiera en mis peores pesadillas podía haber pensado que Barbie y Van Tassel eran amigas... y que ellas hurdían todo lo que... en fin —exhala y mira a todas partes extraviada— no vale la pena repetirlo. Sé que —se humedece los labios— no sirve de excusa, pero ¿comprendes ahora por qué no me fío de nadie?

Yo ni asiento ni niego. Continúo mirándola sin mediar palabra. Porque sé cuánto tiene que estar sufriendo, pero tiene razón. No hay excusas que valgan.

—No es culpa tuya. Confiar en las personas debería ser lo natural. El problema es que siempre has desconfiado de mí y siempre te has equivocado conmigo. Creo que todo este tiempo has estado esperando a que te traicionara o te hiciese daño, como tantas veces Barbie contigo... y en cuanto viste una posibilidad, no dudaste. Porque necesitabas tener razón.

Ella rectifica su expresión a una repleta de culpabilidad.

—De todo, eso es lo que menos me perdono. Quisiera volver al pasado, a ese momento en el que creo equivocadamente que tú estás detrás del acoso de los paparazzis y te juro que actuaría de otro modo. Ya sé que ya no vale, porque cuando tocaba te fallé. Pero sí quisiera haber llevado las cosas de otra manera.

—Sea como sea ya ha pasado todo —debo desviar la atención—. Tu persecución, tus líos... nada de eso se repetirá cuando esta noche acabe. Eres libre por fin —celebro sin mucha efusividad—, rica, producirás tu propia música y vivirás donde te dé la gana y como te dé la gana, sin chivatos alrededor que puedan fastidiarte, sin gente que te pueda hacer daño. No dejarás de ser famosa y tendrás que lidiar con eso —sonrío nerviosa y me encojo de hombros—. Pero nadie más te la jugará.

Me aparto de ella ligeramente y rodeo el vestido.

—Guau... es un vestido increíble —digo cada vez más inquieta. Tengo que hablar de otra cosa—. ¿Qué llevarás en el pelo?

—Me harán un medio recogido, con trenzas laterales pegadas a la cabeza y... —se acerca a mí y yo me muevo para que el maniquí se coloque entre nosotras. Sé que le sienta mal que no quiera tenerla cerca, pero a mí esta situación me está destrozando—. Y... el pelo un poco levantado por delante —se toca la frente nerviosa.

—¿Como tupé?

—Sí. Como tupé. Kira... gracias por llevar todo esto en secreto. Por permitir que sea yo —toca una parte del vestido con los dedos— quien se encargue de Barbie. Ahora mismo es una persona que ya no quiero más en mi vida. Me ha dolido. Tardaré en superarlo. Pero tampoco deseo su destrucción. Por eso le he dicho que, aparte de que nunca más vuelva a mencionarme o a acercarse a mí ni a ti —recalca— pida ayuda especializada. Y que se olvide de la música. De eso también me pienso encargar.

Entonces, recuerdo que me dijo que yo me fuera olvidando de este mundo porque iba a procurar que todos conocieran de qué estaba hecha. Y debo reflejar mis pensamientos en mis ojos porque ella dice:

—No le he hablado a nadie de ti ni he dicho nada, Kira. No lo hubiera hecho nunca... —susurra con un nudo en la garganta.

Yo sonrío incrédula. Claro que lo habría hecho.

—Barbie ya lo habrá hecho por ti, pero me da igual —contesto.

—Si lo ha hecho no ha sido delante de mí. Yo no lo he permitido.

Le echo una mirada por encima del hombro del maniquí. Me observa con toda esa intensidad que ya conozco pero que no es recíproca a lo que siento.

—No pasa nada —asumo sin darle importancia—. Después de todo, no me apasiona formar parte de todo esto —miro a mi alrededor como si estuviera perdida—. Se me han quitado las ganas.

—Lamento mucho oír eso —deja caer la cabeza y mira al suelo.

—Si alguna vez compongo algo para otro de nuevo, será cuando haya pasado mucho tiempo. He salido un poco escarmentada.

Ella desvía la mirada a un lado.

—Que yo haya sido un desastre gestionando lo nuestro y te lo haya hecho pasar mal no debería apartarte del mundo de la música. No hagas que me sienta peor de lo que ya lo hago.

—Vale, pues no lo hago —contesto intentando suavizar la tensión con una sonrisa. Pero no alcanza mis ojos, y ambas lo sabemos—. En fin, solo he venido a desearte mucha mierda y esas cosas que se desean a los artistas. Sé que no lo necesitas de mí pero...

Ella levanta la cabeza de repente y me mira.

—De ti es de la única persona que lo necesitaba —La oigo tragar con ansiedad—. ¿Me dejas que te diga algo? —me ruega como si me suplicara.

—No —contesto rápidamente y me vuelvo a emocionar.

—Kira, por favor...

Intenta rodear el maniquí para alcanzarme, pero yo doy dos pasos rápidos, huyo de ahí y me coloco detrás del sofá. No estoy para persecuciones. No quiero esto.

A ella parece que se le cae el mundo a los pies cuando ve que no quiero tenerla cerca y que me escapo como un gato asustado que no quiere que lo vuelvan a tratar mal.

—Kira, te lo ruego...

—No —alzo una mano con la palma abierta, como una barrera—. No hay nada más que decir. Ya lo sé todo —niego con la cabeza.

—No voy a hacerte daño —me asegura intentando acercarse.

—Eso ya está hecho también. Y no puede deshacerse —ella se detiene en seco—. No te preocupes por mí, ¿vale? Yo voy a estar bien y te miraré desde abajo viendo cómo ganas y cómo amplías tu leyenda —¿Por dónde salgo? Ah, sí. Detrás está la puerta—. Y me sentiré orgullosa de haberte ayudado y te idolatraré y te admiraré como la estrella que eres, como hacen todos los demás. Esta noche vas a estar más hermosa que nunca, el mundo va a poner los ojos en ti y tú vas a ondear una bandera única, Queen. Tienes que disfrutar de ese momento porque es mágico y excepcional. ¿Me prometes que vas a disfrutarlo y que vas a cantar nuestra canción —porque ya es nuestra no solo mía— pensando solo en lo bueno?

Ella carraspea y desiste en mi persecución. No sé por qué llora. Debe ser el arrepentimiento por haberme hecho culpable de algo de lo que era inocente. Porque sabe que no soy mala persona y que todo lo que he hecho ha sido intentar ayudarla.

—¿Y ya está, Kira? ¿No me vas a abrir la puerta más? —susurra mirando al suelo. Las lágrimas caen por sus mejillas. Me quedo helada.

En ese momento Loli abre la puerta del salón con una carpetita negra abrazada al pecho. Se sorprende al vernos de esa guisa. Se aclara la garganta y dice:

—Queen, tienes cuatro entrevistas antes de que vengan a maquillarte y a vestirte. Los periodistas están en la puerta esperando.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunta secándose las lágrimas con el dorso de las manos.

Ella le dirige una expresión de advertencia.

—Es el único trato que hemos decidido hacer con los medios más importantes de Europa. Lo único que vas a tener la obligación de hacer. No hagas que me suba la leche otra vez, por favor, te lo pido. Hoy no es el día para ponerte en plan diva.

Es admirable cómo Loli le habla. A Queen nadie le tose. Menos Loli. Ella hasta es capaz de echarle los mocos encima.

Siento una profunda admiración hacia ella.

Queen vuelve su atención hacia mí, exhala por la boca y lo último que añade es:

—Vas a estar en las mesas de los países, ¿verdad? En España. Conmigo, o sea... tienes que estar abajo con nosotros.

Me hace gracia el tono autoritario. Puedo hacer lo que me dé la gana, pero sí quiero estar ahí. Porque es una vez en la vida.

—Sí, voy a estar.

—Bien —sentencia un poco más tranquila—. Entonces, te veré ahí.

—Vale. Mucha suerte —levanto el dedo pulgar, me dirijo hacia la puerta y Loli me sonrío de reojo.

Me voy de ahí sintiéndome patéticamente ridícula. ¿Qué mierda hago levantando el dedo pulgar?

Pues lo mismo que he hecho enviando mi corazón al traste.

La gilipollas.

Eurovision Song Contest

Ziggo Dome

Es la noche.

Es el momento más increíble para mí.

Cantamos después de Australia. Sí. De Australia. Y cantamos últimos.

Ahora está en el escenario la italiana Gabriela. Ya han pasado por el escenario casi todos. Y solo quedan por oír Italia, Turquía, Eslovenia, Australia y el plato fuerte... ¡nosotros! ¡*Tachán!*

No he visto a Queen desde que hemos salido del hotel. Los coches nos han llevado hasta la magnífica plataforma y nos han ubicado en nuestras zonas marcadas por nuestra delegación. La organización y la planificación del evento es exquisita. Nos tratan con muchísimo cariño y amabilidad. ¡Bien por los holandeses!

Desde donde estamos vemos el escenario como desde un primer piso.

Está a rebosar de gente, luces, banderas y un buen rollismo excepcional.

Toda Europa está representada en ese lugar, cada uno con su cultura, sus canciones y lo que tengan que decir, ondeando con más orgullo o menos de dónde son, pero todos con una sonrisa y dispuestos a dar lo mejor.

Se supone que la política no debería estar reflejada en las votaciones, pero como todos sabéis, es Eurovisión: y es política, amiguismos y preferencias por países vecinos.

Excepto cuando aparece una tiparraca en escena de las altas esferas como Queen, con un mensaje tan potente que aporta más brillo de lo habitual, para descuadrar a todos los que hacen sumas y obligarlos a votar con la emoción y la bragueta. Entonces la política aquí se puede ir a tomar viento. Porque nada mueve más a la multitud que lo que te toca el corazón. Y Queen, haya pasado lo que haya pasado, sabe tocar el corazón. Ese es su súperpoder.

Tenemos muchos números de ganar. Cada vez soy más consciente de ello.

Las puestas en escena son brillantes. Ha habido una que ha cantado sobre un trapecio y nos ha tenido a todos rezándole a Dios. Pero lo ha hecho muy bien.

A mi lado, Andreu aplaude como un crío pequeño feliz de estar donde está. Me abraza y me anima todo lo que puede y me obliga a estar en el presente. No puedo estar regodeándome en mi dolor. Debo atesorar cada recuerdo de esta noche en mi interior. Y eso hago. No pierdo detalle.

Llevo un vestido largo, violeta oscuro con transparencias y súper ajustado, que me cubre los pies y que solo empieza a ser holgado cuando llega a las pantorrillas. No lleva escote pero es transparente por la parte de mis pechos, así que solo enseña lo que yo quiero que enseñe. Cubre mis nalgas, mi pecho y mi pubis pero todo lo demás lo deja al aire. Tengo a los de Turquía, que están cerca de nuestra mesa, locos perdidos.

A mi lado están Loli y Estif. Él se ponga lo que se ponga está estupendo. Pero es que yo veo a este hombre siempre muy guapo.

De repente están subiendo el tono entre ellos.

Y estoy tan cerca que es inevitable escuchar lo que se dicen.

—Loli, quiero que sepas que nunca he tenido nada con ella.

—No quiero oír nada más —le contesta intentando mirar al escenario.

—Que te amo. Que siempre me has vuelto loco. Que te quiero. ¡Mírame, joder! —La agarra del rostro y la obliga a mirarlo. Ella no quiere hacer una escena pero tampoco quiere seguir peleando. Y ahí estoy yo, mirándolo todo sin cortarme un pelo—. Dolores... quiero ser el padre del hijo que llevas dentro.

La cara de Loli es de pasmo y miedo.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta con un hilo de voz.

—Porque lo sé todo. Y porque me lo dijo tu ginecóloga. Me la encontré en la Diagonal. Estaba con mi madre.

—Pero, por Dios... —ella intenta apartarse negando abrumada—. No tenías que...

—¿No tenía que qué? —le advierte—. ¿No tenía que saberlo? Ese hijo es mío. Y lo quiero. Porque está en ti. Porque es de los dos. Mi madre ha entendido lo que pasa entre nosotros y está arrepentida por todo...

—Porque va a tener un nieto. No por mí.

—No, Loli —la corrige él—. No es por eso. Dale una oportunidad. Mis padres son buenos. Pueden ser un poco carcas y clasistas en según qué cosas, pero tienen un buen fondo. Y tú les encantas porque te tienen muy bien valorada profesionalmente, sobre todo mi padre. Él sabe todo de ti, joder. Y está deseando poder verte por su casa y llamarte nuera.

—No es verdad... no mientas.

—Sí lo es... ¿y quieres oír otra cosa? Quiero que seas mi mujer. Deja ya de alejarme, por favor. Quiero casarme contigo. ¿Me aceptas?

La balada de Gabriela es muy bonita, pero lo que estoy viendo en directo

es mil veces más emocionante. Esteve se arrodilla ante Loli y ante el asombro y los aplausos de todos los del canal y de Neón Music.

—¿Puedes aceptar a este tonto torpe como tu futuro esposo y padre de todos nuestros hijos? Yo siempre querré hacer música contigo. Pero lo que quiero de verdad es que hagamos el camino de nuestras vidas el uno al lado del otro —Loli abre los ojos de par en par. Esteve saca un anillo de su esmoquin—. Espero que digas que sí y pronto, porque el padel me tiene la rótula fatal.

Eso hace que Loli deje ir una carcajada y acto seguido se lance por fin a sus brazos y a besarlo.

Ya era hora. No quería que Loli no tuviera su final feliz con Esteve. Los dos se llevan muy bien y se entienden a la perfección en lo profesional. En lo personal tenían un problemita, pero todo se soluciona si hay amor, ¿no?

Brindamos por ellos y aplaudimos a Gabriela con fuerza aunque no hayamos oído ni la mitad de la canción.

Ahora le toca el turno a Turquía.

Los vecinos mirones.

Suelen sacar buenas canciones, pero la única que le puede hacer sombra a España es Alemania, que ya ha cantado.

Loli y Esteve han desaparecido. No me imagino dónde habrán ido, modo irónico *on*.

Esta vez no me pillaré en medio.

Las tres canciones siguientes son muy festivaleras y nos levantan a todos a bailar y a movernos moderadamente. La de Australia es buena, pero no sé por qué, no la dan entre las favoritas.

Mientras, el chico australiano canta algo que me recuerda al Toy de Netta recibo un vídeo de Ágata.

Le doy al *Play* y lo que me encuentro me hace todavía más feliz.

Ella está hablando en el vídeo.

—Querida loca de mis entretelas —está gritando porque donde está no paran de tirar confetis y la música está muy alta. Veo manzanas y una serpiente enorme en el techo y comprendo que es un vídeo que me envían desde el Pecadores de Bert—. ¡Hemos organizado nuestro festival de Eurovisión propio! Y es una locura —no para de reírse—. Queríamos mandarte un mensaje —de la parte de abajo de la pantalla sale Bert, que coge a Ágata en brazos y le planta un beso de tornillo que alisan o rizan pelos, depende de lo

que tengas. Después del sofocón miran a cámara y Bert dice—: La chocolate y yo estamos juntos, *bombonsito*. Y venimos a decirte que no importa si ganáis o no, para nosotros ya habéis ganado. No trates mal a mi amiga y dale otra oportunidad, porque está muy *in love* contigo —me pide Bert—. ¡Mucha mierda a las dos, chicas! —deja ir un grito al cielo y vuelve a besar a Ágata. Y ahí se corta el vídeo.

Me quedo mirado la pantalla orgullosa por ellos. No sé si estarán saliendo oficialmente o no, o si el «estamos juntos» se refiere a en el Pecadores, pero les veo tan felices y con tanto brillo en sus ojos verdes que me da igual el dónde y el cómo. Solo me gusta el qué.

Andreu, a mi lado, lo ha visto todo. Cuando alzo los ojos, él me sonrío, me pone un brazo por encima de los hombros y dice:

—Opino igual, Kira. No hace falta que se lo hagas pasar mal.

—Pero si ella no me quiere —refuto trastornada—... No soy yo la que le da la espalda. Solo asumo lo que hay. Me lo dejó bien claro.

—Cuando nos enfadamos somos capaces de ser auténticos carniceros verbales —asume—. Queen sabía lo que tenía que decirte para hacerte daño y para protegerse también.

—No pienso hacer nada... Estoy muy confundida. Así que, si quiere algo, tendrá que ser ella quien venga a dejármelo claro. No quiero volver a hacer el canelo.

—Pues esperaremos a que venga. Pero cuando lo haga... no le digas que no —me atrae y me besa en la frente—. Cabezona. Y ahora vamos a enviarle toda nuestra energía a Queen. Le toca.

Yo sonrío temblorosa.

Andreu y Bert creen que Queen vendrá a buscarme.

Yo difiero.

Porque, pensándolo en frío, ¿por qué una chica que podría tener a cualquier hombre o a cualquier mujer en su cama y en su vida, iba a elegirme a mí después de todo?

El escenario vibra antes de que ella esté ahí. El público se vuelve loco. Todas las luces se apagan.

Y cuando los acordes de la canción empiezan a sonar con estruendo, el júbilo y el éxtasis se apodera del Ziggo para vitorear a Queen como una heroína.

Y entonces, un solo foco la ilumina.

Y madre del amor hermoso... cuando la veo se me para el corazón y me emociono por ella y por todo lo que hemos vivido en estas semanas hasta llegar a este precioso momento.

Entonces, mira hacia el público, agarra bien el micrófono, lo saca del pie y se planta con todo su poder para cantarles a las diecisiete mil personas lo que nunca antes nadie les ha cantado.

Tras ella, un ejército de bailarines la rodean como si fuera la líder de una batalla, y la llevan en volandas como si fuera una extensión de sus cuerpos, un enjambre de abejas que rodea a la única Reina.

*Si te digo
Que tengo ganas de comerte el corazón
Que esta noche
Las barreras se abren ante la pasión*

*Si te digo,
Que tengo ganas de besar toda tu piel
De quererte
Y de cantarte lo que nunca te canté
¿Qué harías?*

*Desde esta habitación,
Desde este lugar a oscuras
Un mensaje enviaré
Que llegue a cada rincón*

*Me enseñaron que el amor
No entiende de armaduras
No responde a un dos más dos
No es ni un sexo ni un color*

*Me atreveré
Me arriesgaré
Pese a mis miedos y al dolor
Te mostraré*

*Que puede haber
Otra ilusión*

*Si te digo
Que tengo ganas de comerte el corazón
Que esta noche
Las barreras se abren ante la pasión*

*Si te digo,
Que tengo ganas de besar toda tu piel
De quererte
Y de cantarte lo que nunca te canté*

*Vive y viviré
Ven entra a mi Reino
No me rendiré
Voy a luchar por ti*

*Esta es mi misión
Mi ley y mi deseo
Entregarte esta canción
Y gritarla por ti*

*Si te digo
Que tengo ganas de comerte el corazón
Que esta noche
Las barreras se abren ante la pasión*

*Si te digo,
Que tengo ganas de besar toda tu piel
De quererte
Y de cantarte lo que nunca te canté
¿Qué harías?*

Lo ha dado todo. No se ha dejado nada en el tintero.

Creo que el Ziggo tiembla en la escala de Richter como si fuera un terremoto. Que los gritos y los aplausos se oyen desde los satélites y que durante más de un minuto la ovación es cerrada.

Más de un minuto, señoras y señores.

Algo que nunca ha pasado. Los presentadores no pueden hablar porque la gente sigue aplaudiendo. Vitorean a España y vitorean a Queen Bee.

Todos nos miramos sobrecogidos y nos abrazamos en grupo, somos unos diez más los acoplados.

Nos abrazamos porque sabemos que hemos logrado algo grande. A falta de las votaciones, pase lo que pase, esta ovación es de todos. Es histórica. Y es para nosotros.

Y me imagino que en medio de ese círculo, y gracias a la voz de Queen, esa canción ha ido al cielo. Y que mi yaya está feliz, entre nosotros, a mi lado, con el puño alzado como la que más. Como la *hooligan* que era.

Y no puedo evitar llorar.

Andreu y Loli me abrazan muy fuerte, pero a pesar de eso, de estar sepultada entre ellos, sigo oyendo los aplausos y los gritos de ¡*Spain!* Y de ¡*Queen!*

No sé si llegarán los *twelve points*.

Me da igual. Este momento se ha convertido en eterno.

Capítulo 16

Todavía colea la actuación de Queen. Es un rúnrún constante. Y en esas, recibo un mensaje de mi primo Ricky. Es una foto. Está en el Ziggo. Y a su lado, rodeándolo y besándole la mejilla hay un hombre en esmoquin que... en serio, madre del amor hermoso, cómo está... muy rubio, de ojos azules, y hoyuelos. Me adjunta un mensaje en la imagen.

«Es ÉL. El hombre de mi vida. Hoy se casaba, ¿recuerdas? No lo ha hecho. Ha dejado a la novia en el altar, y ha venido a por mí. Estoy tan feliz. Te quiero, prima. Vamos a ganar».

No puede ser. Estoy flasheada. Mi primo tiene su final feliz también. Pobre novia, vaya palo. Pero él... lloro de alegría por él y doy un par de saltitos eufórica.

Pero debo permanecer en calma. Así que me siento de nuevo.

Queen está cerca.

Cuando ella llega, entre los aplausos de todos que le quieren dar la mano como cuando cruzaba el pasillo del concurso cada semana como la favorita, yo estoy en una esquina y no deja de mirarme. Todos la felicitamos.

Quiero ser igual de diplomática que el resto.

Ella no se espera mi frialdad, y le da pena. Pero yo estoy hecha un flan y no me sale nada más en este momento.

Me mira de arriba abajo. Sé qué tipo de vestido llevo y cómo me queda. Pero ninguna mirada me ha hecho sentirme como la suya.

—¿Te ha gustado? —me pregunta ilusionada y aún cansada de su actuación.

—Muchísimo. No tengo palabras... —contesto emocionada.

Ella asiente e inclina la cabeza a un lado con ese gesto tan característico. Está radiante. Intimidante. Y es magnética. Y yo estoy loca por ella. Y para ella solo he sido un polvo. No me olvido de eso y me da todo el bajón.

—¿Vamos a ganar? —me pregunta como si fuera un oráculo.

—Da igual si no ganamos —contesto—. Ha sido maravilloso. Todo ha merecido la pena.

—¿Todo?

—Sí. Mi yaya te da las gracias. Y yo también —asiento.

A ella se le enrojecen los ojos que con la iluminación del lugar parecen más granas que de costumbre. Le tiembla la barbilla, y entonces se aparta de mi lado y se sienta entre Esteve y Loli, pensativa.

Las votaciones están al caer, pero antes salen algunos artistas a cantar.

Si os digo que no sé ni quiénes son y que no les presto atención, me quedo corta. Solo oigo palabras inconexas porque lo único que puedo hacer es mirar a Queen.

Ella está recibiendo felicitaciones continuas. De todas las mesas de alrededor. Incluso de los turcos, cómo no, que vienen para que los ojos les bailen una polka ante tanta exuberancia. Son tremendos.

Y cuando empiezan las votaciones, las cosas van como habían dicho las apuestas.

Alemania y España van de la mano.

Pero hacía tantas décadas que España no sacaba tantos doces y onces seguidos, que cada puntuación es una fiesta en nuestro reservado.

Esteve se ha vuelto loco y ha empezado a descorchar botellas de champán porque sí. Y Loli está haciendo un Tom Cruise, saltando sobre el mismísimo sofá, y gritándole a Queen:

—*¡Twelve, Queen! ¡Twelve, abeja del demonio! ¡Que me cago!*

Es muy cómico.

Andreu está bebiendo todo lo que le ofrecen. Es un despropósito. Y ahora que no hay música, se pone a bailar. No si aquí, cada loco con su tema...

Yo estoy tan nerviosa que me da la risa y lloro al mismo tiempo. Parece que nos han sacado a todos de un manicomio. ¿Qué queréis? Somos españoles y vamos a dejar el podio bien alto.

A todo esto, el único que nos ha dado un ocho, o sea, que ha bajado del diez, ha sido Portugal. Hay que joderse. Os digo yo que nos tienen pelusilla. Que cuando saben que no vamos a ganar se hacen pasar por buenos, pero ahora que ven que vamos en cabeza, están rabiosos.

Y así, a lo tonto, entre aplausos y algaravío, nos damos cuenta de que Queen coge una racha brutal de doces, y que le saca ya doce puntos más a

Alemania. Y solo quedan dos países por votar. Con un punto más ya ganaríamos.

Ay, Dios mío. Que lo vamos a conseguir...

Nos cogemos todos de las manos y nos ponemos de pie, como si rezáramos en silencio a Dios. Parecemos un grupo de tarados llenos de crack.

Queen asoma la cabeza y me sonrío. La miro. Es un momento íntimo y cómplice entre nosotras.

Sé que después de esto nos diremos adiós, pero quiero quedarme con todo lo bueno. Como siempre hago en mi vida.

Ha sido una aventura increíble. He aprendido mucho de ella y con ella. A experimentar. A lanzarme. A enamorarme. Y a dejar ir. Puede que en un futuro un hombre me devuelva otra vez el corazón que ella me ha arrancado del pecho. Porque no me vuelvo a acercar a una mujer ni loca.

Es como si ella supiera todo lo que estoy pensando y le afectara.

Yo asiento, me obligo a devolverle la sonrisa y me muerdo el labio inferior nerviosa, como una cría hiperactiva.

Y entonces... Eslovenia dice:

—*And our twelve goes to... ¡Spain!*

De repente, todo explota y se vuelve una locura.

Las diecisiete mil personas celebran nuestro triunfo.

Nosotros nos abrazamos, abrazamos hasta a los cámaras y al apuntador.

Nos besamos, lloramos, gritamos... Andreu me abraza gritando.

—¡Te lo dije! ¡Tu canción valía la pena! —exclama agarrándome la cara como hizo Victor Valdés con Guardiola después de ganar no sé qué Champions era—. ¡Te lo dije, Kira!

Yo solo sé decir que ¡Sí! ¡Sí! Miro al cielo y se lo dedico a mi abuela bonita. Me limpio las lágrimas y cierro los ojos incrédula. Y me quedo un minuto con el rostro cubierto por mis manos, pensando en cómo me ha cambiado la vida en menos de un mes.

Hay empujones, Esteve se cae al suelo, alzan a Queen en volandas. Y me veo yo también en volandas.

Loli me dice que me quiere y que soy la mejor y que seremos amigas siempre.

Yo le vuelvo a decir que sí.

Esteve me da un besazo y me dice que firmemos un contrato de colaboración ya para todas mis canciones. Y Andreu se mete para marcar

terreno. Pero yo vuelvo a decir que sí... Es como un día de rebajas, un descontrol.

Y en ese instante, entre la marabunta, cuando intento mantener la calma, alguien me golpea el hombro con un dedo.

Me doy la vuelta y es Queen.

Parece muy decidida a hacer algo. Y no sé lo que es.

—Kira.

—¿Qué? —digo llena de incertidumbre.

Ella traga saliva.

—Si no me dejas entrar, tiraré la puerta abajo.

—¿Eh?! —digo sin comprender, como un abuelo con sonotone.

—Ven conmigo, bomba —sus ojos parecen fuego.

Y entonces no sé qué pasa. Me coge de la mano y tira de mí. Y tras de mí vienen todos los del equipo. Todos los de nuestro *stage*.

La gente ondea sus banderas pero gritan ¡*Spain!* Jamás me había sentido tan orgullosa de mi país. Es que tenemos lo nuestro, pero también hacemos cosas maravillosas, como poner de acuerdo a todo un Continente.

¡Estamos subiendo al escenario!

Ahora toca recibir el premio y cantar la canción por última vez.

Y Queen me sujeta la mano con fuerza, como si me llevase a pasear. Y siento que yo iría con ella a cualquier lugar, hasta el fin del mundo.

Cuando subimos el escenario ella me dice:

—No te muevas. Espérame —me pide.

No me movería nunca. Soy incapaz.

Los presentadores cogen a Queen mientras nosotros saludamos a la multitud totalmente deshinibidos y alzamos los puños como *Rocky*.

Entonces le preguntan a Queen a quién va dirigida la canción y si quiere decir algo.

Ella dice que sí, coge el micro y en un perfecto inglés y luego en español exclama:

—Esta canción es para todos los valientes. Para los que deciden vivir su vida como desean, y amar a quien les dé la gana; para los que no se rigen por estúpidas reglas y para los que se dejan llevar solo por su corazón —la multitud la aplaude. Es como el discurso de un presidente—. Esta canción va para ti —mira a su cámara—. Que te tienen en una jaula de la que no te atreves a salir. A ti, que estás enamorada o enamorado y no sabes cómo decirlo. Es

para ti, que te dicen cómo debes querer y a quién debes querer, cuando tu corazón va por libre. El amor no se limita. No se mide. El amor es de todos, seamos como seamos y tengamos lo que tengamos entre las piernas. Así que más amor... ¡y menos gilipolleces!

Y claro, después de eso, el pabellón se hunde.

Eurovisión, que es un Festival con muchos fans de LGTB tiene a su público entregado a la Reina. Seguro que en el mundo habrá alguno que haya gritado ¡que le corten la cabeza! Pero a Queen nadie la hace callar. Y al amor nadie le corta las alas.

Es una revolución.

La música de nuestra canción vuelve a sonar.

Queen se da la vuelta, mira a Andreu y le entrega el premio:

—Toma, valiente —se lo dice con simpatía— que tuviste los santos cojones de hacer lo que sentías en todo momento, incluso a sabiendas de que podía no ser una buena idea. Y que te salió bien. Te doy las gracias, porque sin ti nunca habría conocido a esta chica —me señala.

Andreu le da un abrazo y yo me quedo blanca.

—Al final nos vamos a hacer amigos —conviene Andreu agradecido por el trofeo.

—No creo —musita Queen entre dientes, pero lo dice en broma. Creo.

En ese momento, Queen me coge de la mano, me pone delante, en el escenario con ella y me suelta.

—Esta canción es sobre todo para ti —¡y lo dice con el micro en boca! ¡Que me da!—. Porque solo tengo ganas de comerte el corazón y de cantarte *lo que nunca te canté*.

Yo estoy a punto de desmayarme. Los bailarines salen.

Si te digo

Que tengo ganas de comerte el corazón

Que esta noche

Las barreras se abren ante la pasión

Y va y me pone el micro en la boca para que cante con ella.

Y yo voy y lo hago. Porque en situaciones tensas y extremas me salgo siempre. Como si me hubieran preparado para ello. Así que le respondo:

*Si te digo,
Que tengo ganas de besar toda tu piel
De quererte
Y de cantarte lo que nunca te canté
¿Qué harías?*

Queen se ríe, tira de mí y me lleva hasta Loli. Le da el micro para que ella siga cantando. Y mientras los bailarines se ponen delante y el resto del equipo da lo mejor de ellos y cantan como urracas estranguladas, Queen me rodea las caderas y me atrae hasta ella.

Y yo no me creo nada. ¿Es esto un sueño?

—Kira... —sus ojos se llenan de lágrimas y se emociona. Se pone muy seria—. Sé que no quieres oír nada de esto y que no quieres saber nada de mí.

—¿Qué haces? —le digo asustada.

—No quiero que te alejes de mí. No quiero que esto se acabe. Sé que no lo he hecho bien y que me merezco que no quieras estar conmigo y tenerme muy lejos, pero si apuestas por mí... me voy a dedicar a demostrarte que no te has equivocado. Te dije cosas horribles que no sentía. Estoy muy arrepentida. La última noche que pasé contigo fue... increíble. La mejor de mi vida.

—No mientas —replico dolida—. Me dijiste...

—Kira, por favor... —me suplica dando la espalda al público para que las cámaras no grabasen nada de ese momento. Me está intentando proteger—. No. No es verdad lo que dije. Estaba enfadada porque no podía creer que me hubieses traicionado y quería hacerte daño.

—Pues lo conseguiste.

—Pero nada de lo que te dije era cierto —me asegura ansiosa—. Nada —me repite—. Kira yo... yo estoy muy muy enamorada de ti —dice rendida—. Mucho. Como nunca lo he estado de nadie —las lágrimas descienden libres por sus mejillas—. Perdóname. Perdóname y quédate conmigo. No voy a hacerte daño nunca más. Sé que no me crees y que me va a costar arreglar esto. Pero... no pienso perderte. Estoy loca por ti.

La música sigue sonando y yo siento su discurso tan de cerca y tan de verdad que se me encoge el corazón para luego explotar como una supernova.

—No puedes volver a dudar de mí —le advierto acongojada.

—Te lo juro —me asegura uniendo su frente a la mía—. Te lo prometo.

Nunca más lo haré. Nunca. Nunca.

Se me hace una bolsa de dolor en la garganta, un nudo emocional que me sale por los ojos en forma de lágrimas.

Ella me las recoge con los pulgares.

—Dime que no me quieres y te dejaré en paz —me ordena—. Solo tienes que decírmelo. Dímelo y, aunque me va a partir el alma, yo me hago a un lado y te dejo tranquila. Voy a querer estar contigo siempre, pero si lo que ha pasado lo ha echado todo por tierra, lo encajaré como pueda y te dejaré volar.

Sacudo la cabeza negando abatida.

—Yo no puedo decir nada de eso...

Queen se agacha un poco para buscar mis ojos y oírme mejor.

—Entonces... ¿no está todo perdido? —hay esperanza en su mirada—. ¿Me quieres?

—¿Quererte? —digo como si aquello fuera ridículo—. Creo que he encontrado a la persona de mi vida. Y me da igual estar asustada. Estoy enamorada de ti, Queen. Y no quiero perderme esta aventura a tu lado.

Ella deja ir el aire agradecida, me abraza, me rodea la cintura con los brazos, me levanta un palmo del suelo y nos besamos las dos ante toda Europa.

Yo hundo mis dedos en su melena, y me olvido del decoro para entregarme sin que nos importe nada más que lo que sentimos.

Hay finales donde las historias no acaban, solo empiezan. Y la nuestra, empieza ahora.

La vida es corta para tener miedo de hacer aquello que deseas.

La vida está para que nos canten lo que nunca nos han cantado. Para que lo cantemos nosotros.

Para hacer el amor.

Para leer libros románticos que te sorprendan.

Para leer libros que te mereces, como todos los demás.

Sé que de esta noche se hablará eternamente.

Que celebraremos ser primeros, que este triunfo es mucho más que un triunfo musical.

Y que de nuestro beso harán vinilos, pósters y se erigirá como una bandera de libertad y de amor. Del amor sin formas ni etiquetas. Como en realidad es.

Y sé, que mi abuela, desde el cielo, aplaudirá que me haya atrevido a querer así aunque el objetivo de ese amor sea una chica.

Y siento que cada paso que he dado en mi vida me ha llevado a este

momento, en el que debo decir algo alto y claro.

Este es nuestro mensaje desde el Ziggo de Ámsterdam:

Quiere.

Ama.

Respeta y cuida.

No importa a quién.

No importa cómo.

El amor ni entiende de armaduras ni entiende de ataduras. Ni entiende de formas ni tiene un color especial.

No se «entiende». Se siente o no se siente.

Es libre. Y es de todos. No permitas que nadie te diga que querer y sentir como sientes está mal. Lo malo es hacer daño y no sentir. Tú no tienes ese problema, así que relájate y vive. Y ama como tú amas y cómele el corazón a quien quieras.

Desde este escenario. Desde esta *Eurobeesion*.

Queen y yo nos besamos, para Europa, para España y para el mundo, con AMOR.

Bee in love de la vida y del amor, *my friend*.

Gracias por haberme acompañado hasta aquí. No sé qué hubiera hecho sin vosotros.

Que nos volvamos a ver pronto.

FIN

ESCUCHA LA BANDA SONORA DE:

LO QUE NUNCA TE CANTÉ

